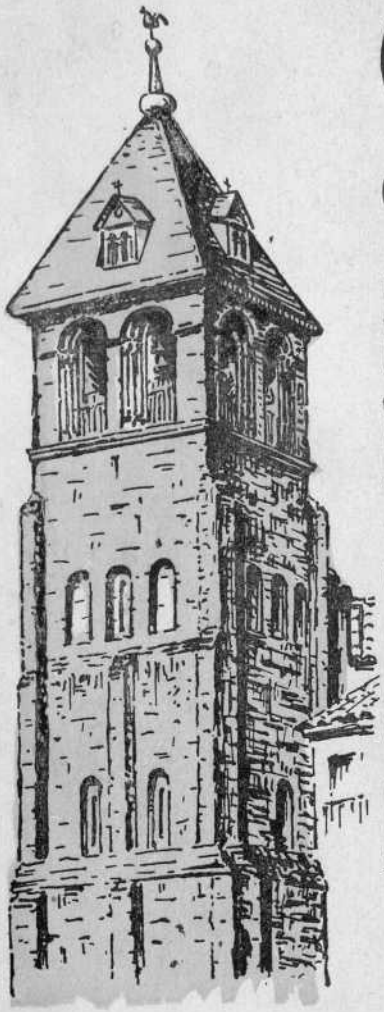


CRONICA
de las
FIESTAS ISIDORIANAS
celebradas en la
CAPITAL del REINO DE LEON

AÑO MCMXLIII DE N. S. J. C.

IMPRENTA PROVINCIAL

JT
COM

Crónica
de unas fiestas muy sonadas
que hubo en la Ciudad de León
en el Año de Gracia de MCMXLIII
Compuso este relato
el Doctor Don Mariano D. Berrueta
por mandado del muy ilustre señor
Presidente de la Diputación Provincial
de esta tierra, cuna, cabeza y mayorazgo
del Reino de León.

t. 329170
C.

Crónica
de las
fiestas en honor del Santo y Sabio
Isidoro Hispalense
para celebrar la promulgación del Breve pontificio
de su Santidad Pío XII
por el que se concede el título y privilegios
de Basílica
al venerable y muy antiguo templo dedicado
a San Isidoro
en la ciudad de León, en los días 2, 3 y 4 de Junio de 1943.

Basílica de San Isidoro

Fiestas de religiosidad, tradición, hispanismo,
ofrecidas a la antigua usanza
por León y su tierra
al egregio San Isidoro.

El viejo Reino de León
cuyo mayorazgo histórico no ha prescrito
ha vivido días de rancio sabor hispano.

A la Diputación Provincial de León
Respetuosamente:
Mariano D. Berrueta.
Cronista de la provincia

CAPITULO I

Pórtico.
Pregón.
A modo de legacía leonesa.
A guisa de ofrenda.

PORTICO

«Historia es la narración de los hechos reales. Llamósela en griego Historia del verbo «historein» esto es, ver o conocer, pues entre los antiguos nadie se metía a escribir de Historia sino el que había intervenido en los sucesos de modo que hubiese visto lo que habíais de escribir, porque mejor se percibe por los ojos lo que pasa que lo que recogemos por el oido. Y, cierto, lo que se ve se expresa sin desfigurarlo.»

San Isidoro. ETIMOLOGIAS.—Capítulo XLI.

PREGON [1]

La torre fuerte de Sanctisidro, la torre fuerte de muralla y templo, gesto hispano de caballero rezador, la torre que en lo más cimero empina el gallo vigilante y altivo, llama hoy con el alegre clamor de las campanas bien sonantes, como dice el Salmo de David y sus sones dejan hoy el ritmo sosegado conventual y alzan el grito por obtener más lontananza y ayuntar a todos, los que viven intramuros, los que moran en los barrios viejos de la antigua judería, los de la nueva ciudad, los de los campos de la socampana, los de los pueblos aledaños... y a todos llama con aire triunfador.

¡Aquí los pendones de la tierra!

¡Aquí los hombres de las capas largas y las caras serias!

¡Aquí los leoneses de nacencia y de raigambre!

¡Aquí todos, a las fiestas grandes que reviven otras fiestas reales que aquí también se celebraban antaño!

Tres días será abierta el Arca que encierra los restos de San Isidoro, privilegio invalorable que gozará la piedad leonesa y que tanto habla de la Fe de nuestros padres, que ante ella, en siglos pasados, rezaban y obtenían favor del cielo.

¡Pedid por la paz del Mundo!

(1) El Cronista atribuyéndose, atrevida y gratuitamente, funciones de «voz pública» subió con las hadas madrinas de toda ilusión, a la torre de San Isidro y lanzó a los cuantros vientos este pregón.

A MODO DE LEGACIA LEONESA

La Diputación provincial de León que representa la tierra leonesa y ampliando justificadamente su mandato actual puede recabar, volviendo por los fueros históricos que no prescriben más que cuando los abandona, en medio del camino, quien debe mantener la perennidad del abolengo, entrega su propia Casa—casa de los Guzmanes y Quiñones—para celebrar en ella fiestas a San Isidoro y arrima el hombro a la leonesa faena de exaltación que ellas cifran y compendian y en el muy señor y muy español patio renacentista se oirán maestrías de música clásica alternando bellamente con briosas canciones de arte regional, y allí prestigiará el cuadro la colección municipal de los retratos de los señores Reyes de León.

Porque la Diputación leonesa amplía su mandato actual para erigirse, salvando fronteras del tiempo y de la geografía política moderna, en heredera por mayorazgo del viejo Reino de León, aquel reino al que dió los buenos fueros Don Alfonso V.

El Excmo. Ayuntamiento de León, legítimo sucesor del rancio Concejo de la Poridat, archivo de tradiciones leonesas,

el que guarda las cartas reales y los privilegios y ejecutorias de nobleza y prestancia, el que lleva con digno orgullo el nombre de la ciudad con todo el áureo atavío de su historia, viene hoy como siempre a presentar con sus heraldos, su guión, al compás de su marcha real y a realzar las fiestas, en muy destacado sitial, porque actúa una vez más en nombre de la antigua Corte del Reino de León.

Su voz, que en la Oferta o Foro, es voz de los siglos suena en los claustros de la noble Abadía con el recio sabor de altivo romance que reclama su fuero o su justicia ante el Abad como ante el Rey, hoy sobre un altar como antes «sobre un candado de hierro y una ballesta de palo» como allá en Santa Gadea.

Corregidor y Regidores, Síndico y Personero, con andar lento y majestuoso abandonan el templo acabada la misa y por si en la contienda del Foro u Oferta, manteuida por el Síndico con el Abad, de potencia a potencia, con tesonuda reiteración, ha quedado flotando un dejo de discordia, extreman las cortesías en las muy clásicas y muy leonesas «cabezadas» doblando el talle regidores y canónigos en los umbrales del atrio, de caballero a caballero, qne es decir de español a español, con un gesto hidalgo muy antiguo y muy moderno porque es muy de Corte del viejo reino de Ordoño II.

¡La ciudad donde fué coronado emperador el muy alto y poderoso Alfonso VII!

La Basílica de San Isidoro recibe con todos los leoneses, con la suntuosidad del rito avalorada por la prestancia de su monumental arquitectura y por el brillo de sus obras de arte, los obsequios del viejo Reino de León y de la ciudad que fué su Corte.

La Real Colegiata, de historial magnífico, la del Fuero de Renueva, la de las tradiciones seculares, revive sus glorias que son glorias del hogar leonés, y al corresponder el señor Abad Prior y el Cabildo a las cortesías de la ciudad, lo hace en nombre de una historia venerable, la de Santo Martino, la de Don Lucas de Tuy, la del Castellano: los Benjamines de San Isidoro de León.

Ved como el concurso de la Ciudad y Tierra de León, sus corporaciones y su Consejo de estudios, agremiados como siempre en respetuosa hermandad con la Clerecía de la Real Colegiata y hoy Basílica, y con el apoyo y guía del mando civil y del mando militar tan honrosamente representados por el Gobernador y Jefe del Movimiento señor Martínez Cattáneo y el ilustre General Pacheco, con la asistencia del estado llano que da calor y vida a todo lo genuinamente tradicional y patriótico, han aupado estas fiestas en homenaje al gran creador de hispanismo, al glorioso Santo Sabio cuyo sagrado cuerpo guarda como tesoro y gala y prez de altísima alcurnia esta ciudad.

No es para menos la ocasión.

La monumental iglesia relicario del gran Santo ha sido honrada con el título de Basílica por la bondad, muy agradecida, del Santo Padre Pío XII, a cuya Sede llegaron las preces de un Obispo todo alteza de pensar, todo corazón generoso, todo grandeza de un prócer, un Obispo al que León tanto debe y del que León tanto puede esperar, el Obispo Don Carmelo Ballester y Nieto, que ha conquistado el corazón de los leoneses.

Para todos la gratitud leonesa tiene una máxima fórmula expresada con una máxima castiza sencillez:

Agradecidos y... a mandar.

A GUISA DE OFRENDA

Ofrecen estas fiestas con el Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo de León D. Carmelo Ballester y Nieto, las ilustres personalidades y entidades siguientes:

Excmo. Sr. D. Antonio Martínez Cattáneo, Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento.

Excmo. Sr. D. Severiano Pacheco de Diego, General Gobernador de la plaza y provincia.

Ilmo. Sr. D. Juan José Fernández Uzquiza, Presidente de la Excma. Diputación provincial.

Ilmo. Sr. D. Justo Vega, Alcalde-Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de León.

Ilmo. Sr. D. Enrique Iglesias, Presidente del Consejo Leonés de Estudios Económicos y Sociales.

Ilmo. Sr. Prior-Abad de la Real Colegiata.

Mención especialísima merece el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y su ilustre Presidente el Excelentísimo Sr. Ministro de Educación Nacional D. José Ibañez Martín, que en honor del Santo, su Patrono, honor que redunda para León, celebra en nuestra ciudad solemne acto literario que realza un discurso del señor Ministro.

El digno secretario general del Consejo dará fe de lo actuado en la solemnisima sesión.

A todos, por su personal aportación y apoyo, por la decisiva ayuda de las entidades y corporaciones que dignamente representan, se debe y se rinde aquí el debido homenaje de todos los auténticos amadores de las glorias patrias y de las tradiciones leonesas.

CAPITULO II

LAS MUY SOLEMNES FIESTAS RELIGIOSAS

Pontifical del Sr. Obispo de Oviedo.
Pontifical del Sr. Nuncio de su Santidad en España.
Pontifical del Sr. Obispo auxiliar de Burgos.
Promulgación del Breve Pontificio de la Basílica de San Isidoro.
Procesión Eucarística.
Funeral por los Reyes de León.

MUY SOLEMNES FIESTAS RELIGIOSAS

Quedará recuerdo perdurable de la suntuosidad de estas fiestas religiosas en cuya organización ha puesto el Sr. Obispo, secundado por el Abad y Cabildo de la Basílica, y Catedral esa tónica de grandeza que él pone en sus empresas.

Misas de Comunión general los tres días, muy concurridas y fervorosas.

Pontifical también los tres días, oficiando el primero el Sr. Obispo de Oviedo; el segundo—fiesta principal—el Sr. Nuncio de Su Santidad y el tercero el Sr. Obispo Auxiliar de Burgos, en representación del Sr. Arzobispo de la provincia eclesiástica a que León corresponde.

La parte musical estuvo encomendada a masas corales del Seminario, los Franciscanos, Capillas de la Catedral, Basílica y elementos artísticos de la ciudad, bajo la batuta del eminente maestro Uriarte; los Franciscanos han mantenido su prestigio artístico bien conocido, los seminaristas han demostrado su excelente preparación musical que tanto ha de influir en bien de la liturgia en la diócesis.

Los sermones del P. Albiol dieron una nota brillantísima de originalidad y saber.

A la luz de una lujosa iluminación rebrillaba el oro de los ornamentos, el dorado del retablo, la plata del arca y la

piedra esclarecida dejaba ver claramente todas las galas del arte arquitectónico en el que la Basílica es joya resplandeciente.

¡Y qué ornamentos!

Se habían hecho unos programas en número muy reducido, numerados y nominales, para las primeras personalidades y autoridades asistentes.

Contenían una nota, que dió el Sr. Abad, de las obras de arte utilizadas cada día en servicios de altar; yo procuré adornar los programas con clichés de viñetas de la Biblia del XI y de unos paños árabes que la Basílica y la Imprenta provincial realizó un esmerado trabajo tipográfico.

Baste decir que el día 2 se usó un terno de terciopelo encarnado del siglo XVI, el día 3 un terno también de terciopelo del siglo XV; y el día 4, otro del mismo siglo, con unas cenefas de imaginería admirables.

Obras de arte prestaban a la suntuosidad del culto su maravilloso prestigio. Todo se juntaba allí para esplendor de las fiestas y honor de San Isidoro.

Este monumento insigne lo tiene todo.

Allí está expuesto, por privilegio que solo la catedral de Lugo comparte; el Santísimo Sacramento.

Allí el arte románico, el arte religioso más religioso de la vieja España—llega a la cumbre de su perfección.

Allí una tradición leonesa, del noble Reino de León, guarda los anales de más de nueve siglos.

Allí los documentos arqueológicos necesarios para el estudio de nuestra historia de las épocas de enlace con la historia árabe, cuando León era la capital de la España cristiana.

Allí las preciosidades únicas de las artes menores, en el marco de las artes grandes.

Allí el sagrado cuerpo de San Isidoro hispalense, el primero y más grande de los educadores y maestros de la cultura hispánica.

....

Al llegar aquí y todos los años por las fiestas de San Isidoro caigo en la cuenta de mi pecado.

Es éste, que por enfrascarme con todo afán, en hacer cuanto puedo por realzar las fiestas anuales del gran Santo, abandono unos días la Catedral y parece que falto al amor impartible que la consagro—es mi novia, según dice la gente—pero Ella sabe bien que ni San Ysidoro me hace a mi olvidar un momento la embrujadora belleza de la Catedral de León.

Y sigo mi narración.

El día 2, a más de la Pontifical que celebró el señor Obispo de Oviedo, hubo muy solemnes ceremonias, la promulgación del Breve Pontificio, la bendición de las insignias de la nueva Basílica y la apertura del Arca de las reliquias.

Al terminar el Evangelio, el Sr. Obispo de León, desde el púlpito, leyó en latín y en castellano, el documento pontificio, precediendo a la lectura una breve y muy sentida alocución.

Dijo el Sr. Obispo: He subido al púlpito a proceder ante testigo tan excepcional y autorizado como es el representante de Su Santidad en España, ante los señores Obispos de Oviedo y auxiliar de Burgos y ante todos los leoneses a la solemne promulgación del Breve Pontificio de Su Santidad Pío XII, concediendo a este histórico y vetusto templo el

título de Basílica menor. Precioso documento el que tengo en mis manos. Mi corazón está emocionado al considerar la benignidad del Padre Santo concediéndonos este honor. Precioso, preciosísimo documento. He tenido empeño especial en promulgarlo yo mismo, vais a escuchar su lectura, primero en latín y después en castellano:

Dice así:

PIO PAPA XII

PARA PERPETUA MEMORIA

Entre las cosas que a la solicitud del Romano Pontífice pertenece disponer han de contarse, sin duda, las que tocan al decoro de los templos a la vez que al aumento del culto, de suerte que siguiendo los pasos de Nuestros Predecesores, Nos preocupamos constantemente de recoger los votos que velando con diligencia por el honor de sus iglesias elevan a Nos los Obispos de todo el orbe. Por lo que, habiendo acudido a Nos el venerable Hermano, actual Obispo de León, con las mayores ponderaciones para el templo insigne que en su ciudad episcopal se halla erigido a Dios en honor de San Isidoro, haciendo mención de su prestancia histórica y rogándonos instantemente tengamos a bien honrar este templo con el título y dignidad de BASILICA MENOR, a los que sin duda alguna parece acreedor, Nos hemos creido que debíamos recibir benignamente dichas preces. Pues como el mismo Obispo indica, el sagrado edificio leonés en el que con toda piedad se conserva el cuerpo de San Isidoro hispalense, Confesor y Doctor de la Iglesia, fué construido, juntamente con la capilla destinada a inhumar los restos de la real estirpe leonesa, ya en el siglo undécimo, esto es, en los tiempos heróicos en que, por libertar a España del poder de

los moros se peleó muy largos años y en el estilo llamado Románico, tan acabado y perfecto, que merece destacarse entre los primeros monumentos de la Edad Media, aun fuera de los confines del territorio español. Añade el mismo Obispo que este templo en los primeros siglos de su existencia fué designado alguna vez con el nombre de Basílica, que merced al gran prestigio de que gozaba fué declarado exento de la jurisdicción episcopal y colocado bajo la autoridad de San Pedro o de la Santa Sede, según las costumbres de aquellos tiempos y posteriormente constituido en Colegiata de Canónigos Regulares, que continuamente se ocupan en el culto religioso y en procurar diligentemente el bien espiritual de los fieles; ni debe tampoco pasarse por alto, que en la casa aneja al templo existe una biblioteca en la que se custodian libros y códices preciosos y raros y que para consultarlos y examinarlos se congregan en ella personas cultas de muchas partes del globo, que no solamente examinan los volúmenes, sino que también visitan piadosamente el templo isidoriano e invocan como Patrono al Santo Doctor. Por lo cual, oido el parecer de nuestro Venerable Hermano, Cardenal de la Santa Romana Iglesia, Obispo Palestrinense, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, de Nuestra ciencia cierta y madura deliberación y con la plenitud de Nuestra Autoridad Apostólica, al tenor de las presentes Letras, venimos en elevar a perpetuidad al título y dignidad de BASILICA MENOR la Iglesia Colegial dedicada a Dios en honor de San Isidoro Obispo Hispalense y Doctor de la Iglesia en la ciudad y diócesis de León, con todos los derechos y privilegios que legítimamente corresponden. Sin que obste cosa alguna en contrario. Concedemos y publicamos esta gracia decretando que las presentes Letras sean y permanezcan fir-

mes, válidas y perpetuamente eficaces y surtan y obtengan sus efectos plenos e íntegros y que sean favorecidas en un todo ahora y en el tiempo venidero por aquellos a quienes se refieren o puedan referirse y que así deba ser rectamente juzgado y definido y si aconteciese que por cualquier autoridad se atentase a lo establecido consciente o inconscientemente y se dispusiese algo en contrario, sea tenido desde ahora como vano y nulo. Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 4 del mes de Abril de 1942, cuarto de Nuestro Pontificado; Luis, Cardenal Maglioni, Secretario de Estado.»

Para conmemorar la erección en Basílica se ha colocado en el templo una lápida, cuya inscripción dice:

Pius. XII. Pont. Max
Ssmi. Eucaristiae. Sacramenti
Hic. Perennites. Expositi. Honore
Divique. Isidori. Hispalensis. Gloria
Hanc. Sacram. Aulam
Corporum. Regalium. Pantheon
Ad. Basilicam. Minorem
Precibus. Episcopi. Annuens. Evaxit
Pridie. Nonas. Aprilis. A. D. MCMXLII
Carmelus. Ballester. Nieto
Tunc, Episcopus
Ita. Solemnitur. Proclamavit
Postridie. Calendas. Junii. A. D. MCMXLIII

Terminada la Misa Pontifical el Sr. Obispo procedió a bendecir las insignias de la nueva Basílica, el Conopeo y el Tintinábulo.

Finalmente el Sr. Nuncio de Su Santidad descubrió la lápida conmemorativa.

Y fué abierta el arca que contiene las reliquias de San Isidoro.

Era esta una ceremonia emocionante.

Cerca de siglo y medio había pasado desde que esta arca fué abierta para la veneración de los fieles.

Y ¡quién sabe cuando volverá León a presenciar otra vez tal acontecimiento!

Aparte el profundo sentido religioso y patriótico, tenía este acto todo el sabor de algo que no se ha visto y que acaso no se volverá a ver.

Era además una tradición que nos liga a las generaciones pasadas, evocadora de tiempos heróicos de la historia de León.

Era también una audiencia especialísima que nos concedía el gran Santo, para que nos acercaramos más a El, a sus restos sagrados, a pedirle protección que jamás negó a nuestros antepasados.

Y León entero desfiló reverente ante el Arca, con un ávido espíritu en que se mezclaba el fervor religioso con la humana curiosidad.

DÍA 3 DE JUNIO

¡Amaneció espléndido el jueves de la Ascensión del Señor!

El día del que cantó la lira de Fray Luis de León:

Y dejas Pastor Santo,
Tu grez en este hondo valle escuro...

Las fiestas de San Isidoro llegaban a su cumbre.

A las ocho y media celebró la Misa el Sr. Obispo de Oviedo y en ella comulgaron los seminaristas, con ejemplar orden, modelo de piedad y disciplina.

Era la juventud florida de los elegidos del Señor, que iba a buscar ante San Isidoro la ciencia y la virtud de un Sabio y un Santo.

La Misa Pontifical, este día, la celebró el Sr. Nuncio de Su Santidad, Monseñor Cicogniani, asistido por el Sr. Deán de la Catedral, las dignidades Sres. Herrero y Corrales, los beneficiados Sres. Campos y Sánchez; llevan los cetros los los canónigos de la Catedral Sres. Alañón y Rodríguez y los de San Isidoro Sres. Viñuela y Rivero.

La capilla de la Catedral y el coro del Seminario interpretaron admirablemente la Misa del maestro Uriarte.

El Sr. Nuncio ofició con el cáliz de ónice regalado en el siglo XI por la Infanta doña Urraca, hija del Rey Don Fernando I.

En este día el Ayuntamiento de León hizo la ofrenda tradicional, que en otro lugar de esta Crónica se describe.

La fantástica Cruz de Arfe abrió paso a la procesión.

En un Misal del XVII, con encuadernación en cuero cordobés leyó el Sr. Nuncio. Todo fué suntuoso, todo digno de la corte del Reino de León.

Autoridades y Jerarquías visitaron la Real Colegiata, la biblioteca, el tesoro, las obras de restauración.

Un inmenso públ.co que esperaba a las puertas de la Colegiata recibió con un aplauso unánime a los Ministros y personalidades.

Y entonces la masa de gente entró también a ver aquellas cosas admirables. Porque la fiesta era de todos y para todos.

Al día siguiente también entró el público en imponente número.

El Sr. Nuncio había levantado la clausura en estos días.

Quedaban para el día 4, la Pontifical por la mañana y para coronamiento glorioso de las fiestas religiosas, la procesión Eucarística por la tarde.

Ofició en la Pontifical el Obispo auxiliar de Burgos Doctor Llorente.

Con nuestras autoridades estaba el Sr. Subsecretario de la Gobernación, ilustre leonés, D. Pedro Valladares.

El P. Albiol habló de la sabiduría de San Isidoro y habló sabiamente.

Su palabra justa, su razonar recio y severo, su dialéctica lapidaria, su admirable espíritu sintético en que se unen un talento claro y una cultura profunda labraron una joya oratoria que emparejaba con tantas joyas de arte como en el templo lucían.

Hombre eminente este P. Albiol; no es para olvidada su aportación a las fiestas.

Por la tarde la solemnísima, piadosa, magna procesión Eucarística.

Las tropas cubrían la carrera.

La ciudad presenció de rodillas el paso de Dios por las nuevas calles de León.

Largas filas de tres en fondo a cada lado cantando himnos religiosos.

El histórico Pendón de San Isidoro, secado por el muy digno General Pacheco, con el Sr. Abad al lado.

La espiritualidad de León se mostró aquella tarde magníficamente.

El Sr. Obispo no pudo hablar, al final de la procesión... ¡porque lloraba¡

DIA 5 de JUNIO, 10 DE LA MAÑANA

FUNERAL POR NUESTROS REYES

No debía terminar el glorioso ciclo de unas fiestas en la antigua Corte del muy glorioso Reino de León—EL

REINO QUE PUEDE HABLAR DE MILENARIO—sin el cristiano recuerdo de los Señores Reyes de León.

El recuerdo cristiano a los muertos se llama Funeral por sus almas.

La tradición religiosa tiene un sentido de continuidad que va más allá de la vida y dé la muerte; es un río que lleva sus aguas a la eternidad.

Un funeral por almas de Reyes es siempre una lección de filosofía trascendental. ¡También los Reyes mueren!

La muerte es la única verdadera igualdad que hay en la tierra.

¡Y qué Reyes aquellos por cuyas almas se rezaba en León en este día postrero de nuestras fiestas de San Isidoro!

Los Reyes que hicieron la España con unidad religiosa, con unidad política: Reyes fundadores por su propio Reino.

Reyes arquitectos del soberano monumento de la Historia de España.

Don García, Don Ordoño, Don Fruela, Don Alonso IV, Don Ramiro II, Don Ordoño III, Don Sancho, Don Ramiro III, Don Bermudo II, Don Alonso V, Don Bermudo III, Don Fernando I, Doña Sancha, Don Alonso VI, Doña Urraca, Don Alonso VII, Don Fernando II, Don Alonso IX...

El Panteón de San Isidro guarda cenizas de unos de esos señores Reyes y de otros muertos de estirpe regia.

Las cenizas fueron profanadas la noche trágica del 30 de Diciembre de 1808 por los soldados de la revolución francesa; quiero pensar que de haber estado aquí aquella noche el capitán del siglo XIX no se hubiera cometido el espantoso desmán: era demasiado grande Napoleón para no respetar la grandeza.

¡Qué más da!

Aquí están huesos de príncipes y el día de la resurrección de la carne los átomos, a la orden de Dios, se unirán otra vez y de sus tumbas se alzarán los Reyes de León, como aquellos monjes del «Miserere» de Becker, para adorar al Señor.

Acabada la Misa de Requiem, pasamos todos al Panteón, siguiendo al Sr. Obispo que revestido de pontificales ornamentos había de rezar el responso.

Al centro del Panteón se alzaba un alto túmulo, entre las tumbas de Reyes y personas reales.

Un responso solemne, reposado, en un ambiente regio, tres veces mayestático; por la majestad de los Reyes, por la majestad de los siglos y por la majestad del arte. Aquello era suntuoso.

Las preces eclesiásticas, iguales para Reyes o para mendigos, resonaban en las bóvedas que también dicen a su modo preces apocalípticas.

Por esta vez no eran turistas los que allí estaban, éramos cristianos viejos que en la inmensa hermandad de los fieles cristianos rezábamos el Pater noster con el Obispo oficiante con la reverencial piedad con que se reza por aquellos grandes bienhechores de los tesoros de nuestra Fe y nuestra Patria.

La mano episcopal incensaba y bendecía tumbas de Reyes y pedía para sus almas la Luz perpetua.

Las fiestas religiosas de San Isidoro habían terminado regiamente.

CAPITULO III

FIESTAS LITERARIAS

Fiesta literaria leonesa.

Sesión del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

FIESTA LITERARIA LEONESA
en el
PALACIO DE LA DIPUTACION PROVINCIAL

El programa rezaba lo siguiente: Homenaje literario de la ciudad y tierra de León a San Isidoro.—Ofrecerán el homenaje el Sr. Abad de la Real Colegiata, el Presidente de Acción católica, el Cronista de la provincia, el Sr. Alcalde de la Ciudad, el Sr. Presidente de la Diputación provincial, el Gobernador civil y Jefe del Movimiento y el Sr. Obispo de León.

El programa, por el número de los discursos, parecía amenazador y la gente iba con cierto miedo de salir de allí a las diez de la noche.

Sin embargo la sesión terminó a la hora y media porque la organización así lo había dispuesto muy discretamente y el auditorio selectísimo salió complacido de una sesión amena, variada, de sentido íntimamente leonés.

Los oradores habían hecho el sacrificio de reducir sus intervenciones al mínimo de extensión, concretando en lo posible cuanto tenían que decir, sin pérdida de interesantes datos y pensamientos: difícil y penosa labor.

Todos ellos, a excepción del Cronista de la provincia, hubieran hecho trabajos de fondo y amplitud; modestamente aceptaron una labor de síntesis y fué ésta tan acertada y

simpática que el conjunto armónico presentó, en honor del Sabio hispano cuyas reliquias guarda León amorosamente, una bella ofrenda.

El salón de sesiones que preside el Sagrado Corazón de Jesús, ostenta en el testero un cuadro que representa la promulgación de los Buenos Fueros del Reino de León en la Iglesia de Santa María, el año de 1020; en los muros laterales campean las pinturas de tapiz, de Amérigo, en las que se muestran las virtudes cardinales que adornaron la vida de San Isidoro: el ambiente era propicio para una evocación leonesa plena de religiosidad, de tradición y de sentido patrio.

Allí estaba la Iglesia con el Nuncio de Su Santidad y los Obispos de León, Oviedo y Burgos; el Estado y la Falange con el Sr. Gobernador y Jefe provincial D. Antonio Martinez Cattáneo que representaba también al Sr. Ministro Secretario, el Ejército de tierra con el general Pacheco, el Ejército del Aire con su Coronel; la Enseñanza oficial del distrito universitario con el Sr. Rector de la Universidad de Oviedo D. Sabino A. Gendin, allí la Diputación y el Ayuntamiento, la Audiencia y la Real Colegiata, Ingenieros, Profesores, Arquitectos, el Delegado de Hacienda, el Consejo leonés con su presidente Sr. Iglesias, la Catedral con su Deán, altos funcionarios, sacerdotes, militares, entidades y Corporaciones de todos los valores leoneses.

Y fuera, el estado llano que pugnaba por entrar y oía la retrasmisión radiada y formaba ese simpático marco de las grandes solemnidades a las que presta vida y calor.

Los oradores tendían sus cuartillas en un atril revestido con un paño antiguo a tono con algo litúrgico que en el aire flotaba.

El micrófono contrastaba bellamente con el atril, como

si quisiera demostrar el nexo de la tradición con el progreso de los tiempos; aquello me recordaba muy gráficamente aquel hermoso párrafo de Vázquez de Mella en el famoso discurso pronunciado en la sesión necrológica en honor de Menéndez Pelayo, cuando decía: «Menéndez Pelayo, comprendiendo perfectamente que la tradición y el progreso eran en el fondo una misma cosa y que no hay progreso sin tradición que le continúe, ni tradición sin progreso que lo origine, vino a juntarlos en su espíritu».

La sesión leonesa dejó un amable recuerdo; León había cumplido ampliamente su deber con una elegante discreción y un fervor isidoriano dignos de aplauso.

A todo esto un rasgo de buen gusto presidencial había hecho ondear en lo más cimero de la torre del Palacio de los Guzmanes una espléndida bandera española. Era el día 2 de Junio, a las cinco de la tarde.

El Señor Abad-Prior de San Isidoro habló en su tono abacial, alto, erguido, con su indiscutible amor a la tradición que la Real Colegiata guarda.

El Presidente de Acción católica, liso y llano, nos contó las glorias que el Pendón de Baeza nos oculta entre sus pliegues venerables.

El Cronista habló del Arca de San Isidoro.

El Sr. Alcalde recabó para la Ciudad el abolengo insigne de Corte del viejo Reino de León, con palabra cálida y gesto noble de Corregidor.

El Sr. Presidente de la Diputación actuó gallardamente con sonrisa triunfadora y varonil en nombre de aquel Reino de León, forjador de hispanismo y cuya entraña aún vive y alpita en esta hidalga tierra que la Diputación representa.

El Sr. Gobernador ofrendó a San Isidoro el homenaje sentido y cálido, de la Nueva España, la simpatía de su juventud inteligente realzaba sus nobles palabras.

Y el Sr. Obispo de León, cordial, efusivo, poniendo el alma en cuanto dice y hace, cerró la agradable sesión, recogiendo en sus manos episcopales las ofrendas de todos para coronar las sienes de San Isidoro, Doctor de la Iglesia, Patrono de León, Patrono de la Ciencia española, honor de España.

El Sr. Nuncio de Su Santidad sonreía complacido y bendecía, uno por uno, a los que habían trabajado por la mayor gloria de un gran Santo español.

He aquí ahora lo que los oradores dijeron:

Discurso del M. I. Sr. Pérez Llamazares, Abad de la Real Colegiata.

Excmo. y Rvdmo. señor: excelentísimos señores. Señoras. Señores:

Se me ha dado la honrosa comisión de hablar en vuestra presencia de San Isidoro, pero sólo por espacio de quince minutos.

¿Quién es San Isidoro?

Uno de sus discípulos, San Ildefonso, aquel coloso de la Iglesia visigoda, mimado de la Santísima Virgen dice que fué «un hombre extraordinario por su portentoso talento, por su hermosura».

Otro de sus discípulos, el predilecto del Maestro, el glorioso San Braulio de Zaragoza, le canta la gala con frases de encendida admiración, con estas tiernas palabras: « Tú distes luz a los anales de tu patria; tú a la cronología; tú a los oficios eclesiásticos y a las costumbres públicas y domésticas; tú a la situación de las regiones y ciudades; tú, finalmente, a todas las cosas divinas y humanas... Ninguna ciencia divina ni humana te se ocultó; todas las penetraste, todas las recorristes, y no hubo escritor sagrado ni profano que a tu diligencia se escondiera...

Y apenas cierra sus ojos a la luz de este valle de lágrimas, todos los obispos de España, la Corte y la nobleza del imperio, congregados en Concilio nacional, le aclaman: «Doctor egregio de nuestro siglo: nuevo honor de la Iglesia católica, posterior en edad a los demás doctores, pero no inferior en la doctrina; doctísimo en los últimos siglos, y que debe ser nombrado con reverencia. Cum reverentia nominandus».

«Doctor de las Españas, lucero de Occidente y luz de la Iglesia» le llaman Elipondo de Toledo, Alvaro, cordobés, el escritor mozárabe, íntimo de San Eulogio de Córdoba, se embelesa con nuestro Santo y le llama a boca llena: «Nuestro luminar, nuestro gran Isidoro. (Beatus et lumen, noster Isidorus)»

Si me entretuviera en buscar elogios de Papas, Concilios y saberes extranjeros no haría otra cosa en nuestro tiempo... Basta uno fa-

moso de uno de los hombres más célebres del mundo, el autor de la Divina Comedia, Dante Aliphier dice que es el Maestro de toda la Edad Media, que vivió de su hálito poderoso. «Del ardente spiro de Isidioro».

¿No habrá exageración en tales elogios? Vamos a verlo.

Custodiado por su hermano San Leandro, como una delicada flor de invernadero, en el seminario de Sevilla, con su talento prodigioso, después de imponerse en todas las ciencias humanas y divinas, se encargó de la dirección de aquel centro, de aquella «Universidad», dirección que no abandona aun después de sublimado al honor de arzobispo de Sevilla, haciéndola tan famosa que a ella acuden todos los sabios de aquel tiempo, y en ella se forjaron aquellos grandes caracteres, gloria del episcopado de España y de la iglesia española, que asombraron al mundo durante el siglo VII, y en ella se inspiran todos los demás seminarios de España, que, como luceros a la aparición del sol, se eclipsan ante el fulgor del de Sevilla, y cuando, en pleno siglo XVI, el Concilio de Trento quiere reorganizar la enseñanza de las ciencios eclesiásticas, reformando los seminarios, le sirve, como de norma el régimen que siguió en el suyo San Isidoro, cuando Alemania, Inglaterra y Francia, eran todavía salvajes e Italia, la dulce y culta Italia, hollada por las hordas del norte, había olvidado enteramente la civilización romana.

Su obra inmortal de las Etimologías resume y compila toda la ciencia de la antigua Grecia, de la fenecida Roma, y fué la obra más copiada y más leida, después de la Biblia, en los siglos medios, y seguirá siendo un faro deslumbrador hasta el fin del mundo; hablar de ella nos ocuparía muchas horas.

Es el primer autor de las «Summas» en teología y derecho canónico; de esos ciclópeos monumentos de la humana inteligencia.

Es el Príncipe de la Historia, a quien sigue servilmente todos los historiadores, hasta finalizar la Edad Media.

Es el místico asombroso, el asceta de la unción conmovedora, cuyo libro de los sinónimos sólo ha tenido algo semejante en el Kempis, en la imitación de Cristo.

Es el físico, el astrónomo, el naturalista, que con el mérito de su obra «De natura rerum», dedicada al rey Sisebuto, mereció que los Ingenieros geógrafos de España le aclamaran su Patrono.

Es el autor de una obra bíblica, que hoy atrae las miradas y estudios del mundo sabio; el exégeta asombroso, con multitud de obras que le ponen a la cabeza y hacen el predecesor de nuestros grandes escriturarios.

Es el Patriarca del Monacato occidental, que con su «Regula Monachorum» dió calor y vida a tantos y tan famosos cenobios entre los mozárabes y en los reinos independientes de la Península, hasta que Fernando I tuvo la triste ocurrencia de legislar en el Concilio de Coyanza, del año 1050, que todos los cenobios de ambos sexos siguieran en su reino la Regla de San Benito.

Es el autor del primer «Mapamundi» y sus mapas de las Etimologías inspiran los famosos que figuran en los «Comentarios al Apocalisis» de San Beato de Liébana y toda la cartografía española de la Edad Media.

Es el autor de multitud de libros, referentes a todos los ramos del saber humano, y que no podemos enumerar aquí, capaz cada uno de ellos de inmortalizar a su autor.

Es el compilador y autor de la gran Colección canónica de la Iglesia española, la «Hispana», traducida al árabe por los mozárabes andaluces, venerada por los reinos independientes de la Península, acatada por todo el occidente europeo. Es el que concentró toda la legislación de Roma, Constantinopla, Africa y Arlés, salvó la ciencia del Derecho, sirvió de guía luminoso a todas las iglesias y presidió toda la legislación y las más famosas codificaciones.

Es el gran legislador, que en los Concilios nacionales elabora para su amada España una constitución, la más humana, la más libre, la más progresiva, de cuantas gozaron las naciones después de hundirse el Imperio romano.

Es el obispo, celoso de las glorias de la Iglesia española y que defiende la pureza de su liturgia de toda influencia extraña, y la enriquece con el famoso Oficio gótico, lleno de majestad y nobleza, rito que obliga a adoptar a todas las provincias españolas.

Es el español que sueña con una España grande y gloriosa, centralizada, fusionadas en estrecha lazada la cruz y la espada, y que al hablar de su patria chica, de Cartagena, ocupada por los bizantinos, se expresa con lamentaciones que entusiasmarían a un irredentista del siglo XX, y que ponen de manifiesto su patriotismo ardiente y fervoroso.

Es una llamarada inextinguible en el campo de las ciencias, en torno de la cual, como mariposas fascinadas, vuela actualmente las inteligencias próceres de Europa y América, haciendo su elogio y el estudio de sus obras en artículos de revistas científicas y en obras cumbres de cultura e investigación.

Es aquel arbol gigantesco del profeta Daniel, que con su copa llegaba al cielo, y con sus raices abrazaba toda la tierra, y a su sombra vivían y se alimentaban todas las bestias, y en sus ramas anidaban todas las aves.

¡San Isidoro, dulcísimo San Isidoro! Tú sapiens est... (tu eres sabio...) pero tú tienes también un corazón mucho más grande que tu poderosa inteligencia, un corazón anchuroso como la inmensidad del mar, un corazón que se inmoló en el ara del amor divino, que se abrasó en las lumbres del heroismo y sacrificio por el bienestar y rescate de tu amada España, arrancada al yugo de la esclavitud y tiranía de los bárbaros arrianos, con la conversión de estos brutales herejes, a los que supiste ganar para siempre e incorporar a la causa de la fe católica y de la civilización, subyugándolas con el hechizo de tus ternuras, de tus virtudes, de tu bondad.

¡Ah! Yo no quiero, yo no concibo un Santo sin corazón ¿Y qué corazón más grande el tuyo? Hijo de próceres, de los Duques y Gobernadores de la provincia de Cartagena, heredaste riquezas cuantísimas: multimillonario, después de haber sido cerca de cuarenta años arzobispo de Sevilla, primado de España, Legado del Papa en estos reinos, el oráculo de los Concilios, de los obispos y de los magnates, el favorito, el padre, el Angel de Dios que guió el cetro de los monarcas visigodos, mueres en la más extrema pobreza, y las cuatro monedas, que aun no habías tenido oportunidad de repartir, ordenas darlas antes de entrar en la agonía, para merecer la dicha de morir pobre por amor de Jesucristo, a quien veías encarnado, en cierto modo «sacramentado» en el pobre, en el necesitado.

¡Qué extraño que al verte salir de tu pobrísima celda para recibir la penitencia, y el cuerpo y sangre del dulce Jesús sacramentado en la basílica de San Vicente, según la costumbre de la época, ya agónico, cuatro días antes de volar al seno de Dios, todo Sevilla, todos los eclesiásticos, todos los coros de los pobres (cuncta agnina panperum), te salieran al paso, para implorar tu bendición, para

besar las manos consagradas, mil veces santas y adorables, para despedirte y llevar su orfandad con alaridos desgarradores, con lágrimas, formando un espectáculo conmovedor, capaz de enternecer a las mismas piedras y que oprimió dulcemente tu tierno, tu paternal corazón!

¡Cuatro días después, con el llanto angustioso del rebañito idolatrado, huérfano ya del Pastor inolvidable, recibías el culto ardiente y apasionado, merecido por tu peregrina santidad, los himnos de los coros angélicos, y el homenaje y gratitud de la humanidad, que te aclamará por su Doctor insuperable hasta el fin de los siglos!

¡Las lágrimas, el desconsuelo de tus ovejitas en la hora de la suprema separación; el clamor angustioso de los pobres, subiendo como rosada nube hasta el trono de Dios, son tu mejor apología, tu gloria y tu corona!

¡San Isidoro, dulcísimo San Isidoro: «tu sapiens est... (tu eres sabio), y aún más sabio, porque supiste conquistar un trono y una corona deslumbradora en lo más alto de los cielos!

Discurso de D. Francisco del Río Alonso, Presidente de Acción Católica.

Excmos. e Iltmos. Señores: Señoras: Señores:

Otra vez, después de dos años en que brillantemente se organizaron paracidos actos, en este histórico y noble León «que tuvo once Reyes antes que Castilla leyes» según el dicho popular, una impetuosa corriente de espiritualismo que aviva el fuego de la Tradición en los corazones, orea y refresca los ánimos para las grandes empresas llega, con las solemnidades que, para conmemorar el fausto acontecimiento de la promulgación por nuestro Rvdmo. y amado Prelado del Breve de Su Santidad el Papa, merced al cual se erige en Basílica menor la Real Colegiata de San Isidoro, en el día de hoy han comenzado.

Semejante a los rayos del sol que al atravesar los grandes vitrales de la «Pulchra Leonina» se matizan y truecan en suaves haces de luz que abrillantan los objetos, vienen felizmente ahora a esta Ciudad, de tan rancio abolengo hispano y donde en la antigüedad tantas singulares hazañas de santos, artistas y guerreros se incumbaron, las corrientes de algo tan inmaterial e ingrávido que en la vida actual fría, prosáica y materialista parecieron cosa de asombro sino supiéramos por quiénes están dirigidas y ordenadas.

Se trata de rendir un homenaje al gran polígrafo, al asombroso sabio, Doctor de la Hispanidad, al por tantos conceptos eminente Arzobispo de Sevilla, San Isidoro, Excelso Patrón del viejo Reino Leonés, cumbre y guía del saber de su tiempo.

Al conjuro de este prodigioso nombre, símbolo excelso de toda la Cultura, que ciertamente no tiene valoración ni pareja posible en las edades, han acudido, para rendir pletesía al Santo, a nuestro rancio solar, que aún cuando tan modificado en su exterior por los elementos que los años en su rápido caminar acumularon, conserva aún muchas de sus características de antaño, muy elevadas figuras de la Iglesia, del Gobierno, de la Ciencia y no podemos nosotros los hijos de

este suelo «moridos de amores por él» en frase del anónimo autor de «La Pícara Justina» aún cuando pudieran ser los méritos tan escasos como los del que ahora habla legítima excusa, dejar de sumarnos cordialmente al homenaje con lo poco o mucho que hoy tengamos para ofrendarlo sinceros al Santo Doctor.

* * *

Casi perdida entre las buenas tradiciones pero fulgurante y clara en la memoria de los hijos de esta noble tierra, existe todavía en la Ciudad aunque actualmente como la bella Princesa durmiente de la leyenda del bosque encantado se halla aun esperando la mano que la despierte, la Muy Ilustre, Imperial y Real Cofradía del Milagroso Pendón de San Isidoro fundada en tiempos remotos para honrar al Gran Patrono, Capitán defensor decidido de los cristianos en sus luchas contra la morisma y piadosa muestra de la gratitud de sus hijos de León por acompañarlas siempre para otorgarles la victoria.

Os hago gracia, tanto por no robar los minutos más útiles para escuchar a otros oradores que con mayores títulos deben hablaros, como porque autoridades en la materia hay aquí que cual la del Muy Ilustre Sr. Pérez Llamazares, Abad-Prior de la Colegiata, tan profundo conocimiento tienen de ello que lo han hecho ya admirablemente mejor; de referidos los términos verdaderamente providenciales en que la antigua Cofradía de San Isidoro fué fundada por el Católico Rey D. Alfonso VII de León, el Emperador, el hijo del Rey D. Raimundo y de la Reina D.ª Urraca y de cómo surgió de la visión que el Monarca tuvo una noche con ocasión de la batalla que fué milagrosamente ganada, en Baeza, y ocurrió en 1147, lo que con detalles muy interesantes puede leerse, entre otros, en el Códice 62 del libro de los «Milagros de San Isidoro» del famoso canónigo y cronista D. Lucas de Tuy, así como en otros diversos documentos más, que en la Real Colegiata cuidadosamente se conservan.

A aquélla pertenecieran Reyes, magnates, ilustres damas hasta la época contemporánea y aunque tuvo muchas vicisitudes siempre sus reglas fueron asaz interesantes.

Es por ejemplo ciertamente curiosa la Ordenanza de la Regla de 1570 relativa á las salidas del famoso pendón así como la descripción que del mismo hace Ambrosio Morales con ocasión de su «Viaje

Santo», la cual no renuncio a silenciar y dice así: «... es cuadrado, de tres varas, de un cendal como tafetán que fué colorado y con la antigüedad ha perdido la color; es del Emperador D. Alonso, hijo de D.ª Urraca, que hizo bordar en él toda la manera como le apareció San Isidoro cuando se le apareció sobre Baeza y se la hizo ganar. Está bordado el Santa Doctor a caballo, vestido de Pontifical, con capa, con una cruz en la mano y en la otra una espada levantada con una estrella cabe la punta, porque el Santo le mostró al Rey se salía del Cielo al brazo de Santiago para su defensa. Esto está así bordado de ambas partes y aunque la bordadura es antigua está buena. Este pendón usaron los Reyes llevar en la guerra contra los moros por devoción y plegaria de la ayuda de este Santo y duró esto hasta la toma de Antequera, donde refiere la historia del Rey D. Juan II, con cuánta devoción envió el Infante D. Fernando por este pendón y con cuánto acompañamiento se llevó y con cuánta reverencia lo quiso salir a recibir si fuera posible. También dicen que trató el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria de llevarlo en alguna jornada». (Véase el Códice XCI de la Colegiata, fol. 130).

¡Qué suave dulzor tiene este sencillo relato! Cuando en los incolores tiempos porque atravesamos leemos tales noticias parece que saboreamos con gustoso deleite todo lo que tenía de puro, sencillo y fragante el ambiente lleno de extraordinarios hechos realizados sin jactancia, pero con una fe y un valor tales que prueban la vida magnífica que nuestros antepasados tuvieron y que dificilmente al ser analizada por las gentes de hogaño puede concebirse como de hechos reales y con frecuencia se suele reputar de inverosimil y legendaria...

* * *

Impregnar la vida de espiritualidad, trazar en el mundo con sombríos rasgos la silueta de la sociedad futura, elevarse sobre la materia, lograr una personalidad tan alta que se halle a prueba de las críticas más severas de todos los siglos, es signo de virilidad, de energía indomable.

San Isidoro, polifacético, conocedor de cuanto en su siglo había en el vasto campo de la Ciencia, formador de una legión de sabios varones virtuosos, austero, reformador, dinámico, de voluntad recia y de bondad suma, es para todos modelo y ejemplar al cual debemos

seguir sin titubeos los que deseamos ser hombres de acción, especialmente los que pretendemos, desde distintos sectores sociales, ser operarios de la viña de Cristo para salvar con la palabra y con el ejemplo a otros, en apostolado constante y sin desmayos, mirando a lo alto y pidiendo a Dios sus luces para no claudicar ante indifenencias ni cobardías probables.

En el viejo templo de San Juan Bautista que contiene la urna de plata donde sus sagradas cenizas reposan sirviendo de escabel y pedestal al Santísimo Sacramento, perennemente expuesto por singular privilegio a la adoración de los fieles. El será constantemente, desde que por providencial designio un día cuando Fernando I envió a Sevilla una Embajada para traer el cuerpo de Santa Justa, Dios señaló al del Santo Doctor, astro y faro espléndido que guié por la recta senda del bien obrar a los hijos de esta raza.

Modestamente he pretendido en estos momentos, evocar ligeramente la antañona e ilustre Cofradía del egregio Arzobispo hispalense para que, resucitándola, como algunos de corazón deseamos, el viejo, glorioso pendón, que en tantas batallas se exhibiera y al que el sol hizo perder algo de sus matices, cobije bajo sus pliegues a los leoneses de hoy y les preste su sombra milagrosa, para que con espíritu magnánimo, con celo ardiente también, con patriótico entusiasmo, contribuyan, libres de la escoria de que el afán materialista actual nos mancha, a hacer siguiendo las huellas de aquel Santo que en lo antiguo capitaneó las empresas mejores, la Nación grande, imperial, gloriosa que otra ingente figura de los actuales días, la del insigne Caudillo Franco, también de fe acendrada y de espiritualismo profundo, constantemente nos traza, con abnegación perseverante, a los españoles todos.

Discurso de D. Mariano Domínguez Berrueta, Cronista de la Provincia.

Esta es una fiesta leonesa, en alabanza de nuestro San Isidoro, y con motivo de un honor concedido a León, por su Santidad el Papa Pío XII, atendiendo las preces de nuestro insigne Prelado, elevando al rango de Basílica la antigua iglesia dedicada al gran Santo y Sabio en esta noble Ciudad.

Es una fiesta íntima por el fervor que a todos nos inspira y por el ambiente leonés què penetra nuestras actuaciones; es la ofrenda que obliga como un foro, porque la reiterada y firme voluntad obliga y ata con más fuerza que cláusulas contractuales o cadenas de hierro.

Pero de esto ya discutiréis mañana, Señor Abad y Señor Síndico, y uno y otro sabréis complir ahincadamente vuestro deber, con aquella difícil gallardía que, sin salir de los senderos de la muy rancia buena armonía, tampoco abandona los de la energía y la entereza en la defensa de lo que se nutre de la enjundia tradicional.

En esta fiesta leonesa voces autorizadas hablan en nombre de muy altas representaciones, dignamente sustentadas.

Solo yo hablo por mi cuenta y riesgo, sin más ménsula en que apoyarme que la que sustenta las viejas estatuas que de por vida hacen honores a los viejos monumentos, ni más doselete protector que el cobijo de vuestra bondad.

Me doy cuenta de todo esto y por complacer a los que aquí me han traído y a vosotros que me escuchais, hablaré en nombre de... la antigüedad.

En nombre de esas cosas imponderables, por sútiles y finas, que tanto dicen al oido atento de quienes estiman en su valor los secretos de la historia de estas viejas ciudades que tienen alma, llenas de recuerdos arcanos, de aromas misteriosos de tradición o leyenda, ciudades camino de peregrinos de todas las peregrinaciones, las de la Fe cristiana, las de los rumbos que llevan a la empinación de la Patria,

vida, entre cantares o querellas, entre zarzales floridos del cercado o al arrimo de cruces de calvario.

Y en este marco encuadrada mi sencilla actuación, os declaro sinceramente que en estas fiestas hay algunas venerables tradiciones que despiertan en mi el más vivo interés emocional, que quisiera trasmitiros por lo que tiene de piadoso y romántico, para que prenda en vuestras almas como prendió en la mía.

Una de ellas es la apertura del arca que contiene las reliquias de San Isidoro. Acaso no está de más hablar de esto, a título de divulgación.

«Abrir el arca de San Isidoro», a petición de la Ciudad previa legacía, es una de las más venerables memorias de la Fe y del espiritualismo de antaño.

Solemnidad majestuosa, impresionante y fuerte, por que era el angustioso clamor del pueblo el que demandaba protección al gran Santo, en las grandes calamidades locales o nacionales, «en el último trance y aprieto como decían los Regidores al suplicar al señor Abad aquel favor apremiante.

Fué en 6 de junio de 1804 la última vez, de que hay recuerdo, en que se abrió el arca a la veneración de los fieles para implorar la lluvia deseada.

A través de los siglos anteriores, como a paño de lágrimas, acudió siempre la rabusta y poca palabrera Fe de nuestros mayores, al Arca sagrada de San Isidoro, arca de alianza en algún aspecto, en guerras, en epidemias, en desdichas humunas, siempre fué premiada la leal devoción por el Santo que quiso que reposaran sus restos en la noble Ciudad de León.

Hay memoria documental de haberse abierto el arca, para rogativas públicas, en 21 de diciembre de 1710 para pedir el triunfo de las armas españolas, en tiempo de Felipe V; en 4 de junio de 1775 para remedio de los campos yermos; en 25 de marzo de 1683; en 27 de noviembre de 1675; en 1649 etc., etc., así como en el siglo XVI. Y en varias otras ocasiones, después de los tres días de exposición, se acuerda otro día más para dar gracias a San Isidoro por el beneficio obtenido por su poderosa protección.

Son conmovedoras las palabras del señor Corregidor cuando el

el día 15 de julio de 1626 acude el señor Abad con voz entrecortada, para pedir la apertura del arca «en el último trance y aprieto de esta Ciudad».

Ahora, en estos momentos álgidos de la gran tragedia que envuelve al mundo en una guerra de destrucción cuya prolongación, ha dicho la voz más autorizada de España, es un peligro tremendo, es ocasión propicia para pedir a San Isidoro, ante el arca abierta de sus reliquias, abierta para mejor oir nuestra plegaria, la paz justa y duradera por la que clama, la voz más alta de la cristiandad.

Y que ante al arca abierta, que guarda los huesos de aquel Santo y Sabio de quien dijo Menéndez Pelayo, que «merece cuantos elogios caben en lengua humana», nos damos cuenta de la honra que León adquirió de por vida, desde el año de 1063, en que la piedad y el patriotismo del buen Rey D. Fernando I y D.ª Sancha la muy leonesa reina, trajeron a esta Ciudad el sagrado cuerpo, que desde entonces, es joya inestimable de supremos valores espirituales, timbre insigne de gloria que todo el mundo cultural nos envidia, tesoro magnífico de catolicidad de hispanismo de todo eso que más puede glorificar a un pueblo que, a sus títulos de alcurnia, une este de ser relicario de San Isidoro.

Hablemos ahora del arca en si misma, de este relicario único.

Para tal señor tal relicario.

Durante dos horas han pasado ante el arca miles de personas con esa curiosidad de ver lo que jamás se ha visto y lo que quién sabe cuándo se volverá a ver. Quiero pensar que a más de la natural curiosidad cada uno ha dejado ante las reliquias la petición de una limosna de protección al Santo insigne.

La época más probable de construcción del arca es la segunda mitad del siglo XI.

Su forma rectangular; su medida 80 centímetros por 30.

Los ángulos realzados; columnas de fuste lujosamente ornamentado, la decoración bizantina; toda de plata repujada de la labor admirable, a martillo; obra perfecta no sólo en relación con su época sino en absoluta estimación de su volor. Está el arca dentro de una amplia urna también de plata, en forma de naveta de incensario, bella obra del orfebre leonés Rebollo hecha en 1847, y es ésta la que

de ordinario vemos sobre el ara del altar mayor, protegida por buena luna de cristal.

Pocas obras de arte más conocidas que la magnífica arca interior, pues de ella hay descripciones en todas las obras de arqueología, y puede decirse que está catalogada en todos los idiomas.

Fotos y maquetas han reproducido la obra de arte medieval, dando con ello señal de la alta categoría de este documento arqueológico.

Arca esencialmente ornamental pero de sentido simbólico con todo el expresivismo de su época, ostenta multitud de relieves de imaginería y donde éstos faltan ocupan su lugar inscripciones bien labradas.

Están cobijadas las imágenes por hornacinas triples en los frentes y únicas en los testeros; y bellamente cierra las hornacinas la hermosa cubierta, a manera de dintel decorativo.

Aparece en primer término la figura del Señor, con nimbo crucífero en arbitrario anacronismo, en la creación del primer hombre; «Hic formatur Adam», dice la inscripción. El Señor viste larga túnica y manto.

El dibujo primitivo tiene un encanto inigualable.

Otras hornacinas muestran esmaltes árabes, con círculos y trazados geométricos. Otra hornacina presenta la escena del árbol del paraiso.

La expulsión de nuestros primeros padres con la inscripción «Dixit Dominus ad Adam ubi est».

Hay también un grupo de cinco figuras, cuatro de inferior atuendo, y una que destaca por su aire de majestad y elegancia que claramente se ven en la clámide abrochada con camafeo y en el porte regio de la imagen; parece que representa al Rey D. Fernando I.

En los frentes de la tapa, y de factura moderna del orfebre Rebollo, se ve un San Isidoro admirablemente labrado, con ornamentos episcopales.

Y por si faltara algo para acrecentar el valor artístico del Arca va ésta revestida en su interior, así como la cubierta, de unas maravillosas telas árabes, tejidas con sedas de Bagdad, a todo color y a todo dibujo, contrastando preciosamente los tonos rojos amarillentos con el azul celeste del fondo del arca.

Todo ello integra un conjunto de máxima y suprema gracia y riqueza.

Al admirar estas fantásticas hermosuras y sobre la impresión que produce el arte magistral, aún se eleva el pensamiento a otras cumbres ideales donde campea la santidad, y allí se siente el aleteo de una altísima emoción que sólo los místicos sabrían traducir.

Pero también se percibe el más humano y muy profundo respeto que inspira una obra excelsa de arte a la que contribuyen civilizaciones diferentes, unidas en una misma admiración: la admiración que merece San Isidoro.

También él, el Sabio ilustre recogió las ruinas gloriosas de una civilización clásica, para que no se perdiera para siempre, y para verterla en otra civilización hispánica que en el siglo VII alboreaba.

¡Arca feliz que encierras los huesos de aquel Hércules cristiano que en su cerebro era capaz de encerrar los restos de una cultura para resucitarlos en la luz verdadera de nuestra cultura cristiana!

¡Feliz Basílica que bajo el trono de Dios, conservas tales reliquias y tal relicario!

¡Dichosa ciudad que tales grandezas atesoras!

LAUS DEO

Discurso del Ilmo. Sr. Dr. Justo Vega, Alcalde de la Ciudad.

Excelentísimos Señores: Leoneses: La Ciudad de León, antigua corte, del noble reino que fué núcleo y hontanar de la nacionalidad española, tiene hoy que ocupar su puesto de honor en esta fiesta isidoriana que al gran hispano dedicamos; la Ciudad de León, que guarda entre sus joyas de arte, de historia y tradición el tesoro invalorable de las reliquias de San Isidoro, cuyo nombre augusto no admite ni necesita elogios ni calificativos, porque ya dijo el maestro Menéndez Pelayo que no hay en el rico idiome español vocablos bastante expresivos para ensalzar debidamente a esta gloria de la ciencia, de la Religión y de la Patria.

Bien comprendo la desproporción entre la muy alta representación que ostento y la modestia de mi persona, pero esto mismo me redime ante vosotros porque quien cumple su deber adquiere por ello un derecho a la benevolencia de todos.

He aquí cómo el Alcalde de León, viene hoy en nombre de esta nobilísima Ciudad y del Excelentísimo Ayuntamiento regidor a decir con austero hablar leonés, con sencillez castiza, más con el corazón que con los labios, el cariño, el entusiasmo, la devoción, la gratitud, todos los más altos sentires, todos los más hondos pensares que una Ciudad puede rendir por una de sus glorias más excelsas, la de ser relicario de San Isidoro.

Venimos al cobijo amoroso y paternal de nuestro San Isidoro más que ofrecerle, a renovarle nuestra admiración reverencial, y, sobre todo, a pedirle que no nos falte nunca su excelsa protección; un destello de la luz de su gigante entendimiento para alumbrar los caminos de nuestra vida pública y privada, y un resplandor de la lumbre que ardía en su alma santa para encender en nosotros o avivar el calor de la fe salvadora y de la virtud que endulza la vida.

Queremos entregar a San Isidoro el tributo que de justicia se le debe, y ahora no entablamos querella con el Sr. Abad sobre si es foro

o es oferta; ahora digo que es algo más que ambas cosas, porque a fuer de caballero, que es tanto como decir agradecidos, venimos a pedir a San Isidoro una bendición para nuestra Ciudad, y a cambio de ella le entregamos cuanto somos y cuanto representamos.

Ofrenda de muy honrosa alcabalía impuesta a nuestra voluntad por la conciencia de nuestro deber de intérpretes del sentir de nuestro pueblo, de por vida isidoriana, desde que nuestro buen Rey Don Fernando I, guiado por la inspiración de su esposa Doña Sancha, la gloriosa reina leonesa, que marca en la Historia un rumbo que han de seguir Doña Berenguela, en tiempos de su hijo San Fernando y Doña Isabel la Católica más tarde, rumbo de grandezas patrias hizo traer de Sevilla el sagrado cuerpo de San Isidoro para perpetuo honor de León, para gloria de los leoneses, para ejecutoria y prestancia de su Concejo.

Abona mis palabras una tradición de siglos, que conocéis perfectamente, de buena armonía y de recíprocas finezas entre la Colegiata, desde hoy Basílica, y el Ayuntamiento; las legacías, las mutuas asistencias, las clásicas «cabezadas», toda una vida secular de Abades y Corregidores unido en el santo afán de enaltecer el nombre de San Isidoro y acudir a su amparo orando ante el arca abierta, como ahora en las necesidades y agobios de León y de la Cristiandad.

No había de cortarse esta corriente de devoción isidoriana cuando el Estado español, sabiamente dirigido por nuestro Caudillo providencial, vuelve par los fueros de la más española de las tradiciones patrias y gallardamente proclama a cada paso la firmeza de nuestra fe de católicos al par que nuestro amor a la misión españolísima de fidelidad al Cristianismo salvador y a la Santa Iglesia nuestra Madre.

Y no podía faltar aquí el Ayuntamiento de León, cuya Regidora perpetua es la Santísima Virgen del Camino y su bendita imagen preside el despacho de la Alcaldía, cuando tiene a gala mostrar públicamente su religiosidad y su amor a estas santas costumbres, viejas devociones, arraigadas creencias, sin las cuales León no sería León y su Concejo dejaría de ostentar de hecho y a título legítimo la auténtica representación de la noble ciudad.

Pero para que nuestros votos sean más propicios al santo y sabi

insigne y lleguen al Cielo con más eficacia y aceptación, queremos presentarlos por manos consagradas, las de mayor autoridad religiosa entre nosotros los leoneses, las de nuestro venerable y muy querido y admirado Señor Obispo, a quien tanto debe León y tanto debe el resurgir de la gloriosa tradición isidoriana en nuestra ciudad.

El Alcalde de León siente hoy, con la pesadumbre de su cargo tan honroso, el patriótico orgullo de hablar en nombre de una Ciudad que fué Corte de Reyes y es y será siempre trono y solio de la Grandeza histórica española, pueblo-cuna de Hispanidad, ciudad cumbre de arte, ciudad que ha dado recientemente en la inolvidable Santa Misión muestras grandiosas de un fervor religioso ejemplar y alentador.

¡Que San Isidoro, desde el altar en que por gracia de Dios nunca bastante agradecida, en adoración perenne recibe el Señor las plegarias leonesas, conserve nuestra fe y ampare nuestra vida!

¡Viva León!

Discurso del Ilmo. Sr. D. Juan José Fernández Úzquiza, Presidente de la Diputación.

Excmo. Señor:

Jerarquías del Estado, de la Iglesia y de la Falange:

Leoneses:

Un puro idealismo español, y por español, pleno de enjundia tradicional del más alto aristocratismo, es la raíz, el tronco y la flor de estas fiestas que en León celebramos en honor de un Santo medieval, creador del espíritu hispano, recolector de una cultura para germinar otra, gran labrador de los campos del saber, gran artífice de orfebrería de la cultura, gran corazón capaz de fundir en el crisol de sus predilecciones, el amor a la virtud y el amor a la ciencia en el fuego santo del amor a España.

Santidad, saber y patriotismo son altísimas espiritualidades que saturan la vida y el alma de nuestro Santo Patrono Isidoro.

He aquí por qué nuestras fiestas son también fiestas de idealismo, muy a tono con las más nobles evocaciones que nos hagan vivir ávidamente unos momentos, aun dentro de las preocupaciones de las horas más trágicas que el mundo ha vivido, en un lírico ambiente de serena paz.

Demos marcha atrás al divino motor de nuestra vida, retornando por los caminos gloriosos de nuestra gloriosa historia y tradición, y aterricemos en la España medieval, en la época de la Reconquista, era feliz del Reino de León.

Y como la poesía, al decir del clásico, recordado por Menéndez Pelayo, ha sido siempre más realidad que todas las realidades, y en este caso la poesía y la historia se unen en la verdad; todo nos invita a rehacer la vereda para situarnos de nuevo en una cumbre de nuestra historia.

Estamos, pues, en el viejo Reino de León, y estamos en la noble Corte de este Reino. El Alcalde de la ciudad os ha hecho los honores en nombre de ella.

El Presidente de la Diputación, en nombre de ésta y de todo lo que representa en este núcleo y corazón de la región leonesa, quiere cumplir un mandato histórico, tan honroso como indeclinable: alza la voz entre las provincias hermanas que antaño formaron el Reino leonés, y, recabando el indiscutible mayorazgo que a León pertenece, por creación del Reino, habla por todas en honor de un Santo hispano, creador de la unidad religiosa y de la unidad cultural, básicas de nuestra unidad nacional.

Faltaba la unidad política. Y también ésta es realizada en León, cabeza del viejo Reino, mediante el dichoso enlace de Don Fernando I con la excelsa Reina leonesa Doña Sancha, hija de nuestro buen Rey Alfonso V, el de los Buenos Fueros.

Y aún cava más hondo la raíz de nuestra estirpe. Es en tiempos de Alfonso III el Magno (en los finales del siglo IX) y a su muerte en el de sus hijos, cuando los bravos astures iniciaron y ensancharon la gloriosísima Reconquista, bajan de las montañas norteñas y encuentran en nuestra tierra apacible un remanso, un lugar «cobiciadero» como decía no hace mucho nuestro Cronista señor Berrueta en esta misma Casa de los Guzmanes, donde estabilizar y fortalecer posiciones, y abrir cauces nuevos y más poderosos para la gran empresa, surgiendo el Reino de León, que ha de ser, «para siempre», uno de los blasones del Escudo Nacional. Como ha de ser también, y de por vida, tierra amorosa y pródiga, que da cuanto tiene y cuanto puede para toda empresa verdaderamente española; como dió en la guerra de la Independencia mereciendo la diadema de las Cortes de Cádiz y en nuestro Alzamiento y Movimiento Nacional, a los que entregó, con sus mejores hijos, todo lo que quedaba en el casi inextinguible arcón del pan de esta región «fértil, abundosa y bendita» entre las demás de España, como dijo nuestro San Isidoro en el magnífico elogio a su Patria, que es nuestra Patria.

Rango regio tiene, por la Historia, nuestra querida región; rango proceresco que conserva, pese a las mudanzas de los tiempos, en los valores permanentes de sus anales históricos: los de Sahagún, y San Miguel de Escalada, y Sandoval, y Gradefes, los de los Templarios del Bierzo, y los nobles de la Montaña, los de Concilio de Coyanza, los de los fueros y señoríos, behetrías y abadengos... en los valores

folklóricos incomparables, desde las comarcas de las nieves perpetuas hasta los valles bercianos, donde hay violetas en enero y dulce paisaje meridional... en los valores inagotables de sus tierras con sus pastizales y su ganadería, sus centenales y trigales hacia la tierra de Campos y sus riberas de productos magníficos, sus vinos típicos y su elevada producción remolachera, sus plantas textiles y medicinales, sus huertas de exquisitos frutales y verduras, sus maderas finas de haya y de nogal, sus robledales y sus pinares... su subsuelo carbonífero, su riqueza férrica, sus talcos y cementos, sus mármoles de Cofiñal y Cuevas del Sil... sus tejidos de maragatería, su cerámica de Jamuz... en los valores raciales de la sobreidad montañesa, el dinamismo maragato, el brioso trabajar de parameses y riberaños, en las virtudes de nuestros campesinos, honrados y serios... en el gesto de hidalguía, entre adusta y arrogante... ¡Toda la geografía de España cristalizada sintéticamente en nuestras tierras leonesas! ¡Todos los valores morales de España concentrados en nuestra región!

Pensando en estas cosas, señores, he dejado penetrar en mi espíritu—de continuo empapado, por imposiciones de mi cargo y de mi profesión agronómica, en realidades tangibles—he dejado penetrarme del aire puro de la España medieval, muy a tono con las fiestas isidorianas que con tantos fervores celebramos, y, en este clima de altura patriótica, respiro, con vosotros, ampliamente.

Porque, además, todo contribuye al encanto de esta hora leonesa.

Hablo en el Palacio de los Guzmanes, que también lo es de los Quiñones, los dos linajes más ilustres entre los muy ilustres de esta tierra prestigiada por todas las noblezas: la de la santidad del Centurión Marcelo, mujer e hijos; la del patriotismo leal de Alonso de Guzmán, el Bueno; la de la sangre de los Lunas, Osorios, señores de Aviados, el señor de Bembibre; la de las tradiciones más rancias de los Abades de San Isidoro, Sahagún, Eslonza, Sandoval, el Priorato, Carracedo, etc.; la del romanticismo de los castillos de Ponferrada, Villafranca, Barrios, Valencia de Don Juan, el Condado, etc.; la del trabajo de estas riberas bien labradas y estos viñedos limpios; la de la vida penosa de los modestos montañeses, de los emigrantes que, con un esfuerzo y una inteligencia fértiles, vuelven a la tierrina bien amada, a levantar en su pueblo una casa bien maja, a predicar con

el ejemplo de la virtud y la laboriosidad y a descansar al cobijo de una cruz levantada en el camposanto de la aldea donde nacieron.

Y como hablo en esta Casa que encierra y representa todos esos valores leoneses, y tantos otros imponderables de una región conocida en la Historia con el nombre de Reino de León, permitidme que arrogantemente alce el gallo, valga la frase, al igual que ese gallo de San Isidoro campea en la torre de la nueva Basílica, para deciros que la Diputación provincial de León y su Presidente en nombre de ella, no se resignará a cumplir las mínimas misiones administrativas que la legislación le encomienda, y con la máxima voluntad de servir a León, y a España siempre, ha de poner todo su tesón en hacer cosas dignas de estas tierras puestas bajo el Santo Patrono de San Isidoro, y ello, claro está, con la colaboración de todos los que, no sólo con la boca, sino también con el corazón y con el brazo, sienta el amor a esta provincia leonesa.

Apartando la colaboración negativa de estériles murmuradores, y de egoístas que no den más que sus propias miserias, buscamos la de hombres de ideales honradamente profesados, capaces de pensar alto, sentir hondo, hablar claro y hacer enérgico.

Y si llegamos a contar con la valiosa que, con los debidos respetos, pedimos y esperamos de los altos poderes y de las altas jerarquías, bajo el mando acertado de nuestro Caudillo, confiamos en que, asistidos por la protección del Sagrado Corazón entronizado en este Salón, realizaremos algo digno de nuestro excelso Patrono San Isidoro.

Por su gloria ¡Arriba España!.

Discurso del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Carmelo Ballester Nieto, Obispo de León.

Excmos. y Rvdmos. Señores: Excmos. e Iltmos. Señores: Señores:

Ha sido convenido entre los que hemos organizado estas fiestas que mi intervención en este momento sería brevísima.

Una de las principales funciones del Obispo, como de todo sacerdote, es la de ofrecer a Dios y a los Santos oraciones y dones de los fieles.

Por eso, terminadas las intervenciones de los oradores que acabamos de escuchar con tanto agrado, yo recojo con cariño en mis manos episcopales esas palabras tan bellas, desgranadas con amor, cinceladas con las formas de un galano decir, y entretejo con ellas una guirnalda de gloria, que ofrezco y pongo en las sienes del Santo, cuyo nombre y amor a la Iglesia y a España cantamos estos días.

Más aún: Si el cuerpo de San Isidoro está entre nosotros, es por voluntad expresa del Santo. Lo que buscaban en Sevilla los Obispos de León y Astorga, Alvito y Ordoño, eran los cuerpos de Santa Justina y Rufina, que no pudieron encontrar. San Isidoro se apareció a Alvito, le indicó donde estaba enterrado su cuerpo y le expresó su deseo de que lo trasladasen a León, lo que fué hecho en las circunstancias, algunas extraordinarias, que todos conocéis. Los hijos de la ciudad de León y de su reino quedaron obligados desde entonces a un profundo agradecimiento hacia el Santo. Bien conocían y cumplían nuestros antepasados esta obligación. ¿Y después de ellos..., en nuestros tiempos?... ¡Qué pena!... Por eso quisiera que esa guirnalda de gloria, que en nombre vuestro pongo en las sienes de San Isidoro, fuese acompañada de un gran sentir de reparación, para que el Santo perdone a muchos el silencio de siglos, y a nosotros el de nuestro tiempo, y abramos una era de conocimiento y de amor de todo aquello que a él se refiere.

No obstante, señores, no basta el sentimiento de reparación, hay

que llegar a los hechos con la energía, el tesón y el amor al trabajo que San Isidoro sabía poner en todas sus cosas.

Y entre paréntesis: a Dios ofrezco el sacrificio de no aducir en esta ocasión palabras y hechos del Santo relacionados con las prendas y cualidades a que acabo de referirme. Porque, como ya he dicho, debo ser breve.

Y a los hechos llegaremos, señores, cuando nosotros todos, autoridades, admiradores y devotos del Santo, nos organicemos de veras con el fin de restaurar la devoción entusiasta, de los siglos pasados a San Isidoro, dando a conocer sus virtudes tan excelsas, su espiritu organizador, su preclara inteligencia, la belleza de sus obras inmortales, su amor entusiasta a España una y a la Iglesia de Cristo.

Señores, a eso hay que llegar, cueste lo que cueste. Este es el homenaje más encendido y práctico que podemos rendir al Santo en estas fiestas que celebramos en su honor.

Manos a la obra. Agrupémonos bajo el título de amigos de San Isidoro. Vuestro Obispo, Padre espiritual de todos vosotros, con el mayor cariño está dispuesto a ayudaros en esta santa empresa.

Discurso del Excmo. Sr. D. Antonio Martínez Cattáneo, Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento.

El Gobernador civil comenzó su discurso levantando la mano y diciendo ¡Arriba España! Después:

Excelentísimos y Reverendísimos señores:

Señores y Camaradas:

No es tarea fácil para un hombre como yo, educado en la disciplina de las matemáticas y de las ciencias aplicadas, estudiante veraniego de Derecho y torturada mi preparación cultural por los pasos de soldado en armas que han llenado cuatro años de mi vida por la llamada de las banderas a la Cruzada, el hacer tan siquiera un breve y esquemático ensayo literario que ofrecer en homenaje a nuestro esclarecido Santo, en un día tan solemne como hoy, ante tan selecto auditorio, y lo que es aún peor después de que estudiosos y poetas han hecho gala ante vosotros, de erudición, profundidad, vuelo y estilo.

Para hablar de San Isidoro es preciso conocerle en toda su vasta extensión y hondura ¡y yo le conozco tan poco!

Es como si me hubiesen puesto sin facultades escalatorias al pie de una alta torre desde la cual se atalaya una inmensa comarca y me preguntasen: «Dinos, ¿qué se ve?»

Pero sí puedo ofrecerle el sacrificio que significa para mí el tener que hacer un homenaje en alta voz, con plena disidencia entre la voluntad que ordena cumplir el deber que me atañe en cuanto soy humildemente, el representante en León de un Nuevo Estado Español que se enorgullece de tener tan preclaros antecesores cual el Santo Obispo y la memoria y la inteligencia que flaquean en cuanto falta el conocimiento orraigado y la serena meditación.

Y también puedo ofrecer al Santo las pocas horas de vigilia que me han sido precisas para ordenar estas palabras, con la esperanza de que él derrame recíprocamente sobre mi corazón y mi cabeza una

mínima parte de los tesoros acumulados por su sabiduría y su santidad.

San Isidoro tiene en alto grado la virtud cristianísima de la caridad, y la practica en todos los órdenes de su vida. Es amante de los pobres a los cuales protege hasta sus últimos días. Es amante también y en alto grado de distribuir los tesoros de su estudio y su cultura para servir de alimento espiritual en aquel crítico momento, crucial en lo político, en lo religioso y en lo racial; cuando sirve de puente o mejor aún de cauce por el cual discurre la cultura hispanoromana (integrando también en ella cuanto de griego, oriental y bizantino influyó en la misma) para beneficiar cual lluvia de primavera la rústica y seca tierra española. Para unir en latín con la escritura visigoda sobre las vitelas, las cabezas de los dos imperios: Roma y Toledo.

No es quizá el Obispo de Sevilla un hombre de grandes creaciones intelectualmente originales, sino que—con distar mucho de ser el vulgar compilador por algunos presentado—lanzó la pasión y la energía de su alma grande a ordenar, armonizar y unificar cuantos esfuerzos hacía para constituirse la naciente monarquía visigoda en lo político, y su cultura en lo educador. Aquí yace precisamente la clave de la obra isidoriana: en cuanto crea un rumbo nuevo y único a la educación nacional en el sentido integral del conocimiento de las cosas para los oficios eclesiásticos y civiles.

San Isidoro—como buen español y con las dificultades que la comprensión de tal concepto debían significar en aquella época—tenía preocupación por la unidad racial. Durante su tiempo se halla el poder político centralizado en Toledo. El arrianismo cede su paso ante el empuje de lo católico que se afirma y apoya mutuamente con el poder real en los concilios. Pero hay un sordo minar que dará al traste con la Monarquía, y cuyo peligro vió el Santo y le hizo escribir un libro para combatirlo: el peligro eterno de los judíos.

No perduró la arquitectura política del Imperio más de un siglo desde la muerte de San Isidoro, pero en cambio sí su obra cultural y educadora cuya influencia directa e indirecta se extiende por Europa y permanece en la España musulmana gracias en parte a los núcleos puros de resistencia, de los mozárabes y de aquella mutua tolerancia

que en ese aspecto caracteriza al período. Su obra está salvada, aun cuando baja notablemente aquel nivel medio en el siglo VII, como lo demuestra por ejemplo el que según parece, ya en tiempos de Abderramán III no había entre los mozárabes españoles quien supiera griego.

La escolástica recoge cuanto de fundamental y más serio y no puramente circunstancial o con valor solamente histórico-filosófico, tiene la obra del Santo, hasta dar, a partir del Renacimiento, con el optimismo científico del hombre–ahora con fuentes directas del conocimiento en cuanto al munda clásico o por propio experimento y deducción–que le sume nuevamente en un caos antagónico: cuanto más aumentan los caminos, más confusa se adivina la meta a alcanzar. Cuanto más se conoce el «cómo», más se ignora el «para qué».

Los tiempos nuevos traen una nueva esperanza en la cual tenemos cimientos asentados sobre cuarcitas y granito, rocas primarias y sólidas. En estos es preciso superar el concepto fáustico de la acción volviendo nuevamente la vista atrás para tener referencia, y mirando mucho hacia adelante con ojos agudos, cabeza serena y corazón ardiente.

Necesitamos que muchos hombres de estudio nos ayuden a nosotros que, amarrados en los timones, no podemos desarrollarlo, para desenvolver nuestro pensamiento en esta hora crucial de la Historia, como aquella que le tocó vivir a San Isidoro. En la cual se extienda el árbol frondoso de nuestra misión con raíces profundas y múltiples ramas, movidas por el viento pero llenas de savia y verdes esperanzas.

Nuestra misión...

Y aquí viene bien para terminar las palabras de nuestro gran universitario: José Antonio:

«¡...a qué aguardan ahora las juventudes a la intemperie? ¿Renunciarán a toda esperanza? ¿Se retraerán a torres de marfil? ¿Aguardarán a confiar de nuevo en voces partidistas, que otra vez las seduzcan para desencantarlas? Si esto hiciera nuestra generación se recordaría como una de las más cobardes y estériles. Su misión es otra, y bien clara: LLEVAR A CABO POR SÍ MISMA LA EDIFICACIÓN DE LA ESPAÑA ENTERA, ARMONIOSA; POR SÍ MISMA, POR LA JUVENTUD MISMA QUE LA SIENTE Y LA ENTIENDE, SIN INTERMEDIARIOS Y ADMINISTRADORES.

Esta generación, depurada por el peligro y el desengaño, puede buscar en sus propias reservas espirituales, acervos de abnegada austeridad. Cuando se ha aprendido a sufrir se sabe servir. En el ánimo de servicio está el secreto de nuestro triunfo. Queremos ganar a España para servirla. Arrojados a la intemperie por las tribus acampadas bajo los sombrajos de los partidos, queremos levantar el nuevo refugio fuerte, claro y alegre en cuyas estancias se identifiquen servicio y honor.

DÍA 3 DE JUNIO, SIETE Y MEDIA DE LA TARDE

Solemne sesión dedicada por el Consejo Superior de Investigaciones a su Patrono San Isidoro

Se celebró en el Cine-Mary.

No era el lugar muy apropósito, pero no hubo más remedio.

Se pensó primero en el salón del Palacio episcopal, actualmente bien ornamentado y de buen ambiente para el acto académico en honor de San Isidoro; es de reducida capacidad para una gran concurrencia.

Se pensó en el claustro de la Real Colegiata y se construyó un amplio estrado, pero estaba el tiempo inseguro y en León no se puede pensar en fiestas en local abierto como no sean entre el 15 de Julio y el 15 de Agosto.

Y se celebró en el elegante Cine, al que se había disfrazado aquella tarde con unos damascos catedralicios a modo de suntuoso respaldo de dosel.

La escena incomparablemente superior al escenario nos hizo olvidar que aquello es un cine para hacernos pensar en que aquello era templo de Minerva.

¡La pantalla había dejado su lugar al micrófono!

Por esta vez la sala tenía luz...

El Consejo de Investigaciones científicas estaba allí, con su ilustre Presidente el Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, su Secretario general Sr. Albareda y los Consejeros siguientes:

Ilmo. Don Luis Ortiz.
» Don José M.ª Albareda.
» Don Rafael Balbín.
» Don Aureo Fernandez Avila.
» Don José García Siñériz.
» Don José Casares Gil.
» Don Francisco Navarro.
» Don José M.ª Porcioles.
» Don Antonio Latorre.
» Padre López Ortiz.
» » Fray Justo Pérez de Urbel.
» Don Francisco Cantera.
» Don Amadeo Tortajada.
» Don César González.
» Don José Royo.
» Don Pascual Galindo.
» Don José M.ª Torroja.
» Don Manuel Lora.
» Padre Manuel Barbado.
» Don Ciriaco Pérez Bustamante.
» Pedro Rocamora.

Al Consejo de Investigaciones le faltaba algo, como dijo acertadamente el Sr. Obispo de León y ese algo era postrarse de rodillas ante el arca que contiene el cuerpo sagrado de su Sabio Patrono San Isidoro hispalense.

Por esto sin duda el programa anunciador decía: Primera peregrinación y homenaje literario del Consejo de Investigaciones a San Isidoro.

Y el programa se cumplió; el Consejo muy dignamente representado rezó ante las reliquias del gran Sabio hispano y le dedicó espléndido tributo en esta sesión solemne que la Ciudad y tierra de León sabe agradecer en lo que vale.

La ocasión ahora era la erección en Basílica del templo isidoriano leonés; pero es de desear y de esperar que todos los años, por la fiesta grande que aquí se celebra, venga el Consejo a honrar a su excelso Patrono y a honrar a la Ciudad.

El Sr. Obispo de León, gran isidoriano y vocal del Consejo se encargara de que así suceda para gloria del Santo y gloria también de la Ciencia española.

En la sesión intercaló la magistral Agrupación Nacional de música de cámara, por su admirable quinteto, un selectísimo programa artístico de alto empeño:

CANZONA IN MODO LIRICO, O. P. de Beetoven.
CAVATINA DEL CUARTETO, O. P. de Beetoven.
FUGA DEL CUARTETO 56, núm. 3, de Beetoven.

No habrá que decir que los excelentes artistas, ornato de la música española de cámara, cumplieron su misión maravillosamente.

Aquella tarde se realizó el ideal clásico: enseñar deleitando.

La sala estaba llena de gente, gente que sabe oir y sabe escuchar.

El estrado presidencial con tan altas autoridades rebasaba los límites de una Ciudad, aunque esta se llame nada menos que León, para alcanzar la categoría de una fiesta nacional.

Al centro el Excmo. Sr. Ministro de Gobernación Don Blas Pérez, ostentando la representación del Jefe del Estado español; a sus lados el Nuncio de su Santidad en España, el Sr. Ministro de Educación Nacional, el Sr. Gobernador civil y Jefe provincial de León, D. Antonio Martínez Cattáneo, que representaba al Sr. Ministro Secretario del Partido; el

Sr. Director General de registros, que representaba al Señor Ministro de Justicia.

En las butacas, ya que las condiciones del local no permitían dar a las altas personalidades asistentes el lugar que les correspondía, estaban los Obispos de Oviedo y Burgos, el Subsecretario de Gobernación, los Directores generales de Administración local, Bellas Artes, Enseñanza Media Poblaciones devastadas, Asuntos eclesiásticos, Rector de la Universidad de Oviedo, Vocales del Consejo de Investigaciones científicas, Jerarquías del Movimiento.

Y de León, todo el mundo oficial y todo cuanto aquí vale y destaca.

Autoridades militares, civiles, judiciales mandos de Falange, Diputación y Ayuntamiento, Cabildos Catedral y de la Real Colegiata, Centros de enseñanza oficial y privada, Primera enseñanza, Entidades de representación corporativa, Sacerdotes, Abogados, Ingenieros, Arquitectos, Médicos, profesionales de toda índole, artistas, religiosos, militares, la Banca, la Industria y el Comercio, las Cámaras oficiales y Colegios profesionales.... todos los que cabían en un local que aun siendo amplío, resultaba insuficiente.

Las damas leonesas estaban también allí.... pero sin la mantilla española.

Lo siento por ellas, y sigo mi narración.

No pudo venir el catedrático de Sevilla, D. Luis Morales, que tenía asignado el tema bien interesante: *San Isidoro y la idea perdurable de España.*

Y habló en primer lugar Fray Justo Pérez de Urbel, benedictino, del Instituto «Jerónimo de Zurita» en el Consejo de Investigaciones.

Su tema era: *Ideas perennes de la Enseñanza Isidoriana.*

Su notable discurso irá a continuación para recreo y documentación sabia de los lectores.

De su figura y personalidad haré también capítulo aparte, en una admirativa semblanza a modo de «Medallón».

Aquí sólo cabe decir que los aplausos fervientes del auditorio refrendaron la admiración que en toda España rodea la figura de este sabio benedictino.

Habló después el Sr. Obispo de León, acogido por el público con la máxima simpatía que ha conquistado en esta tierra un Obispo de la madera de Mendoza o Fonseca, Obispos que hicieron la empinación de España.

Su tema era episcopal: *Culto y amor debidos y San Isidoro.*

Hombre de corazón lo derrochó aquella tarde al fuego de su amor isidoriano.

Hombre de talento, lo derrochó en plenitud de ideas de apostólica orientación.

Episcopal y españolísimo como siempre recabó para la gloria de San Isidoro, el ingente Obispo hispano todos los honores y todas las grandezas.

Al dar las gracias a su Santidad por la prerrogativa concedida a la Iglesia de San Isidoro en León y ofrecerlas en manos del Sr. Nuncio, allí presente, el público subrayó con un aplauso formidable la devoción al Papa y el respeto al Nuncio.

Y terminó la solemnísima sesión con un magnífico discurso del Sr. Ministro de Educación Nacional, Presidente del Consejo de Investigaciones y catedrático Don José Ibáñez Martín.

Su tema era: *San Isidoro, Patrono del Consejo Superior de Investigaciones científicas.*

Mucha y buena mies sembrada en corto espacio.

Sana doctrina en bella forma de natural y no buscada elegancia.

Buen decir, firme y sereno, de quien dice lo que siente y tal como lo siente.

Un discurso digno de un Ministro de Educación Nacional, de un Presidente del alto Consejo científico y de un profesor del crédito personal del Sr. Ibáñez Martín.

Aplausos entusiastas le interrumpian con frecuencia; eran bien justos.

La sesión había terminado.

El Consejo de Investigaciones había cumplido ampliamente, dignamente su misión y su deber, glorificando a San Isidoro.

León y su tierra agradecen el obsequio, como propio.

Y queda a su mandar.

Había terminado también un día verdaderamente grande y luminoso.

Había comenzado con una Misa de Comunión celébrada por el Sr. Obispo de Burgos.

Una Misa y homenaje muy brillante y cristiano de Falange leonesa.

Una Pontifical solemnísima del Sr. Nuncio.

Una bella tradición leonesa mantenida gallardamente por el Consejo de la Poridat en la ofrenda y en las «cabezadas».

Una fiesta regional todo calor y bizarría.

Y una sesión científica y artística de insuperable grandeza.

¡Un día grande! ¡Era el jueves de la Ascensión!

¡Como que era uno de los tres jueves del año, que relumbran más que el Sol!

———

La sesión del Consejo fué radiada por Radio León y por Radio española (Redera).

A continuación van los discursos tal como los publicó la prensa de León, que supongo lo haría valiéndose de cuartillas facilitadas por los señores oradores o sobre información taquigráfica:

———

Discurso de Fray Justo Pérez de Urbel

El 23 de Diciembre de 1063 fué un día grande en la historia de esta ciudad leonesa, que tantos días gloriosos cuenta en sus anales: Su Obispo, San Alvito, y el Obispo de Astorga, Ordoño, entraban en ella, trayendo los despojos mortales del doctor de las Españas San Isidoro de Sevilla. Habían ído a Andalucía en busca de los cuerpos de Santa Justa y Rufina, las dos vírgenes sevillanas, que habían ilustrado aquella iglesia en tiempo de las primeras persecuciones, pero las dos santas no aparecieron, y he aquí que ya se preparaban los prelados de León y Astorga para volverse a su tierra con las manos vacías, cuando una noche se les presentó un varón de augusta presencia, cubierta la cabeza de venerables canas y adornadas las sienes con ínfulas episcopales «Yo soy—les dijo—el Obispo de esta ciudad, Isidoro». Y les indicó el lugar donde descansaba su cuerpo, y el deseo de ser trasladado a la corte del rey de León. De esta manera milagrosa se encontró el olvidado monumento, aparecieron las reliquias sagradas y abierto el estuche, hecho de madera de negro, inundóse el aire de una maravillosa fragancia, que llenaba los vestidos y los cabellos de todos los presentes, como vapor incorpóreo rocío de bálsamo, según la expresión del relato contemporáneo. Y al fin, en ese día 23 de Diciembre el rey Fernando I, acompañado de un magnífico cortejo de Condes, Obispos y otros altos dignatarios del reino, salía al encuentro del preciado tesoro y le colocó en esta iglesia que acababa de construir, y que se llamó desde entonces iglesia de San Isidoro. Allí habían trabajado y seguirían trabajando durante mucho tiempo los más sabios arquitectos, los más hábiles orfebres, los mejores escultores y decoradores que se pudieron hallar en el reino y fuera de él. España consagrada a su gran doctor lo mejor de su inspiración y su riqueza, la flor de su renacimiento artístico, uno de los más bellos monumentos del nuevo estilo románico.

SAN ISIDORO LLEGÓ A LEÓN POR SU PROPIA VOLUNTAD

Este hecho encerraba una alta significación. San Isidoro llegaba a León por su propia voluntad y llegaba en un momento decisivo para la historia de España. España, aquella España del Norte, la única que había de contar en el porvenir, se decidía a ser

europea. Despedazado el califato cordobés, se deshacía aquella fascinación que el Andaluz había ejercido sobre ella durante los siglos anteriores y entraba definitivamente en contacto con los estados del otro lado de los Pirineos. Entre los magnates y prelados que celebraban el triunfo del Obispo de Sevilla en aquel día de su traslación se encontraba precisamente un Obispo francés, que personificaba la nueva corriente: «Petrus framigena episcopus sedis Podií».

Atraído por la peregrinación de Santiago, o por la magnificencia de la corte leonesa este extranjero era como el anuncio de la avalancha de la penetración ultramontana, que había de realizar rápidamente una renovación completa en la vida nacional, unificándole en el arte, en la disciplina, en los cánones, en la liturgia y en los vículos políticos con el resto de la cristiandad, y mermando en apariencia los viejos valores de la tradición isidoriana. Pero San Isidoro estaba allí; se alzaría en León al lado de Fernando y sus sucesores, como se había alzado en Toledo al lado de Suintila y Sisenando, recordando la unidad, alentando el saber, propugnando la inteligencia amplia y generosa de los espíritus, bendiciendo toda novedad, toda iniciativa que pudiese ir para enriquecer la vida, para poner en ella una belleza, sin menoscabo de aquello que debe ser eterno e irrenunciable. Desaparecía la liturgia mozárabe, la Hispaña era reemplazada por la legislación común, la Vúgata, revisada por Alcuino, arrinconará el viejo texto isidoriano, y los nuevos caracteres ultrapirenaicos harán que hasta entonces se habían escrito las Sentencias y las Etimologías. No obstante, Isidoro está en este movimiento, porque en definitiva se caminaba hacia lo que él había buscado en todos sus esfuerzos: hacia el orden, hacia la unidad hacia la renovación de la vida cultural, hacia el perfeccionamiento de los pueblos por medio de la ciencia y de la fe, y en la meta de este camino podía vislumbrar la realización esplendorosa insospechada de aquella grandeza y de aquella unidad española, que había sido una de las más grandes alegrías de su vida, y que, sin duda, le produjo uno de sus más grandes dolores, pues desde las alturas de su genio pudo adivinarla y anunciarla deshecha por los egoísmos, por las rivalidades, por las envidias y por las traiciones, mucho más aún que por la invasión enemiga.

EL SANTO VUELVE A NOSOTROS

Y he aquí que San Isidoro vuelve de nuevo a nosotros, y vuelve en un momento crucial de nuestra historia en que resuena una vez más en torno nuestro el grito de renovación. Vuelve traído por estar España embriagada por ese grito renovador por el Gobierno del Caudillo, que ha querido poner la empresa de la restauración cultural de nuestra Patria bajo los auspicios del inmortal prelado sevillano, de nuestro ministro de Educación Nacional, antiguo devoto del Santo y admirador entusiasta de la enciclopedia isidoriana, y del digno sucesor de San Alvito, que ha querido decorar esta iglesia, donde nuestros antepasados acumularon tantos tesoros, tanto arte, tantos recuerdos históricos, con una gloria más, con el título insigne y los privilegios de Basílica, que ha conseguido para ella de la benevolencia del Padre Santo. Yo no se si también ellos han visto en sueños la amable figura de nuestro gran doctor con su nevada barba y sus ínfulas venerables; pero puedo asegurar que sus iniciativas han sido victoriosamente inspiradas, y hasta me atrevería a decir que es San Isidoro quien como antaño se brinda a volver a nosotros, y viene como para garantizar y consagrar con su presencia este anhelo de vida nueva que nos empuja optimista y juvenil hacia un mañana que ojalá no se malogre por los egoismos, por las desidias, por las apetencias, por las frivolidades y por las traiciones. El que es el pasado nos predica también el porvenir; presidió aquella transformación histórica que se realizó en España bajo la dirección de la dinastía de Sancho el Mayor, y que preparó las cimas luminosas del siglo XIII y las alturas gigantescas del siglo XVI, y quiere presidir ahora estos conatos nuestros por recuperar las grandezas perdidas. Y aquí está él, al lado de nuestro Caudillo, como en vida al lado de los reyes toledanos, inspirando a nuestra juventud como en aquellos días de los comienzos del siglo VII en que se hacía entre nosotros el primer ensayo de unidad nacional, apoyado y bendiciendo el grito revolucionario de las flechas, que en realidad no es más que la tendencia hacia la realización integral de la consigna paulina y por lo tanto auténticamente cristiana. Si no queréis perecer, renovad la actitud de vuestro espíritu. Renovamini espiritu mentis vestrae.

SAN ISIDORO GUIA Y PROTECTOR DE AMBICIOSAS EMPRESAS

Y aquí esta también presidiendo a los sabios e investigadores de España como padre y capitán de todos ellos. Para rendirle su homenaje, para reiterarle su fidelidad, para recoger su ejemplo se reune hoy aquí el C. de I. C. Para aclamarle una vez más como su patrono, su guía y el protector celeste de sus ambiciosas empresas. Aquí está lleno de orgullo y de humanidad, de cariño y de admiración y orgullo, porque este nombre, este sabio, este santo, este Doctor es nuestro, es español, español con la más ferviente pasión de España, y sabio con el más inviolable amor a la verdad. Es una de las grandes voces que se oyeron en nuestra tierra, una voz cuyos ecos abarcan la redondez de un mundo, perdurando vibrante y majestuosa siglos y siglos. Su figura domina una época brillante de nuestra historia y sigue dominando después sin rival en la historia de la cristiandad. Hay en ella valores hispánicos, que pocos hombres de su tierra lograron igualar, y valores universales que ninguno ha superado, porque ningún otro español logró dejar una huella más amplia y duradera de los límites de su Patria. La onda que se alza junto al Betis remueve las aguas del Rhin y del Danubio, repercute en las bocas del Tiber y del Sena, sube hasta los mares del Irlanda y avanza poderosa por las aguas del Báltico. Se figura trabajar en favor de un pueblo, de su pueblo, y su obra fué el patrimonio común de un mundo. Durante mil años la cristiandad se forma en él. Es el doctor universal, «la luz brillante de la Hesperia y no solo de la Hesperia, sino de todas las iglesias de la elocuencia latina. Cuantos saben leer, leen sus libros; cuantos predican le piden sus conceptos, cuantos escriben se escudan en su nombre. Se le copia, se le cita, se le extracta, se le glosa, se le comenta, se manipulan sus escritos de mil maneras, se le toma como guía de los concilios de la Iglesia, y desde las alturas de la cátedra apostólica, se le preconíza «como el hombre del saber enciclopédico, el intérprete fidelísimo de la disciplina, y una de las fuentes más autorizadas de la legislación canónica».

RASGOS FUNDAMENTALES DE SU SABIDURIA

Es posible, sin embargo, que alguien considere exagerada esta apoteosis que nosotros queremos realizar en torno a su nombre. Ciertamente, nos dirán fué un gran sabio, pero su sabiduría ha sido superada y rebasada por la ciencia moderna. Brilló como ca-

nonista, como historiador, como teólogo, como investigador de los fenómenos naturales, como glosador de los libros santos, como filólogo y como liturgista. Poco es, sin embargo, lo que un estudiante de hoy puede encontrar de nuevo, de personal, de aprovechable en ninguna de estas disciplinas. Hay en estas afirmaciones una evidente exageración, porque la gran enciclopedia isidoriana es hoy y será siempre consultada por el teólogo, por el arqueólogo, por el investigador con un proveimaginable. Como españoles, como católicos, como amantes de la verdad, podemos hojear siempre las obras isidorianas para recoger en ellas aquel hálito ardiente, que inflamaba el rostro del Dante, y hoy lo mismo que en el siglo VII podemos decir con agradecimiento aquellas palabras de San Braulio: Creo que Dios, después de tantas ruinas y olvidos los inyectó en estos últimos tiempos para restaurar los monumentos de los antiguos a fin de que no nos hundiésemos en la barbarie. Pero hay algo de verdad... Él mismo parece reconocerlo con esa su presencia en los momentos... Pero guardado lo que es de todos los tiempos.. Más todavía que por el cómputo de sus saberes debemos admirar a Isidoro por los rasgos fundamentales de su sabiduría. En esto su ejemplaridad es eterna y bien podemos afirmar que en toda la prodigiosa constelación de santos cultivadores de la sabiduría que nos presenta el calendario de la Santa Iglesia, ninguno podía disputarle el oficio de ser patrono y protector y amparador de este generoso esfuerzo que está realizando el C. de I. C. por restaurar y ampliar el movimiento cultural en España. Es cierto que en gran parte el material científico que él nos ha legado ha sido superado y olvidado por las grandes conquistas de la ciencia moderna, pero en su actitud con respecto a la ciencia él nos dejó el tipo del sabio perfecto. Con una bella comparación nos lo describe en su libro de las sentencias al decirnos que el doctor, debe ser como la moneda, que no es legítima si no lleva tres condiciones indispensables que él llama: el peso, la calidad y la figura, peso de las razones, áureo resplandor en la vida y adecuación perfecta con los rasgos de la eterna verdad. Y eso fué él: la moneda pesada, maciza, brillante y perfecta, que correrá siglos y siglos sin gastarse, que llega todavía a nuestras manos como un tesoro precioso; el sabio admirable que puede servirnos aún de modelo a nosotros buscadores de la verdad en medio de la selva intricada de adquisiciones y conocimientos que el mundo moderno nos ofrece: mode-

lo por su amor apasionado a la ciencia, por su tendencia unificadora y sistematizadora, y por su noble afán de convertir la ciencia en vida.

MODELO DE AMOR A LA CIENCIA

Es modelo por su amor a la ciencia, por aquella avidez incansable que hace de él, en un siglo de ruinas materiales, cuando, a pesar de los esfuerzos de Boecio y Casiodoro se extinguen las luces de la antigua cultura greco-latina, el gran restaurador, el espigador de todos los campos de la sabiduría, el constructor solitario que recoge todos los restos dispersos para levantar su edificio inmortal. Oye, aprende, busca cuanto pueda llegar hasta el del Africa de San Agustín y de San Fulgencio de Ruspe, de la Italia clásica y de la Roma gregoriana de la Galia de San Cesáreo y del Oriente bizantino. Lee metódicamente infatigablemente, extractando lo que más le interesa y le impresiona, y ordenando primero en su memoria prodigiosa, y luego en sus cuadernos de notas y en sus apuntes dispuestos cuidadosamente y escrupulosamente catalogados. Husmea libros en todas partes, libros chamuscados por los incendios, libros desgarrados por los saqueos, deturpatos et corrosos, libros clásicos y patrióticos, latinos y griegos, poéticos y jurídicos, científicos y filósofos. Si tuviéramos tiempo haríamos un recorrido por aquella librería, donde los guardaba todos colocados por materias, con imágenes de los autores favoritos y con dícticos en honor de los más famosos. Un libro nuevo era para él una gracia de Dios y la mayor de las venturas. Recuerda con tristeza a San Agustín, porque no ha podido reunir todas sus obras y hablando de San Gregorio Magno, dice inconsolable: «Mejor suerte que yo tendrá aquél a quien Dios conceda el deleite de leer cuanto nos dejó su pluma».

ACTITUD RESUELTA Y ATREVIDA

Tan grande era aquella avidez que llega audaz a vencer un escrúpulo muy frecuente en aquellos primeros siglos de la historia de la Iglesia: ¿Qué bien puede reportarnos la poesía clásica? se preguntaban muchos. ¿Qué utilidad puede haber en el conocimiento de las letras profanas? ¿Para qué puede servir el conocimiento y estudio de los juriconsultos de Roma? ¿No basta la ciencia que recogieron en sus libros los Santos Padres y el estudio de las Sagradas Escrituras? Contra estas corrientes que se agitaban en torno

suyo Isidoro, toma concienzudamente una actitud resuelta y atrevida. Se ha podido observar que los concilios de Sevilla y de Toledo que él preside, son la canonización del derecho romano; que las primeras palabras de su libro acerca de la naturaleza de las cosas «que no es una cosa ociosa ni superticiosa ni inútil conocer el curso de los astros, los movimientos de las olas, la naturaleza del rayo y del trueno, de la lluvia y de las nubes» son una réplica a los espíritus apocados, estrechos y asustadizos, y que los elementos esenciales de su construcción científica proceden, no de tradición cristiana, sino de la pagana iniciativa tanto más notable cuanto que vivida en un ambiante de desdén y de miedo a las letras antiguas que influyó en el espíritu de los romanos. En realidad su obra fué el primer retorno al mundo antiguo después de la ofensiva de los bárbaros, un retorno que significa la victoria definitiva del vencido frente al vencedor.

UN RASGO ESENCIAL

Pero, entendedlo bien, y este es un rasgo esencial que debemos recoger de la ciencia isidoriana; ese retorno es el del hombre abnegado que penetra en una casa que se hunde para salvar los tesoros que los siglos amontonaron en ella para llevarlos a un palacio nuevo, donde tendrán más alto destino y más sólida perennidad. Él va a realizar en la antigüedad el ensayo más generoso para unir el mundo natural con el sobrenatural, el saber profano con el teológico, la naturaleza criada con el Criador. Lejos de creer que puede haber oposición entre la belleza y la moral, entre la ciencia y la fe, se esfuerza por trazar entre ellas un puente, realizando aquélla su admirable sistematización, en que todas las ciencias aparecen unidas por un nexo íntimo, y en que el orden sobrenatural se nos presenta como la continuación y coronación del orden natural, y las doctrinas científicas, como la preparación del cristianismo. Es emocionante ver cómo en el precioso libro «Del orden de las cosas» empieza hablandó de Dios y de los ángeles para convertirse luego en un manual de cosmología y derivar finalmente hacía antropología con el estudio del hombre, de su caida y de su destino. Y este pensamiento se repite ampliado en la gran obra de las Etims, donde abarca toda la escala de los seres y recorre todas las ramas del conocimiento, mirando la ciencia de los SS. PP., con la que los filósofos antiguos, cambiando los elemen-

tos de las disciplinas religiosas, con las materias profanas, que no son ya para él, como para los enciclopedistas romanos, cómodos resúmenes de cuanto debe saber el hombre culto, sino un espejo del conocimiento de Dios. Son, tal vez, las mismas palabras, pero con un acento nuevo, con un sentido más alto. El cristianismo había arrancado su secreto a la naturaleza y la había acercado a Dios, porque según las fuertes y profundas palabras de San Pablo, toda criatura gemía y estaba como de parto, aguardando la revelación de la filiación divina. Y esta angustia de la naturaleza sentíala también la ciencia. Necesitaba lanzar el grito libertador, revestirse de alas audaces que la eleven sobre sí misma, y he aquí que llegaba el presentido libertador, la inteligencia audaz, que desciende a la tierra, rompe las cadenas de la hermosa prisionera, la sube hasta región en que se divisan los horizontes del infinito, y la enseña a cantar a la luz, a la bella increada, a Dios.

LA CIENCIA ISIDORIANA, HUMILDE

Y ante Dios, en presencia de la verdad, que nunca podrá agotar ninguna inteligencia, la ciencia Isidoriana se hace humilde, servicial, abnegada, ardiente y generosa. Ya no será la ciencia orgullosa, la fría intelección, que habita las gélicas esferas, adonde no llegan los humildes y los ignorantes; sino el concepto cristiano del que sabe que tiene un tesoro para derramarlo y enriquecer a los demás. He aquí uno de los rasgos fundamentales del saber del Doctor de las Españas. Su voz se levanta, al salir de un siglo de ruinas y de sombras, alzando el grito generoso, que Gerberto hará oir entre las tinieblas del siglo x: «Saber es poder». Su avidez científica no es frívola curiosidad, ni vanidad mezquina, ni sórdida venalidad. La ciencia es para él un instrumento precioso de renovación, un medio precioso de influencia, una influencia constructiva. Aunque no con la precisión de San Bernardo, hace ya la enumeración de las actitudes del hombre frente a la sabiduría: La del que busca ella únicamente conoce por conocer, la del que trata de ser conocido, la del mercanchifle de la doctrina, ut edif. et edifienten ipsi. Estos dos últimos son los que pueden. El concepto puramente constructivo: «Aprendez para que no seáis doctores inútiles. Derramad el bien que habéis atesorado; no os canséis nunca de aprender y de enseñar. Nada hay mejor que la sabiduría, nada más dulce que la prudencia, nada más bello que la ciencia; nada peor que la necedad; nada más feo que la ignorancia. El sumo bien es saber lo que has de evitar; la suma miseria es ignorar a dónde vas. Fe ingenua en la ciencia, para hacer el buen ciudadano; el cristiano....»

Discurso del Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo de León

Excmos. Señores: Señoras y Señores:

La cortesía, el agradecimiento y el deber me obligan a tomar la palabra en este momento, no para desarrollar una tesis, sino para hablaros de la restauración del culto y amor debidos a San Isidoro, que es lo que más se ajusta en este momento a mi condición de Obispo guardián del cuerpo del Santo.

Principio por manifestar que con toda mi alma pido a Dios que de mi pobre corazón pase al vuestro el firme convencimiento que embarga al mío. Que este instante puede y debe ser (si en ello nos empeñamos todos y Dios nos concede su gracia) una hora histórica para nuestra Patria muy amada. Este pensamiento me impresiona y sobrecoge en extremo.

Si nos fijamos en el ambiente de esta Asamblea, veremos fácilmente que lo llenan el nombre de una Entidad y el de un Santo: El Consejo Superior de Investigaciones Científicas y el Gran San Isidoro. Mi corazón agradecido conserva también otros nombres que os daré a conocer en el momento oportuno.

IDEA FELICÍSIMA DEL CAUDILLO

¡El Consejo Superior de Investigaciones Científicas!

Su creación ha sido uno de los mayores aciertos, una idea felicísima de nuestro Caudillo, que ganó brillantemente la guerra, y sin descansar en sus laureles, principió a luchar para ganar también la paz; pero la paz cimentándola en un gran impulso cultural, renovando, frente a la pobreza y paralización pasadas, la gloriosa tradición científica española; colocando en primer plano de esta renovación nacional, la coordinación y la unión de los investigadores, hermanándolas con la organización productora, para que, tersos los órganos vitales de una y otra, adquieran un desarrollo pujante y lleguen a crear la potencia de la Patria, una potencia grandiosa, prenda segura de paz y felicidad. Y todo esto informado por el más puro espíritu católico, que aparte de ser católico, es español, porque España ni conoce ni quiere conocer otro destino. La creación, pues, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, es, Señores, su piedra angular; la puso nuestro inolvidable Caudillo a quien tanto debe la Patria y cada uno de nosotros.

La segunda piedra la puso vuestra excelencia Sr. Ministro de

Educación Nacional. La puso dando al Consejo Superior de Investigaciones Científicas por Patrono espiritual de todas sus empresas, al glorioso San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, el gran forjador de la Hispanidad, que representa en nuesta Historia el primer momento imperial de cultura española, y que en su sano enciclopedismo lo mismo dejó correr la pluma en los más altos conceptos de todas las ramas de la investigación, que en los más triviales de uso corriente, siendo por este motivo durante siglos, y continúa siéndolo hoy, el pasmo y admiración de nacionales y extranjeros.

EFECTIVO PATRONATO DE SAN ISIDORO

Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, permítame un atrevimiento; no lleve a mal que le diga que al Consejo Superior de Investigaciones Científicas le faltaba algo para que el patrono San Isidoro fuese efectivo; le faltaba caer de hinojos ante el cuerpo del Santo. Hoy es un hecho cumplido. ¡Bendito sea Dios! Del grande y universal apóstol de la caridad, San Vicente de Paúl; canta la Iglesia en una de sus oraciones: Concédenos, Señor, benignamente aquella caridad que respiran aún sus sagradas cenizas: (Secreta de la fiesta de la Traslación de sus reliquias). Señores, las reliquias de San Isidoro guardadas en la Basílica de León que lleva su nombre, exhalan aún la ciencia y la virtud del Santo; son un foco luminoso que irradia su potente luz a todos los confines de la tierra; son ascuas encendidas que inflaman los corazones en lo que él tanto amó: Su Patria, España que la quería a todo trance una en sí y estrechamente abrazada a otro de sus grandes amores: la Iglesia de Cristo; porque el Santo estaba compenetrado, identificado con una verdad que aun al presente continúa teniendo exactamente la misma fuerza que en su tiempo y la tendrá hasta el fin del mundo; esto es, que sin unidad política y religiosa el conglomerado de razas y de pueblos amalgamados en el Concilio III de Toledo, había de disgregarse pronto. Sí, sí, las reliquias de San Isidoro, foco luminoso, ascuas encendidas, y, además, fuente de paz, de vida de inspiración. Y si queréis convenceros de ello, penetrad en la Basílica en uno de esos momentos en que el templo está más solitario. ¡Qué impresión se siente cuando de rodillas se mira el arca que contiene el cuerpo del Santo, como sirvien-

do de pedestal, de trono al Santísimo Sacramento! El tiempo se desliza insensiblemente y cuando el deber obliga a dar por terminada la oración, al salir del templo se encuentra uno inspirado, confortado para la lucha de la vida y más enamorado del Santísimo Sacramento y de España que tanto amó San Isidoro.

SANTUARIO PREDILECTO

En estas condiciones ¿no os parece señores del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (y lo mismo digo a los demás invitados) que no debéis arrepentiros por el sacrificio que os habéis impuesto con el fin de asistir a estas fiestas, y que además, está muy puesto en razón que la Basílica de San Isidoro sea el santuario predilecto, el Alma Mater, de vuestro Consejo, donde vengáis y hagáis venir en peregrinación a todos los españoles, principalmente a los cultivadores de las ciencias humanas y sagradas?

En una conversación que sostuve en el mes de septiembre último pasado con nuestro incomparable Jefe del Estado, Su Excelencia me expresaba la extrañeza y la pena que le producía el que a San Isidoro, a pesar de ser una gloria tan excelsa para España y una luz inextinguible para el orbe católico no se le tuviera universal devoción y se hablara relativamente tan poco de él.

Este justo enjuiciar me impresionó sobremanera. Primeramente porque por desgracia correspondía a una triste realidad, y, después, por la satisfacción que me producía el pensar que me había adelantado a los deseos de nuestro Caudillo, hasta el punto que pude decirle en el acto que la reacción contra ese estado de cosas ya estaba iniciada y que había dado el primer paso solicitando de la benignidad de la Santa Sede, para la Iglesia de la Colegiata, el título de Basílica Menor.

No puedo ocultaros, que el día que recibí el anhelado Breve Pontificio mi alma se inundó de alegría, lo besé y caí de rodillas dando rendidas gracias a Dios.

Perdonadme, Señores, si llevado por el entusiasmo y para mejor hablar de nuestro Santo, hablo ahora de mi mismo, pues bebí el amor y la devoción a San Isidoro con el alimento que mi buena madre me daba gota a gota en los primeros meses de mi vida. En efecto, entre los recuerdos más dulces e inolvidables que la infancia me dejó, está el de aquella santa madre mía, que, a mis cinco años de edad, me conducía a la antigua Catedral de Cartagena

Santa María la Vieja, como la llamamos los cartageneros. Allí me explicaba cómo el templo estaba construído sobre la casa de los padres de San Isidoro, me enseñaba una a una las capillas, me ofrecía al Santo y hacía que mis labios rezaran la plegaria de la inocencia.

¡Oh, cómo supo mi santa madre grabar de manera tan indeleble en mi alma infantil aquella aleccionadora historia del pozo, en la que el mismo San Isidoro aprendió, que así como la constancia del agua horada la piedra, así la del estudio hace al hombre docto! ¡Y cuántas veces en la vida, niño, joven, y maduro, veo en mi mente el pozo de San Isidoro, en el que ella me enseñó a trabajar y meditar y del que procuro sacar el tesón de mis tareas!

Elegido para regir la Diócesis leonesa, uno de los acicates mayores para apresurar mi venida a esta noble ciudad fué el anhelo de caer de hinojos ante el cuerpo del Santo. Y al postrarme ¡qué impresión! La severidad románica del templo; el Panteón de los Reyes de León, resumen de grandezas pretéritas y esperanzas futuras: la urna del Santo amado en mi infancia .. y, dominándolo todo, el Santo de los Santos; el Santísimo perennemente expuestó a la adoración... ¡qué dulzura, qué consuelo, qué ánimos en el comienzo de mi Pontificado!

Pero al mismo tiempo, ¡qué dolor y qué pena! ¡Qué vacío hispano en torno al sepulcro del Santo a pesar de ser gloria tan destacada de España y de la Iglesia católica! ¡Cuánta ruina espiritual y material! De nuevo repito: ¡Qué dolor, qué pena! Sin embargo, haciendo entrega total de mí mismo a Dios poniendo toda mi confianza en Él, al Santo le prometí que me empeñaría con todas las fuerzas de mi alma en restaurar su nombre y su devoción. Pero ¿Cómo? y ¿con qué?

Cinco años he seguido contemplando dichas ruinas;

cinco años meditando la manera de repararla;

cinco años pulsando el sentir leonés tan enamorado de su San Isidoro;

cinco años esperando el momento propicio para interesar a los altos valores del Estado;

cinco años asomándome al pozo del Santo buscando tesón;

cinco años, señores... hasta que los poderes públicos se han compadecido del Obispo de León, el último de los Prelados de España, pero que tiene el insigne honor y la gran responsabilidad de poseer en su Diócesis el gran tesoro que es el cuerpo de San Isidoro.

FIRME RESURGIR ESPIRITUAL

En nombre de las dignísimas y para mi muy respetadas y queridas Autoridades civiles, militares, del Movimiento, de la provincia y ciudad de León, de toda orden y jerarquía; en nombre de mi queridísimo clero catedralicio, colegial y parroquial; en nombre de las órdenes religiosas, para mi también muy amadas; en nombre de todos los fieles de la dilatada Diócesis leonesa, y también en mi propio nombre, expreso conmovido a los poderes públicos aquí presentes o representados, el más profundo, sincero e inolvidable agradecimiento; porque, señores, con vuestra alta comprensión habéis sido (y confío en que continuaréis siendo en nombre de nuestro Generalísimo y en vuestro propio nombre), los firmes pilares de este resurgir espiritual y material de todo lo que se relaciona con San Isidoro.

Sí, mi agradecimiento al Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación que, con la misma dignidad y prestigio de siempre, ostenta hoy la alta representación del Jefe del Estado. Mi agradecimiento al Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y a todos los miembros del mismo, aquí presentes, a los cuales yo me siento cada vez más unido por los lazos del afecto y de la admiración. Mi agradecimiento al Excmo. Sr. Ministro de Justicia, que se ha dignado hacerse representar por un alto y digno funcionario de su Ministerio. Al Excmo. Sr. Subsecretario de Gobernación, a los Iltmos. Sres. Directores Generales de Administración Local, de Asuntos Eclesiásticos, de Segunda Enseñanza, de Bellas Artes y de Regiones devastadas; a los Sres. Arquitecto Regional y Diocesano; para todos quisiera decir especiales palabras de agradecimiento. Las tengo en el corazón, las tengo a flor de labios y sé que todos las adiviináis aunque me las callo por no herir vuestra modestia y sobre todo, por no alargar más de lo convenido este solemnísimo acto.

GRATITUD AL NUNCIO DE SU SANTIDAD

Permitidme que tenga dos palabras para el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, Representante de Su Santidad en nuestra amada Patria, que con tanta discreción, prudencia, acierto y amor a España, viene llenando su altísima y delicada misión. Sin su apoyo de-

cidido no hubiera podido obtener para el templo de San Isidoro el privilegio de Basílica. ¡Qué Dios os lo pague, Excmo. Señor!

Que el Señor os pague también con bendiciones abundantísimas, Excmos. Sres. Obispo de Oviedo y Auxiliar de Burgos, el sacrificio que os habéis impuesto para asistir a estas fiestas y realzarlas con vuestra presencia. Ni León ni su Obispo olvidarán jamás este sacrificio y el honor que nos habéis dispensado.

En fin, mi más profundo agradecimiento a mis queridísimas autoridades de León, Civiles, Militares y del Movimiento, de todo orden y jerarquía, y a todos los que con su trabajo, sacrificios y presencia, han contribuído al esplendor de estas fiestas, que llevarán por nuestra Patria el nombre de un preclaro español, ante cuyo sepulcro deben venir a postrarse cuantos se precien de católicos españoles. Esto ha de ser el comienzo de la grandeza a que tiene derecho San Isidoro, y que España, para su gloria, tiene el honor de tributarle.—He dicho.

Discurso del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional

En un instante preciso de la Historia de España—comenzó diciendo el Sr. Ministro—cuando el mundo antiguo se derrumba bajo una oleada de barbarie para dar paso a una nueva era de la milagrosa resurreción, un Obispo español pudo haber repetido con justicia estas palabras bíblicas: «Yo deseé la inteligencia y me fué concedida. Invoqué del Señor el espíritu de sabiduría y se me dió. Y la preferí a los reinos y tronos, y en su comparación tuve por nada las riquezas del mundo».

Este Obispo español, caballero andante de la cultura, primer educador del espíritu hispánico, se llama San Isidoro. Nadie con él podría con más razón hacer suyas las palabras del libro de la sabiduría. Porque San Isidoro fué ante todo el símbolo de una época histórica y el exponente de su altura científica.

SAN ISIDORO, ATADURA DE SIGLOS

Entre dos épocas irreconciliables, como una roca altiva que se irguiese en el estrecho cruce de dos océanos durante la más impetuosa tempestad, apareció en el paisaje histórico de España la figura del Obispo hispalense.

España entonces ofrecía un amorgo espectáculo de desolación. «Todo está en ruinas—decían unos versos anónimos, conservados a través de los siglos milagrosamente. El que poseía cien bueyes no tiene ahora más que dos; el que iba a caballo tiene que andar a pie; los campos y las ciudades han cambiado de aspecto. El género humano perece por el hierro, por el fuego y por el hambre y por todas las calamidades al mismo tiempo. la paz ha huido de la tierra».

LA CULTURA CONTRA LA RUINA DE LOS PUEBLOS

Señores, cuando la paz huye de la tierra, es que un mundo está a punto de perecer, para dar paso a una forma de vida imprevista, desconocida y sugerida de la terrible inquietud. En ese instante, una sola cosa puede dar continuidad, permanencia y equilibrio a la historia. Cuando todo ritmo ha sido quebrantado, una sola fuente puede alumbrar de nuevo esa armonía. Cuando la nor-

ma, el orden, la unidad se derrumban, su único resorte puede salvar de ellos el rescoldo más vivo y más fecundo. Cuando un pueblo, en fin, parece haber roto las gloriosas ataduras de historia y tradición, que ligaban con su propio pasado, hay siempre un secreto camino por el que la ponderación de la vida se recupera y por el que la unidad se restablece y el orden puede instaurarse de nuevo. Este misterioso derrotero por el que los pueblos se salvan de su propia barbarie es el que conduce al imperio de la cultura.

LA IGLESIA DEPOSITARIA DEL SABER

Una lección trascendente nos depara el siglo VII de nuestra Historia; en la época de San Isidoro, la Iglesia Católica es casi la única depositaria del fervor científico y de la preocupación intelectual. El pueblo permanece sordo y ciego a toda esta suerte de inquietudes que se elaboran en el plano de la inteligencia. El pueblo de la eterna rebeldía hispánica, inestable y descontentadizo, guerrero y pasional, fácil para las grandes empresas—a veces terribles y decisivas—que se resuelven en una hora, pero enemigo de admitir un cauce que contenga sus brios, o tolerar que un límite de años aplace su sed cotidiana de éxitos y laureles.

He aquí la experiencia que nos legó la época militante del Santo. Que mientras se intentaba defender la unidad de la Iglesia de Cristo contra las terribles devastaciones de la herejía, a la vez que se mantiene en pie firme e incólume, la verdad católica, se alumbran nuevos manantiales de conocimiento al saber humano, y se engrandecía así la raíz y la limensión del espíritu nacional.

EL FIN DE LA CIENCIA

Nosotros, los que nos movemos en el plano del espíritu, en busca incansable de la fuente única y originaria de la verdad, tenemos que volver nuestra mirada a la época de San Isidoro, y comprobar que la grandeza científica alcanzada por la Obra del Obispo hispalense, está justificada por el fin sobrenatural que inspiró—alentándola y encendiéndola—toda la obra prodigiosa del Santo. Solo el aliento de este fin trascendente puede dignificar y ennoblecer la obra del espíritu. Que si la inteligencia no sabe rendir homenaje sin reserva a la idea de Dios, es que el alma del hombre está muy próxima al abismo de la rebeldía.

CONSIGNAS AL INVESTIGADOR

Por eso, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas no se ha situado al azar bajo la advocación del egregio Obispo Sevillano. Las mismas palabras que San Leandro pronunciara al consagrar a su tierno hermano—adolescente aún—y tonsurar sus cabellos, son para el científico español un código de la más indeclinable ética profesional, «Sea de vida laudable—decía San Leandro—sea sobrio y humilde. Sea veraz en la ciencia. Sea ortodoxo en la doctrina y tenga en el trabajo solicitud».

He aquí señores, en boca de un santo español del siglo VII, las consignas para unos hombres qne en pleno siglo XX han cargado sobre sí la tarea incomensurable de restaurar la unidad de las ciencias y hacer de la cultura instrumento precioso de nuestro codiciado resurgir nacional.

UNIDAD EN LA VARIEDAD

La honradez de la ciencia, no puede ser un tópico ni un mito. Jerarquizar valores espirituales es nuestro primordial lema. Que la variedad de los conocimientos, la diversificación del estudio, lo múltiple de la investigación, no han de restar unidad al desarrollo de nuestro movimiento científico. Esta es también obra de las eficaces enseñanzas que se deducen de la obra de San Isidoro. Nadie como él en las Etimologías, resumió un campo tan vasto y tan complejo de ideas y doctrinas.

Difícil es pensar que en esta enciclopédica aportación, no se perdiese el sentido de la Unidad. Y precisamente esta es la gran experiencia del Santo, que mientras su mente genial recorría todas las ramas y disciplinas del saber humano, en medio de aquel acopio abrumador de datos y enseñanzas, un rígido criterio de armonía, que se manifestaba hasta en el rigor metodológico, ponía de relieve el espíritu de orden que inspiró toda la reconstrucción isidoriana. Porque en la síntesis de San Isidoro hace de la civilización y del esplendor de una época, su carácter lo más sobresaliente, la nota más distintiva fué, como nos recuerda Menéndez y Pelayo, la armonía, el orden y la unidad.

El valor simbólico que se deriva de este hecho encierra para mí una importancia decisiva. España tiene ahora que poner en orden de combate toda la reserva de su cultura. Durante el siglo del liberalismo, el pensamiento nacional se hizo extranjerizante y de-

magogo. Restaurado por el genio heróico del Caudillo el sentido de continuidad de nuestra grandeza histórica, se imponía la reedificación de una cultura en ruinas. Para lograrlo, creó Franco este cuerpo militante, fervoroso y encendido de fe española, y de voluntad de servicio que es el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

HACIA DIOS, POR LA CIENCIA

En la ruina científica del pasado y el enigma inquietante del porvenir, surgen hoy con esplendor sorprendente los brotes fecundos de una nueva cultura, como luminosa primavera de flores, sobre un mudo paisaje de ceniza También ahora parece resolverse una secular civilización y anunciarse otra nueva. Sólo los que por encima de lo contingente, de lo que es caedizo y fugaz, de lo que es corruptible y mudable, se aferren, como marinos en naufragio, a la inmutable doctrina de la verdad, e intentan ganarla a través de la investigación y del estudio por los soberanos caminos del espíritu, esos eran los únicos que verdaderamente no se equivocaron.

Digámoslo una vez más, España es un pueblo teológico y lo será hasta que deje de existir. El español siente el pulso de Dios en el trabajo de sus propias venas. Sobre estas tierras duras, leonesas y castellanas, se comprende mejor la tragedia del Gólgota, y uno siente dentro de sí en la eterna y dramática contienda de las tinieblas contra la luz, la angustia y el dolor de un Cristo humanizado para morir. Por eso, el hombre de ciencia español, nunca puede ser un excéptico. Irremediablemente, combatirá como apóstol o como deicida, por la causa de la verdad, o contra la causa de esa verdad, que hiere su rebeldía indomeñable.

Nuestra cruzada de hoy tiene una victoria que alcanzar en este camino. La de conquistar para nuestro credo estas mentes extraviadas por el orgullo del error y hacerlas convertir bajo nuestras banderas, para que cuando los adversarios de esta gloria de España rindan por fin sus armas desgastadas en la inutilidad de la porfía, nosotros podamos grabar, como los caballeros medievales grababan en su escudo un mote evocador de sus victorias, estas palabras, con las que España habrá de resumir el duelo a muerte que desde un glorioso amanecer de julio ha venido sosteniendo como portaestandarte de la fe: «¡¡Con Franco, para España y por la ciencia hacia el Imperio inacabable de Dios!!»

¡Admirable ambición de San Isidoro! Él mismo predicaba con su ejemplo el deber ineludible de la educación. Él mismo pregonaba con su verbo fecundísimo y arrebatador las glorias de la Patria, quemándose el espíritu en un apasionado fuego de amor irrefrenable hacia España. Difícilmente en la historia se encuentra un personaje igual, en el que se den tantos vivas y destacadas, las virtudes raciales de nuestro pueblo. Y es que San Isidoro sabía que era estéril la enseñanza, e inútil todo aprendizaje, cuando el maestro y el discípulo no están hermanados por la fe de un ardiente y enardecido patriotismo.

Hasta en esto tenemos que desear sentirnos sus imitadores. Porque cuando la ciencia no se siembra con íntimo fervor nacional, la semilla, como la del mal sembrador del Evangelio, o la arrastran las aguas del olvido o se la lleva irremediablemente el viento.

Por eso nosotros, que no consentiremos—como falangistas y españoles—que se malogre la sembradura espiritual de esta hora de España, queremos, ante los restos mortales del agregio San Isidoro, sellar con un solemne juramento de fidelidad a su ejemplo, nuestra consagración al servicio de la Patria, y nuestra entrega absoluta al ideal hispánico del resurgimiento de nuestra cultura.

Ante la tumba del inmortal Obispo sevillano, en este dramático instante en el que el mundo se estremece bajo el azote cruel de la más terrible de las guerras que ha padecido la humanidad, al reiterar nuestra fe en la obra imperecedera de la inteligencia y del espíritu cuando se pone por meta del trabajo cotidiano, la inspiración suprema de la virtud y el bien, quiero hoy repetir aquellas palabras de San Leandro—hermano, maestro, guía y consejero de San Isidoro—que pronunciara ante el espectáculo del mundo, hace ya trece siglos: «El orgullo ha dividido las razas y los hombres. Es preciso que vengan a unirlos la caridad y el amor».

¡Viva Franco! ¡Arriba España!

El Consejo de Investigaciones científicas había hablado muy elocuentemente; el formidable discurso del Sr. Ministro de Educación Nacional, Don José Ibáñez Martín, puso muy alto y muy espléndido colofón a una fiesta cuyo recuerdo no se olvidará en León.

Fué un discurso verdaderamente nutrido de sana doctrina y de enseñanzas profundas, como ramas de un árbol que teniendo su raíz en la tradición científica y educadora alza briosamente sus hojas y sus frutos respirando el aire de la buena cultura española.

Un aplauso intenso, sentido, sincero cerró la sesión, y los ecos magistrales del Quinteto de música de cámara quedaban resonando suavemente como bella fimbria de flores desprendidas del manto regio del arte.

CAPÍTULO IV

—

Un acto religioso-cívico de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N-S.

CAPÍTULO IV

Un acto religioso-cívico de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N-S.

HOMENAJE DE LA FALANGE A SAN ISIDORO

«Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. leonesa, con motivo de la creación en Basílica de la Colegiata de San Isidoro, en virtud del Breve de Su Santidad Pío XII, celebrará los actos que señalan para el día 3 de Junio en el Guión de Fiestas que, con tal destacada causa y en honor del Santo y gran Sabio hispano, han de tener lugar en nuestra vieja e histórica ciudad de León.

Estos actos con que la Falange quiere honrar a San Isidoro han de consistir en una Misa rezada y un homenaje de ofrenda que se ha de celebrar dentro de la austeridad de nuestra Organización.

La misa dará comienzo a las nueve y cuarto de la mañana y celebrará el Ilmo. Sr. Deán de la Catedral.

Después tendrá lugar la ceremonia de la Ofrenda que hará el Jefe Provincial, camarada Martínez Cattáneo, en nombre del Excmo. Sr. Ministro Secretario General del Partido.

A tales actos asistirán formaciones de las diversas secciones del Partido, Frente de Juventudes, S. E. U. y Excombatientes de nuestra Cruzada y de la División Azul, cuyas formaciones tomarán a continuación parte en el desfile, una vez finalizado el acto de la Ofrenda, ante las Jerarquías que estarán situadas en la tribuna levantada delante del Teatro Alfageme, calle de Ramón y Cajal

Es probable la asistencia de altas Jerarquías y Autori-

dades, entre ellas la del Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, camarada Blas Pérez González.

La Falange leonesa quiere con estos actos sencillos contribuir al honor del Santo, flor de la Cristianidad española, y poner de manifiesto su admiración al gran autor de «Las Etimologías», las «Sentencias» y los «Oficios Eclesiásticos», enalteciendo con ello su gran labor de escritor, de pedagogo y de bibliófilo.

La Jefatura Provincial del Movimiento con este trascendental motivo quiere poner de manifiesto a las Autoridades y Jerarquías, en atención a las numerosas solemnidades que se han de celebrar en este día 3 de Junio y en evitación de excesivas molestías personales, que no cursará invitaciones a cada una de ellas, limitándose únicamente a agradecer la asistencia de todas aquellas que quieran espontáneamente concurrir y con su presencia, en unión de nuestra Organización, a festejar la gloria de San Isidoro.»

Todo esto rezaba el programa y la Orden del Día, que el Mando había promulgado, y todo esto se cumplió con exactitud y solemnidad.

Un acto de austera sencillez, a la hora temprana de las nueve y media de la mañana del Jueves de la Ascensión.

Una ofrenda de Fe que la Falange española Tradicionalista y de las J. O. N-S. de León, a la orden de su Jefe provincial que ostentaba estos días la alta representación del Excmo. Sr. Ministro Secretario del Partido, rendía ante San Isidoro, como Santo, como Sabio y como creador de Hispanismo.

Con tan laudable propósito ordenó y organizó este acto, severamente solemne el Excmo. Sr. D. Antonio Martínez Cattáneo, y fué una afirmación de Fe religiosa y de españolismo autentico ejemplar.

Falange leonesa, concentrada previamente, y pasada revista por su Jefe, marchó a la Basílica, precedida de banderas, en imponente manifestación.

En la Basílica celebró la santa Misa el Iltmo. Sr. Deán de la Catedral D. Agustín Prior, y en ella recibieron la Sagrada Comunión el Jefe y Jerarquías.

¡Qué edifinante y que alentador es esto para todo buen español y buen cristiano!

Acabada la parte religiosa se concentraron de nuevo las huestes falangistas en la plaza de San Isidoro, y desde una sencilla tribuna alzada en el atrio, el Jefe leyó, con varonil acento, una patriótica alecución.

Estaba ésta escrita en un pergamino: delicado detalle que no nos pasó desapercibido, porque encuadraba finamente en el marco de viejas tradiciones que penetraban todas las fiestas isidorianas, la ofrenda de una nueva España.

Cumplido el deber religioso salen del templo las formaciones falangistas, que ocupan el atrio y la plaza de San Isidoro.

Rodean la pequeña tribuna alzada en el atrio el Director General de Enseñanza Media, el Jefe del S. E. M. y las jerasquías provinciales.

Un toque de atención señala el momento solemne; en medio de un silencio profundo sube a la tribuna el Jefe provincial del Movimiento. Excmo. Sr. D. Antonio Martínez Cattáneo, y dice:

«En nombre del Excmo. Sr. Ministro Secretario general del Movimiento, nuestro camarada José Luis de Arrese, ofrezco este acto de presencia de la Falange leonesa en homenaje del Sabio y Santo Isidoro, en este día solemne en que celebramos, junto a la vieja y maravillosa iglesia que encierra sus reliquias, la benignidad del Santo Padre al concederla el título y categoría de Basílica menor. La unidad española de estos tiempos nuevos, permite que

la Iglesia y nosotros en ella y con ella, pueda celebrar dignamente un tal acontecimiento cuanto merece una figura eminentísima como la del Santo Obispo. Bajo esta cruda luz, ese cielo azul y junto a estas piedras casi milenarias, toda palabra hipócrita sonaría con tono quebrado, cual tañer de campanas rajadas, y tendría un tinte pajizo y desvaído que contrastaría con el dorado de estas piedras, las cuales tienen los reflejos brillantes de nuestra ilusión cuando nos atrevemos a llamar a voces nuestra verdad. Esta verdad que está hecha con fe, con fortaleza y con ímpetu paciente.

El Caudillo, nuestro Jefe nacional, es el adalid de esta nueva unidad que tiene su brazo al modo clásico y que es creyente, armada y educadora.

Porque la flecha amorosamente trabajada por Isidoro, lanzada al cielo por los Reyes católicos y recogida por nosotros en trayectoría descendente recobre su camino, gritad conmigo: ¡Arriba España!

Un magno clamor refrendó esta alocución del Jefe.

Cantose con brío unánime el Cara al Sol.

El Jefe dió los gritos de ritual.

Y un desfile brillante, aguerrido, ante el Jefe y las Jerarquías, en la calle de Ramón y Cajal, selló el acto con aire marcial.

CAPITULO V

LAS BELLAS TRADICIONES DE LA CIUDAD

La legacía.
La comitiva municipal.
La ofrenda en San Marcelo.
El pleito del foro u oferta.
Las cabezadas.
El arca de San Isidoro.
El pendón de Baeza.

LAS BELLAS TRADICIONES DE LA CIUDAD

¡Bien las ha cumplido, y bien merece por ello gratitud y aplauso, el Excmo. Ayuntamiento de León, que tan bien sabe guardar el rancio y sabroso aroma de nuestra historia, que es la gloriosa historia de la Corte del Reino de León!

Lástima ha sido que el noble edificio en que el Concejo vive y rige la vida local no haya estado en condiciones de celebrar allí alguna de las fiestas.

La legacía al Sr. Abad y Cabildo de la Real Colegiata, la ofrenda a San Marcelo, la famosa discusión del foro u oferta, las «cabezadas», la generosa aportación al mayor brillo y auge de las fiestas, la brillante comitiva «en forma de Ciudad» con su Pendón y sus dulzaineros al frente, con la gravedad y gesto de quien con legítimo título y legítimo orgullo lleva muy alto el nombre de León.

Así se hace y así se cumple con cargos ¡tan honrosos.

Para que nada faltase en esto de conservar intacta la tradición no faltó ni el clásico conflicto que en siglos anteriores surgía de vez en cuando, por motivos de protocolo.

El primer día de fiestas el Ayuntamiento volvió a su Casa disgustado profundamente; no se le había reservado el sitio que le correspondía.

Los regidores pugnaban por su derecho, a título de secular prerrogativa, y tenían razón, aunque la fiesta de aquel primer día no era la fiesta principal que es en la que el Ayuntamiento actúa de mayordomo y principal actuante

civil ante el Abad y Cabildo de la Real Colegiata, principal actuante eclesiástico.

Los regidores celosos de su mandato mantenían los fueros tradicionales con tesón digno de aplauso.

Afortunadamente al otro día, el día solemnísimo del Foro u Oferta, al Ayuntamiento se le conservó su debido privilegio y hubo paz y agrado para todos.

Por cuestiones de protocolo, o de jurisdicción ¡cuántas veces el Cabildo de la Colegiata con el Cabildo Catedral, el Cabildo municipal con el colegial, ambos Cabildos colegial y Catedral con el Señor Obispo, han sostenido discusiones y contiendas, defendiendo cada cual su posición con laudable, aunque a veces excesivo, denuedo, como se defiende el fuero que siempre ha valido en España más que el huevo, como vale siempre en tierra de hidalguía!

¿Hay algo más bellamente tradicional en España que esto?

LA LEGACIA

Ha sido el primer acto público de estas fiestas cuyas axiales habían de ser las nobles y añejas tradiciones de León. Entre éstas y muy destacadamente descuella la buena concordia mantenida, a lo largo de la historia, entre la Ciudad, representada por el Concejo, y la Real Colegiata por su Cabildo y Abad-Prior; buena armonía que culminó a veces en arbitraje amistoso del Concejo en contiendas del Cabildo con otras entidades, y que se exteriorizó también siempre en ceremoniosas manifestaciones de clásica cortesía española y leonesa, como eran las reverenciales «cabezadas» y la caballeresca costumbre de ir «en legacía» el Concejo a la Colegiata cuando el Concejo acordaba la «ofrenda» para comu-

nicar al Sr. Abad el acuerdo y «platicar» sobre la fiesta. El tiempo, que todo lo gasta y desluce, había arrinconado en la letra muerta de los acuerdos municipales y capitulares, estas bellas costumbres, que hace dos años se han restablecido. Y este año de 1943 ha ido «en legacía» el Concejo por sus caballeros Regidores, el Síndico y el Señor Corregidor, el día 31 de Mayo, a las doce de su mañana, a cumplir la legacía ante el Señor Abad D. Julio Llamazares, en su cámara abacial.

El día antes, después de la hora de las Vísperas, el Jefe de la Guardia municipal, D. Angel Román, de orden del Sr. Alcalde, había avisado al Sr. Abad y pedido hora para la antedicha legacía.

El caballero Corregidor expuso el objeto de la visita oficial; el Sr. Abad contestó con graves razones de agradecimiento y cortesía, y después platicaron amigablemente Abad y Regidores y se pusieron de acuerdo en la forma de cumplir sus loables deseos el Concejo, en honor y gloria de San Isidoro.

En coche habían ido y volvieron a su Casa de la Poridad los Regidores, siendo despedidos a la puerta exterior de la Colegiata por el Señor Abad y canónigos de la misma.

Aquel mismo día, a las ocho de la tarde, hora en que celebraba sesión el Concejo, llegaron el Sr. Abad y cuatro canónigos a devolver corteses la visita; inmediatamente fueron atentamente recibidos en el despacho de la Alcaldía.

El Sr. Abad, expresó la satisfacción del Cabildo por continuarse las antiguas costumbres reveladoras de la constante armonía entre el Concejo y la Colegiata, su gratitud por la excelente disposición del Ayuntamiento y su conformidad con

cuanto en la legacía le habían expresado los caballeros Regidores.

Contestó el Sr. Alcalde, que estaba acompañado por los regidores y el Secretario, y expresó el amor a las tradiciones, la veneración a San Isidoro, Patrono del antiguo Reino de León, y el deseo de continuar la mejor relación con la Real Colegiata y su propósito de asistir en corporación a las fiestas, contribuir a su mayor solemnidad y hacer la oferta tradicional, cumpliendo así su deber de representantes de la Ciudad de León.

Al despedirse Abad y canónigos, seguidos por el Alcalde y Regidores se hicieron las mutuas cortesías o «cabezadas» a la puerta de la Alcaldía, en el rellano de la escalera y en la puerta de la Casa municipal.

León comenzaba a revivir su antigua vida.

DIA 3 DE JUNIO

El Ayuntamiento va a la Basílica

A las diez y media sale de su Palacio el Ayuntamiento «en forma de ciudad». Antes de ir a la Basílica había que cumplir una tradición previa.

La ofrenda de unas hachas de cera a la parroquia de San Marcelo, Patrón de León. A la puerta meridional de la Parroquia estaba el Sr. Párroco, D. Inocencio Rodríguez, Obispo de Cuenca, cuando escribo estas cuartillas, acompañado de los dos Coadjutores, D. Sinesio Zapico y D. Ambrosio G. Bárcena.

Avanzó la parroquia hasta el centro de la calle, y avanzaron a su encuentro el Síndico Sr. Fernández Bedia y el regidor maestro de ceremonias D. Cándido Alonso.

El Síndico ofreció en nombre del Ayuntamiento la dádiva; la aceptó con gusto el Párroco, en breves palabras ambos, y el buen D. Inocencio, mirando siempre por su parroquia no dejó pasar la ocasión sin pedir que el día de San Marcelo sea declarado día de fiesta oficial, para mejor honrar al santo leonés.

Y siguió su marcha la comitiva.

Delante la banda de música municipal, con su maestro Odón, después el clarín y el tambor, y los maceros y la ciudad bien representada por todos sus regidores y su señor Corregidor.

Iban también los Jefes de servicios municipales con el Secretario al frente.

Este año había novedades que, sin alterar el rumbo de la tradición, la enaltecían y avaloraban.

El Ayuntamiento, camino de la Basílica, saludó a los Ministros, y entró en San Isidoro en tan buena compañía.

El Sr. Ministro de la Gobernación, en representación del Jefe del Estado, iba delante de la presidencia del Ayuntamiento.

Una compañía del Regimiento número 31, situada en la plaza de San Isidoro rindió los honores de ordenanza.

Los Ministros con los generales Solchaga, Pacheco y Rubio revistan la compañía.

Según costumbre al llegar el Ayuntamiento frente a la fuente de la plaza de San Isidoro se detiene para que cortésmente una representación municipal, con el regidor D. Cándido Alonso, acompañe al Sr. Abad que sale del atrio para saludar al Concejo.

Todo el ceremonial, como se ve, se desenvuelve en un plan de más hidalga delicadeza cortesana.

El aspecto que ofrece el majestuoso templo, cargado de santidad, de tradición y arte, es sencillamente sublime.

Una potente iluminación de diez mil watios, mete el Sol dentro del templo. Todo brilla, todo deslumbra, todo admira.

Allí está Dios, allí está España, allí está cuanto la magnífica civilización cristiana puede rendir ante los restos de una gloria de la civilización.

Va a oficiar el Nuncio de Su Santidad.

Comienza la solemne procesión conventual que se dirige al Claustro.

Abre paso una cruz procesional que es una joya inestimable, una cruz de Arfe. Ciriales, ornamentos, cetros... todo es una riqueza artística suntuosa.

El Sr. Nuncio va abrumado bajo el peso del oro de una capa magnífica del siglo xv.

Ante un altar se detiene la procesión.

La tradición manda que la procesión se detenga, porque el Ayuntamiento va a presentar su cirio adornado primorosamente y sus hachas de cera, como oferta voluntaria acordada en sesión concejil, unos días antes.

El Sr. Abad va a recibir y agradecer la ofrenda, pero a a título de foro.

En nombre del Ayuntamiento habla el Síndico Sr. Fernández Bedía.

Ambos mantendrán briosamente sus criterios distintos, las réplicas irán subiendo de tono; no se pondrán de acuerdo.

¡Qué no se pongan jamas! Amén

Este año el Sr. Síndico adujo un argumento jurídico, que tiene mala vuelta.

El Sr. Abad, algo sorprendido y enfoscado, salió como pudo, en ingenioso rasgo muy leonés.

Pero lo mejor es que el lector vea a continuación los discursos, que todo el mundo acogió con verdadera complacencia.

Dijo el Sr. Síndico:

«Señor Abad: La Tradición, que es cantera viva de belleza y poesía y cauce por donde discurre el alma del pueblo, nos enseña que cada año, en el segundo domingo después del de Pascua, entre los muros de este Claustro, se levantará la voz del Síndico de esta muy noble y leal Ciudad de León, que acompañado del señor Corregidor y presidiendo el Concejo de Poridat, acudía a rendir testimonio voluntario de pleitesía y devoción al Glorioso Santo cuyo sagrado cuerpo se guarda en ella como preciado tesoro y gala de la más cimera alcurnia, ofreciéndole un cirio pintado con la efigie del Santo y las armas de León.

A través de los siglos ha venido conservándose la llama viva de esta tradición y, aunque el presente año se ha quebrado el rito centenario en cuanto al tiempo de ofrecer al Santo el regalo tradicional, bien sabéis, Señor Abad, que ello no significa que se haya

debilitado nuestra voluntad, sino más bien que, por darle más realce y notoriedad, hemos querido que coincidiese esta manifestación voluntaria de nuestra devoción, con las solemnidades preparadas para celebrar la honra de que la Monumental Colegiata que es relicario del Cuerpo sagrado de aquel gigante de la Cultura, ostente desde ahora el título de Basílica, conferido por nuestro Santo Padre Pío XII, que se ha servido atender con ello los ruegos del Pastor amoroso que preside nuestra Sede Episcopal y a quien cada leonés tiene levantado en su corazón un trono de amor y de gratitud.

Por eso en el día de hoy, la muy heróica, muy noble e invicta Ciudad de León ante las Magistraturas nacionales que nos honran con su presencia, acompañadas de las autoridades religiosas, civiles y militares de la provincia y seguida del estado llano, verdadero depositario de las esencias tradicionales y patrióticas, acude a venerar las reliquias santas del Doctor de las Españas, del Glorioso autor de los Orígenes, que con su ingente cultura, con su dilatada obra científica, ha abierto horizontes en el cerebro incultivado del hombre, sembrando ideas, esparciendo y fecundando sentimientos, llenando de luz clara lo que sólo sombras y nebulosidades eran. En nombre de la Ciudad y de ellos, devotamente pedimos al Santo Padre Isidoro que derrame sus gracias sobre León y le pedimos también que ilumine con su santidad el corazón de cuantos rigen aquí abajo los destinos de los pueblos, a fin de que por su santa intervención se pueda alcanzar que a las ideas de odio, de venganza y de lucha persistente, sucedan los evangélicos sentimientos de paz y de perdón entre los hombres de buena voluntad.

En este acto, en nombre de la ciudad y del pueblo aquí presente siguiendo la tradición, ofrecemos al Santo Isidoro estas hachas y este cirio, que si es manifestación voluntaria y espontánea de nuestra veneración, también es cierto que no es más que retorno de los muchos beneficios que de él hemos recibido, y si pareciere pequeño don para ser ofrecido a tan gran Santo, ha de agrandarlo el afecto y la devoción con que se lo dedicamos, al pedirle fervorosamente que nos dispense a todos la gracia de su protección».

Contestación del Sr. Abad:

¡Ave ciudad de León, León augusta, León gloriosa!

¡Ave bendita tierra leonesa, cabeza de España, la de los gestos

heroicos del Romancero, la de los Concilios famosos, la de los Reyes invictos, la de las Infantas vírgenes, la de los Obispo santos, la de los artistas insuperables, la de los recios mesnaderos, la del clero sabio y ejemplar, la del pueblo hidalgo, creyente, generoso..., la de los buenos Fueros!

¡Salve a tí, León, madre y señora de pueblos!

En este día venturoso de tu solemnidad, «leva in circuitu oculos tuos et vide».

Alza los ojos y mira cuanta gloria te rodea. Contempla estas excelsas figuras, que se agrupan en medio de tus hijos:

El Excmo. Señor Nuncio Apostólico en España, dignísimo representante del Vicario de Jesucristo y Padre común de todos los fieles, nimbado con esa aureola de Obispos, que han acudido a esta solemnidad desde ciudades de honda raigambre espiritual y sin par solera artística;

esos Excmos. Señores Ministros, Subsecretarios, Directores Generales, altas Jerarquías que colaboran con nuestro glorioso Caudillo en la noble empresa de guiar a España por rutas de imperio, por sendas de luz; esos nobles caballeros del ideal, encanecidos en el cultivo de todas las ciencias, que forman el Consejo de Investigaciones científicas, y que se han acogido bajo el Patronato de nuestro glorioso e inmortal San Isidoro; el Ilmo. Sr. Rector de la Universidad de Oviedo, entusiasta de las glorias leonesas;

el Excmo. Sr. Capitán General de la Región, con esa lucidísima representación del glorioso Ejército español;

todos éstos, y otras insignes personalidades que se agrupan a su lado «congregati sunt, venerunt tibi»; vinieron de lejos, y se congregaron aquí para ceñir tu frente con un nimbo de gloria, para revivir aquellas estampas milenarias, cuando por estos mismos claustros desfilaban Reyes y magnates, Reinas e Infantas, Obispos y mesnaderos, Abades y muchedumbres populares, todos enardecidos en la llama viva de amor a San Isidoro...., marchitos los laureles de tu glorioso pasado.... hoy renacen tus glorias con la gloria de los que vienen a tí como a la ciudad del Señor, a la Sión del Santo de Israel. «Civitatem Dominni. Sión Sancti Israel.»

¿No es así nobles e ilustres forasteros?

Por eso me es más doloroso tener que enfrentarme con el señor Regidor-Síndico, y más aún en presencia de estas dignísimas autoridades y jerarquías leonesas, que tanta prestancia y realce dan

a nuestras fiestas con su asistencia ejemplar, de ese benemérito Cabildo Catedral, que tan activa parte toma en esta solemnidad, con el Sr. Corregidor-Síndico, que en nombre del Excmo. Ayuntamiento presenta aquí ese cirio, esas hachas, con tanta elocuencia, con tanta fe, devoción y entusiasmo, pero repitiendo que lo presenta como una oferta,

¡Una oferta! ¿Qué es eso de oferta?

Al mediar el siglo XII, la Ciudad de León, aquellos antiguos Corregidores de excelsa alcurnia y rancio abolengo leonés, se obligó, se obligaron, a pagar este tributo a San Isidoro, y justo es confesar, que, en tan larga serie de siglos, lo han cumplido con fidelidad ejemplar; pero nunca como oferta, Sr. Corregidor-Síndico.

La Ciudad de León, su Corregimiento, no ha hecho más que levantar una carga de justicia, cumplir una obligación sagrada, pagar un foro, y yo en nombre del Cabildo de esta Real Colegiata y gloriosa Basílica de San Isidoro, recibo el cirio y las hachas, no como oferta, sino como foro.

Réplica del Sr. Síndico:

Señor Abad: Tiene el espíritu leyes sagradas que le sujetan y le atan y le imponen deberes sacrosantos de veneración hacia quienes desde la altura en que moran oyen nuestras quejas, atienden nuestras plegarias y derraman sobre nosotros el caudal de su gracia. Estas leyes bien pudieramos formularlas sencillamente diciendo que son las leyes de gratitud eterna. Conforme a ellas y en este sentido, reconocemos gustosos que tenemos un foro del alma hacia el glorioso Santo Isidoro por los muchos beneficios que de él hemos recibido; foro que será eterno, porque nunca hemos de cancelar la deuda espiritual que por sus muchas bondades con él tenemos contraída.

Pero de las elocuentes y hábiles palabras que os habéis dignado pronunciar en contestación a las mías pobres y sencillas, colijo, Sr. Abad, que pretendéis desmarcar de su verdadero cauce espiritual la gratitud que debemos a quien eternamente se la hemos de abonar en nuestros corazones. Y contra esto, os pido licencia para formular mi más enérgica protesta.

La ofrenda que aquí os traemos no está, no ha estado nunca ni puede estar jamás sujeta a las leyes terrenales de obligatoriedad. Ni podemos concederos que así sea como decía, porque como muy

versado en letras que sois no ignoráis que una pensión foral como la que pretendéis habría de suponer una carga real a la que sería preciso afectar gravosamente cualquier clase de bienes raíces y mientras de manera fehaciente no nos digáis, individualicéis y determinéis el inmueble perteneciente a la Ciudad que se halla afecto a dicha carga, con todo respeto, pero con toda energía, habremos de oponernos a reconocer sobre los intereses y bienes que se nos han confiado, ese pretendido foro que no existe en realidad ni ha existido nunca.

Os rogamos, pues, nuevamente que recibáis la ofrenda que os entregamos, como devoción voluntaria a San Isidoro y obsequio a tan gran Santo, con cuyo carácter y no otro os la ofrecemos.

Réplica del Sr. Abad:

Sr. Corregidor Síndico: Sus réplicas a mis palabras me llenan de asombro; no parece sino que con ellas quiere soslayar una obligación sagrada. Convengo con Vuestra Señoría en que durante siglos esta ceremonia ha estado impregnada de sentimentalismo, pero ¿es que no es compatible ser sentimental y a la vez obligatoria?

A la réplica de que no puede existir foro, no existiendo bienes raíces que respondan del pago del mismo, le diré que la palabra de un caballero leonés, como lo eran los Corregidores que a esto se obligaron, tiene más fuerza que todos los protocolos, y más valor que quiñones y parcelas ....

La palabra de aquellos caballeros leoneses hipotecó toda la Ciudad de León, y ésta ¡entera! son los bienes raíces sobre que radica el foro, y si en momentos de extravío pasajero, el Corregimiento olvidó su deber, suplieron la falta y pagaron el foro todos los corazones leoneses. Así que, no oferta, sino foro ha de ser.

El Secretario del Cabildo de San Isidoro, aquí presente, levantará Acta, haciendo constar que yo lo he recibido, no como oferta sino como foro.

El Sr. Síndico ordena también a los escribanos del Ayuntamiento para que den testimonio de que a título de oferta, no de foro, entrega aquél el cirio y los hachones.

Quien por primera vez presencia esta bella tradición

nuestra, se queda asombrado y perplejo al ver aquellos dos señores tan graves, y en tan solemne momento, reñir—esta es la palabra—delante de tan autorizada concurrencia.

———

Siguió la procesión su camino por el Claustro y comenzó la Pontifical.

Quien más, quien menos, íbamos pensando en la discusión del Foro u Oferta y repasando en la memoria el gesto altanero del Sr. Abad y la sonrisa en que envolvió sus formidables argumentos el Sr. Síndico municipal.

La procesión era pictórica para un pincel como el de Fortuny.

Aún faltaba la última ceremonia de la tradición municipal en este gran día,

Las «cabezadas».

La más regocijante y popular de todas las clásicas ceremonias.

Las plazas y sus bocacalles hervían de gente, y la gente de curiosidad y alegría.

En el atrio ondeaban los Pendones leoneses, siempre hermosos.

Y salió el Ayuntamiento y tras él salió el Abad y Cabildo de la Real Colegiata.

Y se hicieron las tres famosas reverencias, doblado el cuerpo, rendida la cabeza.

La última la hace el Sr. Abad desde el umbral del atrio y manteniéndose sobre el pie derecho saca el izquierdo como indicando que quisiera seguir con el Ayuntamiento, plaza adelante, pero que no lo hace por no faltar a lo estatuído.

Es una fiesta más para hacer olvidar el tesón con que

en el Foro u Oferta ha cumplido su deber, manteniendo su criterio de Abad.

Este año no hubo, para fin de fiesta, una modesta «Corrobla» en el Ayuntamiento a estilo de cofradía, y en la que se «habla» de la fiesta y se comenta todo y se «echan las cuentas para el año próximo».

Y un trozo de cecina y un vaso de «buen vino» nunca sientan mal.

Constituían el Ayuntamiento los señores siguientes

Don Justo Vega Fernández, Alcalde.
Don Manuel Arriola Sánchez, Primer Teniente de Alcalde.
Don Antonio del Hoyo Enciso, Segundo Teniente de Alcalde.
Don Eduardo Martínez Balbuena, Tercer Teniente de Alcalde.
Don Valentín Fernández Bedia, Cuarto Teniente de Alcalde.
Don Francisco Diez Rodríguez, Gestor.
Don José García Martínez, ídem.
Don Luis Aparicio Guisasola, ídem.
Don Olegario Díaz Caneja, ídem.
Don César Alvarez Ferreras, ídem.
Don Jesús Negral Pastor, ídem.
Don Fernando Sánchez Martínez, ídem.
Don Fernando Crespo Alfageme, ídem.
Don Cándido Alonso García, ídem.
Don Severino Pariente Diez, ídem.
Don Ignacio Suárez Cobo, Secretario.

Constituían el Cabildo de San Isidoro y el Cuerpo de Beneficiados los señores siguientes

Señor Abad-Prior, Don Julio Pérez Llamazares.

Señores Canónigos:

Subprior, Don Isidoro Viñuela Viñuela.
Doctoral, Don Domingo Rivero Martínez.

Magistral, Don Antonio Albares Blanco.
Canónigo, Don Julián García Diez.
Canónigo, Don Gregorio López Fernández.

Señores Beneficiados:

Organista, Don Honorato Franco Sierra.
Sochantre, Don Maudilio Escudero Rodríguez.
Maestro de Ceremonias, Don Nicolás Maudes Maudes.
Salmista, Don Gregorio Martínez del Blanco.
Beneficiado, Don Sotero Diez Diez.

EL ARCA DE SAN ISIDORO

En estas solemnes fiestas a San Isidoro hay un acto emocionante pleno de aroma tradicional para todo buen leonés, amante de esta tierra.

Es la apertura del Arca que contiene las sagradas reliquias del Santo Doctor, gloria de la cristiandad y de España.

Hace más de un siglo que no ha sido abierta para la veneración de los fieles este Arca que es relicario de San Isidoro.

En los siglos pasados esto se hacía en grandes agobios de la cristiandad o de la Patria, y, generalmente, a petición del Rey o del Concejo de León.

La fe de nuestros antepasados alcanzaba del gran Santo hispano grandes mercedes, y ocurría que después de la apertura del Arca sagrada acudían de nuevo nuestros Regidores a dar públicamente gracias por el favor recibido, según consta en actas de los dos Cabildos, el de San Isidoro y el de la Ciudad.

Honor y favor grandes son para nosotros los de poder pedir ante el Arca abierta, como en pasados siglos, y continuar así el hilo de la tradición religiosa y leonesa.

Digamos ahora algo del Arca para conocimiento de aquellos lectores que no han tenido tiempo u ocasión de estudiar estas cosas que tanto interés tienen para todos y tan de actualidad son en estos días.

En al año 1063 fué traido a León el cuerpo de San Isidoro, en tiempo de Fernando I.

Estuvo algunos siglos en un Arca que vió y describe Ambrosio de Morales, en su «Viaje Sacro» en 1572.

Tenía aquel Arca unas «dos varas en largo y una en ancho» y estaba detrás de una verja dorada. Dentro de esa Arca había otra más pequeña, que contenía las sagradas reliquias.

Una sola vez, en el siglo XIII sacaron en procesión estas reliquias, y no hay memoria posterior de haber salido de la Iglesia de San Isidoro hasta 1808 en la noche trágica del 30 de Diciembre en que fué profanada brutalmente la Iglesia por los soldados de Napoleón, y llevadas las reliquias al convento de las Recoletas—entonces en lo que ahora es cuartel del Cid—y devueltas a su templo el 22 de Junio de 1810.

Consérvase en la Biblioteca de la Colegiata el Arca vieja tan evocadora y que tanto habla a quien sepa sentir religiosas espiritualidades.

La nueva Arca, brillante obra del orfebre leonés Rebollo, es de plata y tiene la forma de naveta de incensario; al frente guirnaldas de flores, también en plata y de gran relieve. Es bella obra de arte y de buen gusto y riqueza.

Está visible tras una buena luna de vidrio grueso.

Describamos ahora el Arca interior que contiene las reliquias de San Isidoro.

Ha sido reproducida en yeso y en fotos repetidas veces, para estudio de los inteligentes y admiración de todos.

En la Dirección General de Bellas Artes hay una de esas reproducciones.

Mide ochenta centímetros de largo, por treinta y tres de alto.

De plata repujada, ostenta una variedad grande de imágenes e inscripciones.

Las figuras de los dos frentes están distribuidas en tres hornacinas.

Escenas del Paraiso terrenal, de la creación del hombre, trazadas con un arte primitivo, dan la más emocionante impresión de antigüedad.

La cubierta, chaflanada en los ángulos, cambia por completo el tono de la imaginaría, y ostenta en lo más alto cinco figuras, muy lindas e ingenuas, que representan un rey, con su indumento y atributos, y otros cuatro incógnitos personajes, sin pelo ni barba, vistiendo largas túnicas sencillas.

La figura central, que tiene corona real, parece ser Fernando I.

El Arca estuvo antes montada sobre cuatro leones de plata; ahora monta en chapas fuertes de plata muy antigua.

El fondo del Arca y los forros interiores son magníficos y únicos.

Una seda fantástica deslumbra por su belleza y su color inalterado.

Anterior al Arca Santa de Oviedo, es también superior en mérito y belleza.

Y dentro de esta obra maestra del arte antiguo, no superado jamás; y dentro de esa magnificencia enmarcada en tan pequeñas dimensiones, las reliquias santas de un Sabio que al cabo de trece siglos sigue asombrando al mundo civilizado, de un Santo a cuyo amparo sigue la cristiandad cobijando sus cuitas, de un gran español cuyos rumbos queremos aprender para andar con pie seguro.

La ceremonia de abrir el Arca de las reliquias consiste en levantar la tapa, que está sujeta al cuerpo de la caja con dos tornillos colocados en los extremos de la tapa; para ello se sacan esos tornillos y queda ésta libre; pero nunca se han sacado las reliquias del Arca, para la adoración de los fieles.

Hay memoria documental de haberse abierto el Arca para rogativas la última vez en 6 de Junio de 1804, para implorar la lluvia; en 4 de Junio de 1775, a petición por legacía de la Ciudad; en 21 de Diciembre de 1710 para pedir el triunfo de las armas españolas en tiempo de Felipe V; en 23 de Marzo de 1683, en 27 de Noviembre de 1675; en 1649, etc. etc.

Y en varias de estas ocasiones, después de los tres días de exposición del Arca abierta, se acuerda otro día para dar gracias por el beneficio conseguido por intercesión de San Isidoro.

Son conmovedores los términos en que la Ciudad pedía al Abad y Cabildo de San Isidoro el gran favor de abrir el Arca de las reliquias; así, por ejemplo, en la legacía del 15 de Julio de 1626, dice el Consejo que acude a pedir la protección del Santo, por verse la Ciudad «en el último trance y aprieto».

EL PENDON DE BAEZA

Un homenaje especialmente religioso y español se tributa en estas fiestas al venerable Pendón de Baeza, custodiado en la Real Colegiata.

Religioso porque nos recuerda un milagro de San Isidoro, y español porque ese milagro de aparecerse el Santo para auxiliar a los guerreros españoles que luchaban por la Fe y la Patria, en la histórica batalla de Baeza, nos trae a la memoria una de tantas epopeyas hispánicas.

De gloriosa tradición también por cuanto este Pendón fué mandado bordar por el Rey Don Alfonso VII, en 1148 acompañó siglos después a nuestras armas de la Reconquista, ha sido desplegado por Reyes y capitanes en las guerras, y conducido en augustas manos siempre en días solemnes en la paz.

Reyes eran los hermanos mayores de la Cofradía del Pendón; como lo fué últimamente Don Alfonso XII, que en sus manos tuvo esta gloriosa enseña a un tiempo religiosa y española. Honra es de León guardarlo y honra nuestra rendirle fervoroso tributo patriótico de pura tradición leonesa.

Es un paño venerable que conserva las esencias de la gran historia de España; sus viejos hilos nos atan con secular continuidad a las glorias españolas que son glorias de León.

Muchas veces y en solemnes ocasiones salía el glorioso Pendón acompañado de la Cofradía de San Isidoro, como se lee en los autos capitulares de la Real Colegiata, donde en el 20 de febrero de 1588 y para festejar el suceso feliz de la armada que el Rey mandó contra Inglaterra, se acuerda convocar la Cofradía de San Isidoro para que los cofrades

de ella con el Pendón milagraso acompañasen en la procesión como otras veces se hacía.

Rememora el histórico Pendón nada menos que una batalla del año 1147.

El historiador y Canónigo de la Real Colegiata de San Isidoro, Don Lucas Tuy, que escribie en 1220, es decir casi coetaneo de la época nos refiere detalladamente el milagro de la batalla de Baeza, y nos da cuenta de la institución de la Muy Ilustre Cofradía que ha sido una de las más tradicionales de León, y que sería bueno restaurar debidamente, para honor de la Ciudad.

He aquí unos párrafos literalmente copiados de las crónicas del Tudense, en el libro de los «Milagros de San Isidoro», códice número 62:

«Y por que el altar mayor de la Iglesia de San Isidoro había sido quitado por cierta causa, el Emperador hizo consagrar la dicha Iglesia por manos de muchos Arzobispos y Obispos y Abades que allí se hallaban a la coronación del Rey, la cual consagración se hizo solemnemente y con tanto gozo que no se podía decir el placer que recibían todos los cristianos que allí se hallaban... y los presentes decían que en su tiempo ni de sus mayores no había memoria de fiesta tan glorioso y tan devota. Y asimismo el glorioso Emperador Don Alfonso ordenó la Cofradía de San Isidoro de la Ciudad de León, y mandó que fuese guardada firmemente en honor del Bienaventurado San Isidoro, para siempre jamás, y así se guardaba y muy honrada hasta hoy día.»

Las listas de los cofrades puede decirse que son el catálogo de los apellidos más ilustres de León y su tierra.

La descripción del Pendón de Baeza, tal como la vió en 1572 Ambrosio de Morales concuerda exactamente con las antiguas crónicas.

Era cuadrado, de tres varas, tejido con un cendal encarnado. Muestra bordada la efigie del Santo Doctor, vestido de Pontifical con capa, con cruz en la mano izquierda y en la derecha un libro.

Encima de la imagen aparece una mano también con espada, y una estrella, significando el auxilio del Apóstol Santiago.

Esta enseña venerable estuvo también en la toma de Antequera.

El Señor Abad de la Real Colegiata y Basílica, señor Llamazares publicó hace unos 10 años los curiosísimos estatutos de la Cofradía de San Isidoro.

Nota.—Publicamos esta reseña del Pendón de Baeza, y la anterior de Arce de San Isidoro, a título de complemento a los discursos del Sr. D. Francisco del Río y D. Mariano D. Berrueta, que en la fiesta literaria celebrada en la Diputación provincial el día 2 de Junio, por la obligada concisión a que hubieron de sujetarse los oradores, no tuvieron espacio suficiente para detalles que, por otra parte, conviene quedar consignados a esta Crónica.

CAPITULO VI

FIESTA DE ARTE Y TRADICION REGIONAL

Coros de Astorga.
Bailes y canciones aldeanas.
La Cofradía de Paradilla.
Danzas típicas.
Cantares leoneses.
El Orfeón de Educación y Descanso.

Fiesta Regional en el Palacio de los Guzmanes

¡Qué buen escenario es, para fiestas leonesas de historia, de arte, de señorío, esta magnifica Casa española, española por los cuatro costados!

Señorío de magnates que la hicieron y de magnates que por ella han pasado, señorío de fiestas de saberes y de aristocráticas exhibiciones, señorío de aldeanos que, como ahora, lucían allí las galas de un supremo arte fino y gracioso, recogido por hidalgos aldeanos en la soberana elegancia del campo leones.

Este día se celebraba en el patio, a un tiempo solemne y risueño, una fiesta que hubieran presenciado con igual proceresco agrado la bella pecadera Doña Leonor de Guzmán o el severo Obispo Don Juan de Quiñones y Guzmán.

La Casa es grande y hermosa, pero aun era mayor la grandeza de los señores de ella, como viene a expresar con arrogancia principesca la cartela partida que en la portada dice: *Ornanda est dignitas domo-non ex domo dignitas tota quaerenda.*

El patio español, muy siglo XVI, con su pozo al centro, con galería baja de arcos de medio punto que mantienen columnas jónicas de altos fustes de una sola piedra, con galería alta de arcos apainelados sobre columnas corintias, con

antepecho y cartelas que gallardea el blasón de los Guzmanes, armiños y caldera... había de encuadrar en esta tarde luminosa y riente, una escena encantadora de arte puro y sano, presenciada y aplaudida por altos magnatos de la España de hoy, congregados allí, en una Casa de tradiciones leonesas, para saborear el regusto delicioso del arte tradicional.

El cuadro era verdaderamente pictórico.

En el ala norte del patio se alzaba un largo estrado y en él estaban los altos dignatarios del Estado, de la Iglesia, del Ejército, de la Ciudad, de la Ciencia, de la Justicia, de la Administración, en calidad y número como no se recuerda en León, en calidad y número que hacía honor a una ciudad que tantos honores tiene.

Presidía la prestancia del Sr. Ministro de la Gobernación, con su uniforme blanco cruzado por la banda de Gran Cruz, en representación del Jefe del Estado, y con la propia y muy destacada representación.

Allí también el uniforme blanco y Gran Cruz del señor Ministro de Educación Nacional que sonreía ante una escena de brillante cultura leonesa.

El Sr. Ministro de Justicia representado por el Ilustrísimo Sr. Director General de Registros, D. José María Porcioles Colomer.

El Sr. Ministro Secretario del Partido, por el señor Gobernador civil de León.

El Subsecretario de Gobernación con uniforme de Coronel del Ejército.

Los Sres, Obispos con sus tan ornamentales vestiduras jerárquicas; el Auditor de la Rota, D. José María Goy.

Los severos uniformes de los Generales Solchaga, Pacheco y Rubio.

Los Directores Generales D. Carlos Pinilla, D. Juan Contreras, D. Luis Ortiz, D. José Moreno Torres, D. Mariano Puigdollers, el Comisario de Arquitectura y Académico D. Manuel de Cárdenas.

El Rector de la Universidad de Oviedo que gozaba viendo estas bellas cosas por él bien conocidas y apreciadas.

Todas las Autoridades civiles, judiciales, militares, docentes; las jerarquías del Movimiento; todas las Corporaciones y entidades de León; no damos nombres por no alargar la relación.

Estaba allí la ciudad representada por los que mandan, los que piensan y los que saben sentir.

Las damas y las chicas leonesas también estaban allí, pero muy pocas con la mantilla airosa y elegante.

Vuelvo a decir aquí que lo siento por ellas y por el arte también.

Y haciendo gentilmente los honores de la Casa el Presidente Sr. Uzquiza y el Vicepresidente D. Raimundo Rodríguez del Valle.

Como fimbria de flores adornaban el patio los trajes típicos, de singular belleza, de los coros y bailadores de Maragatería, Páramo y Ribera y Montaña... algo de una belleza artística inigualable.

El Cronista, que siente ante los aldeanos y sus canciones y sus trajes y sus bailes la emoción profunda que siente ante la tradición que revive... andaba de un lado para otro, encauzando el programa, sin poder disfrutar a sus anchas del maravilloso espectáculo regional... ¡qué se le va hacer!

Las galerías, la escalera, llenas de ese buen público que

tanto agradece estas fiestas de resurrección de algo que no debe morir nunca.

Inició la linda fiesta el Sr. Presidente D. Juan José Fernández Uzquiza, ofreciendo con palabra elegante y discreta las flores del arte regional a las nobles personalidades que tanto y más merecen.

Así, con breves palabras, se ofrecen por aquí grandes escenas.

Y comenzó el magnífico desfile.

Silencio solemne, ante la belleza que pasa.

El maestro Barrón, sacerdote artista, da la nota tónica.

Cuarenta chicas de Astorga, lindas, ataviadas con el traje típico lleno de color y fantasía, cantan suavemente, dulcemente, una *Sequentia* gregoriana, matizada con maestría por voces que sonaban a campanillas de plata.

Era un comienzo religioso para una fiesta tradicional; miel sobre hojuelas.

La mano directora del Maestro era también mano de sacerdete; ¡algo español!

A seguida se acordaron de sus trajes preciosos de maragatas y nos regalaron con sus canciones regionales: «Maragata soy...» «Anda diciendo tu madre...» «Una tonada del siglo XVI» y «La Siega».

Una preciosidad de afinación, de gracia, de arte, de trajes... y de muchachas.

Tuve el honor de presentar al Sr. Ministro de la Gobernación y al de Educación Nacional la señorita Odilia Panero, Jefe del grupo y ella recibió para todas las más gentiles felicitaciones.

También el maestro Barrón las recibió con tanta justicia como largueza.

Y avanzaron rítmicamente los maragatos de Luyego, al valiente compás de las castañuelas y el redoblante machaqueo del tamboril.

Esas castañuelas que cuando resuenan bizarras en una plaza de León atraen con mágico encanto a las gentes de toda condición que forman corro para disfrutar de un bello espectáculo que nadie se cansa de ver.

Los bailadores de Luyego tienen justa fama entre toda la maragatería.

Estos bailes primorosos no son para descritos; son para admirados.

El estético contraste entre el varonil arranque que en el baile ponen los hombres y el recate elegantísimo, el paso menudo y suave que parece ingrávido de puro alado y fino: el ritmo ajustado y exacto, el baile corrido de una agilidad y belleza extraordinarias... y aquella salida final en que con aire versallesco se desenlaza el baile, son de un colorido y un arte que triunfa siempre y se impone al espectador con fuerza tal que desea uno que aquello no termine.

Deslumbran los trajes pintorescos, enhechiza la belleza del baile, y aun queda para recreo del espíritu un margen amplio para pensar en todo el tesoro de tradición que aquello encierra, el sentimiento de la naturaleza que contiene el color de cintos y pañuelos y refajos, sentimiento de la naturaleza que ha pasado al arte regional y se proyecta en las flores de los pañuelos como en las ondulaciones del baile... ¡lo natural es lo más hermoso y lo más puro!

¡Qué no se pierda nunca esta riqueza antigua, que en ello va algo aun más hondo que la belleza plástica, porque va también la conservación de las costumbres honestas, la de las características comarcales, la de los abolengos de pue-

blos, la de la raiz por la que sube la sabia y la sangre de la verdadera España!

El bravo grupo de baile de Alija de los Melones, entra con tal brío que un aplauso cerrado y unánime acoge su avasalladora gallardía.

Son los que en el Día regional de hace dos años ganaron el primer premio.

Es el baile fuerte de la tierra llana leonesa, el baile rotundo que no pierde el ritmo entre maravillosos prodigios de agilidad y energía; arte bizarro que tiene calor de las eras y alegría de vendimias, pero eras y vendimias a la sombra augusta de las ruinas de un castillo medieval.

A la bravura del baile acompañan los tipos robustos, los trajes coloristas, el lujo espléndido de collares y arracadas y relicarios y joyas...

Y el aguerrido músico de la chifla y el tamboril que pasa y repasa entre las parejas, dirigiendo el baile y mandando en jefe con una naturalidad encantadora.

———

Unos días antes de estas fiestas estuve en Alija de los Melones en la amable compañía de mi discípulo José Ramón Cárdenas, tan bueno y tan artista como su padre.

El coche que nos llevaba, un coche que la amabilidad del Sr. Gobernador me facilitó para estas jornadas campesinas de selección de grupos regionales—hubo de detenerse en una calle del pueblo, para que pasaran unos hombres y unas mujeres que transportaban a brazo un formidable tronco de un árbol.

Del cuello de una de las mujeres colgaba un soberbio collar.

¿Qué dejará ésta para llevar a León el día de la Fiesta?—dije a mi buen compañero de fatigas de aquel día abrasador.

Los danzantes famosos de Laguna de Negrillos, con su atuendo característico, de un origen acaso celta, acaso ibero, con una tradición religiosa que aun se mantiene en ese y otros pueblos leoneses, en los que estos danzantes van en las procesiones y entran en la Iglesia danzando.

Ellos han lucido su maestría admirable en Autos y comedias de nuestros siglos clásicos, ellos danzarían ante Don Suero de Quiñones, cuyo castillo allí domina, a la vuelta del Paso Honroso de 1434, ante la nobilísima madre de Don Suero que en aquel castillo esperaba las noticias y la vuelta de su hijo.

¡Admirables danzadores de Laguna de Negrillos, que bailan aquella danza de las espadas que describe la pluma inmortal de Cervantes como uno de los festejos de las bodas de Camacho!

Bailadores ágiles como rebecos de la montaña, artistas de un arte insuperable.

¡Hasta el birria, hombre de goma y de cemento, por lo flexible y por lo incansable, cuando deja sus chocanterías y se pone serio un rato, baila admirablemente!

Un aldeano con buena voz de tenor, desde la galería alta, canta una tonada castiza.

Una tiple de Santovenia del Monte, con voz fina y amable, lanzó al aire una canción llena de dulzura.

Cayeron bien estas intervenciones que tan bello con-

traste hacían con los redobles del tamboril de los bailes y con los bailes mismos.

Eran una nota romántica en un cuadro realista,
Una pincelada blanca en un lienzo a todo color.

———

Se hizo un silencio emocionante al entrar en el patio los hombres de las capas largas y las caras serias, de la cofradía de Paradilla.

La insignia de la cofradía delante, los abades con sus varas autoritarias al lado, los cofrades detrás con señorial serenidad y empaque solemne.

Y el público les acogía con respetuosa simpatía; eran el pueblo que reza y canta, vive y muere, con la inalterable rigidez de sus capas largas y la varonil gravedad de sus caras serias.

El Cronista muy honrado con ello, acompañó a estos hombres hasta el estrado de la presidencia y los respetables aldeanos fueron estrechando, apretando, la mano de los señores Ministros.

—Señor, esta es la cofradía de Paradilla.

—¿Y estos hombres qué van a hacer?, dijo el Ministro de la Gobernación.

—Ahora lo verá V. E.

Los hombres de la cofradía formaron un arco de círculo y en el centro comenzó un baile sosegado, religioso y magnífico.

¡Bello tema para un buen pincel!

Una onda de emocionante espiritualidad iba y volvía de corazón a corazón.

La emoción de todos, mezcla de sensación artística y dulce religiosidad buscó una valvula de salida y un aplauso

resonante sonó en el patio señorial conmoviendo los calderos y los armiños del blasón de los Guzmanes de León.

Las mozas de Santovenia del Monte, al son de una pandereta, cantaron lindamente destacando las voces limpias, entonadas de dos tiples primorosas, que decían la eterna canción del amor casto y sencillo.

El orfeón de Educación y Descanso, de León, dirigido por su buen maestro Odón interpretó muy bien, muy armonizado, hizo una brillante actuación para final de fiesta y como aportación del arte de la Ciudad.

Y terminó la agradabilísima exhibición regional que el programa anunciaba, en honor de las altas personalidades que aquel día enaltecían a la vieja corte del Reino de León.

La gente salía despacio, comentando animadamente, elogiando a nuestros artistas y a nuestro arte regional.

La gente hubiera deseado un rato más.

Y poco a poco fué quedando solo el patio señorial donde, al contrario de la morada triste que Cervantes padeció, toda comodidad tiene sa asiento y todo bello sonido su natural habitación.

Ese patio es un «lugar cobdiciadero» como decía el maestro Berceo.

Constituían la Excma. Diputación provincial

Presidente: Don Juan José Fernández Uzquiza.
Vicepresidente: Don Raimnndo R. del Valle.
Gestores: Don Florentino Díez González.
Idem: Don Luis Alonso González, Procurador en Cortes.
Idem: Don Miguel Huerta Lipiz.
Idem: Don Miguel Martínez Luengo.
Idem: Don Felipe Pérez Alonso.
Secretario: Don José Peláez Zapatero.

CAPITULO VII

FESTEJOS PARA EL ESTADO LLANO

Participación en las fiestas.
Manifestación del arte regional en la Plaza Mayor.
Fuegos artificiales y verbena popular.
Racionamiento gratuito y comidas para los humildes.

Festejos para el estado llano

Se dijo, por aquellos días, que en el programa de las fiestas había pocas fiestas populares.

Por la fidelidad de la crónica y por mi actuación en la organización debe contestar razonadamente a esa observación procedente acaso de los amables críticos que no hacen nada criticable, por la sencilla razón de que no hacen nada.

¡Séales la tierra ligera, para que, ni de muertos, tengan que soportar un peso!

Pues bien; en estas fiestas en honor de un Santo y Sabio de la Edad Media, organizadas en lo posible en una tónica antigua evocadora del viejo Reino de León, en un templo que guarda las memorias y los huesos de creadores de nuestra nacionalidad, entre tradiciones históricas remotas y magnificencias de arte y simbolismo, ocultas siempre a los ojos de una cultura deficiente, es claro que era inevitable acomodarse a un tipo de selección que sabe estimar y gozar de altas cosas que al estado llano no interesan ni atraen.

La alta cultura no puede ser popular, ni aquí ni en la Atenas de Pericles.

Para dar cuenta de San Isidoro hay que conocer la Edad Media.

Para percibir el placer musical de los conciertos del quinteto de música de camára es necesario un gusto afinado y una sensibilidad estética.

Para sacar provecho ante un discurso valioso es preciso una cultura al mismo nivel del discurso que se escucha.

Para ver «civilizadamente» obras de arte, obras antiguas que exigen el conocimiento de su época, es menester una preparación que no tiene la generalidad.

Por mi voto no se hubiera permitido la entrada libre para «ver» el tesoro de la Basílica.

Ante joyas muchísimo más valiosas que por su valor material, por lo que representan en la historia del arte arábigo-hispano, el respetable público pregunta por el precio sin estraperlo que hoy tendrían en el mercado.

Estoy cansado de oir, en la Catedral, la pregunta imbécil de cuanto darían los multimillonarios de América por la Catedral de León.

Quedemos, pues, en que en el mundo hay cosas para la selección y cosas para el estado llano.

Ante la cultura no hay igualdad; unos la tienen y otros no la tienen.

Por lo menos hace falta un barniz...

El buen público tuvo sus festejos también.

En los templos no se entra por papeleta, y todo el que fué a tiempo para poder materialmente entrar, asistió a las solemnidades religiosas, allí aprendió las dos lecciones que allí se aprendían; la de los honores que la Santidad alcanza en nuestra religión y la de la conservación de la tradición religiosa, que con una fidelidad ejemplar guarda, en lo interno y en lo externo, los aromas de la creencia y los esplendores del culto tan humanamente necesarias para imponer el saludable sentido de las categorías, que es el sentido del orden.

El pueblo, en masas ingentes, vió el Arca abierta y vió las obras maravillosas que la Basílica conserva para honra de León.

Y vió la procesión magnífica, que en nuestras calles dió la más altísima nota aleccionadora de la espiritualidad.

Y vió el Pendón de la vieja y noble historia de grandezas.

Y vió la clásica y popularísima ceremonia de las «cabezadas».

Y tuvo, en la Plaza Mayor, una manifestación popular del arte típico de los bailes y trajes y canciones, del incomparable arte regional leonés.

Y comtempló las iluminaciones que tanta belleza daban a la ciudad, en la noche.

Y disfrutó de unos fuegos de artificio que el Ayuntamiento dispuso y que son de tal agrado popular que aquella noche, al terminar el espectáculo, venía la amplia calle de Ordoño II literalmente «maciza» de gente.

Y en otro orden de cosas, he aquí alguna nota de «positivos» festejos para que la clase humilde tuviera un buen recuerdo de las fiestas de San Isidoro.

El Excmo. Sr. Gobernador civil D. Antonio Martínez Cattáneo, en un gesto de buen cristiano y buen gobernante, acordó y dió un racionamiento gratuito para 2.500 personas, por un valor de 50.000 pesetas.

Un paréntesis, para una pregunta sencilla ¿los amables críticos habrán hecho otro donativo parecido?

Los pobres que comen a diario en la Asociación de Caridad fueron obsequiados un día por el Sr. Gobernador y otro día por el Monte de Piedad, con muy aceptables almuerzos que para sí quisiera el cronista, aunque fuera un día sí y otro no.

En unas fiestas cristianas y españolas nunca falta pan y alegría para los pobres, pan y hermandad razonable para el estado llano.

CAPITULO VIII

MEDALLONES

Con este rótulo se intentan unas breves siluetas de los señores que en las fiestas de San Isidoro, han actuado más directamente.

No tienen aspiraciones de semblanzas; quieren mas bien retener en nuestra memoria y en nuestros Anales un recuerdo agradecido y emocional.

El Ministro de la Gobernación.
El Ministro de Educación Nacional.
El Nuncio de Su Santidad.
El Obispo de León.
El Gobernador civil.
El General Pacheco.
El Abad de San Isidoro.
El Presidente de la Diputación.
El Alcalde de León.
El Regidor Síndico.
Fray Justo Pérez de Urbel.
El P. Enrique Albiol.
El Presidente de Acción Católica.
El Cronista de la provincia.
Los hombres de las capas largas.

EL MINISTRO DE LA GOBERNACION

Arrogante presencia, noble frente, cara de señor que sabe sonreir.

Saber sonreir es ciencia que no se aprende; se hereda.

La sonrisa de ese señor es la proyección hacia fuera de un equilibrio mental y moral formidable; es también producto natural de una superioridad que al querer ocultarse se repliega en un rictus amable y atrayente.

Hombre de estudios jurídicos, Catedrático de Derecho y Magistrado, no han podido todos los papeles judiciales ni todos los comentaristas de las leyes, apagar en el alma de este señor el manantial romántico de su alma insular, abierta al mar eternamente inquieto.

Y el alma de este señor se complace y descansa con visible agrado en la belleza de un momento elegante, de una tradición escenográfica, de una canción popular, de un traje típico... de esa recóndita encantadora poesía que sólo a los privilegiados enseña el hada misteriosa de las cosas antiguas.

No había solamente cortesía en sus frases de complacencia, no era un espectador resignado y amable, no se sumergía en el protocolo ritual; había verdadero agrado en su cara ante las fiestas y las tradiciones leonesas, era un espectador que se dejaba influenciar por la escena y preguntaba con interés y comentaba con entusiasmo y aplaudía con sinceridad.

¡Qué pena que hombres de tal espiritualidad se vean acuciados por el tiempo, por las ocupaciones del mando, y

no puedan saborear con el padre Horacio el dulce y sabroso «Beatus ille quei procul negotiis,.. cuando sus almas encuentran un refugio ameno y evocador!

La gente que los ve partir en unos coches magníficos, y rodearles todo el brillo del poder, no se da cuenta del sacrificio personal que ello envuelve, ni sabe que toda la gloria mundana no vale lo que vale ver tranquilamente la puesta del Sol en el rosetón glorioso de la Catedral de León.

El Sr. Ministro quedó en volver a León, de donde tan buena impresión llevaba y el Alcalde sabe y oyó esto también.

Pero temo mucho que el inteligentísimo y bueno Adolfo Duque, con sus racimos de telegramas y de papeles urgentes de cada día, haga imposible el propósito que León agradecería.

El Ministro de Educación Nacional

Su actuación en nuestras fiestas fué verdaderamente notable y destacada; este medallón es de relieve.

Actuaba de Presidente del Consejo Superior de Investigaciones científicas, y a fe que quedaron en buen lugar el Consejo y su Presidente, dicho sea con plena justicia y razón.

Gratitud le debe León por su discurso magnífico y por haber dispuesto que el Consejo de Investigaciones viniera a esta Ciudad, con muy nutrida representación, para celebrar sesión solemne en la Ciudad relicario de San Isidoro, Patrón excelso de aquella corporación directora de la Ciencia española.

¡Así se hace cuando de veras se siente la dignidad del cargo que se ostenta y el amor y la reverencia que se debe a un nombre glorioso que sintetiza en el nombre de San Isidoro la Santidad y Sabiduría encuadrada en el marco augusto de la majestad de Hispania!

Yo no sé cuál de esas tres ideas, que en el discurso del Ministro pugnaban por atraer su atención y su verbo, lograba la victoria.

Iba y volvía de una a otra, como de flor en flor, y en ellas quería detenerse con el afán de gustar mieles de distintos panales.

El cristiano decía su plegaria, el profesor su lección, el patriota su himno.

Por esto el espléndido discurso del Sr. Ibáñez Martín, fué un tríptico; tres buenas tablas pintadas por un mismo

pincel sobre tres motivos diferentes; pero unidos en todo momento por la misma idea, la del amor del pintor a la figura de San Isidoro, en cuyo honor ofrendaba una construcción artística.

He aquí unas pinceladas magistrales de ese tríptico:

«España es un pueblo teológico, y lo será hasta que deje de existir. El español siente el pulso de Dios en el trabajo de sus propias venas. Sobre estas tierras duras, leonesas y castellanas, se comprende mejor la tragedia del Gólgota, y uno siente dentro de sí, en la eterna y dramática contienda de las tinieblas contra la luz, la angustia y el dolor de Cristo para morir. Por eso el hombre de ciencia español nunca puede ser un escéptico».

. . . . . .

«Es estéril la enseñanza e inútil todo aprendizaje cuando el maestro y el discípulo no están hermanados por la fe de un ardiente y enardecido patriotismo».

. . . . . .

«Queremos ante los restos mortales del egregio San Isidoro, sellar con un solemne juramento de fidelidad a su ejemplo, nuestra consagración al servicio de la Patria y nuestra entrega absoluta al ideal hispánico del resurgimiento de nuestra cultura».

Así, con ese brío, con esos fervorosos afanes culturales y patrióticos, con ese buen hablar cristiano y español, actuó en nuestras fiestas el ilustre profesor D. José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, presidiendo la sesión muy solemne que el Consejo Superior de Investigaciones científicas, dedicó a su Santo y Sabio Patrón San Isidoro, en la Ciudad de León, el día 3 de Junio de 1943, a las siete y media de la tarde.

El Señor Nuncio de Su Santidad en España

Gran prestigio y resonancia dió a nuestras fiestas isidorianas la augusta presencia en León del ilustre representante del Santo Padre de la cristiandad, en España.

En toda España—que, en graciosa frase, es más papista que el Papa—la presencia del representante directo del Pontífice bien amado, es recibida siempre con un respeto y un afecto que hemos heredado de nuestros mayores y que va ligado con los más fuertes lazos a la médula religiosa de la vida española.

Y León, que es corazón de España, y es mayorazgo de la Historia de España, sintió, viendo en San Isidoro al Nuncio de Su Santidad, la dulce emoción de la visita de un enviado del Padre ausente.

¡Benditas fiestas religiosas y patrióticas, que han tenido la fortuna de que le conociéramos y viéramos aquí, y asistiéramos a una Misa celebrada por el Señor Nuncio de nuestro Santo Padre Pío XII, felizmente reinante!

Y nuestro placer filial se ha visto cumplido al ver al Sr. Nuncio notoriamente complacido entre los nobles fieles leoneses.

Este medallón es breve.

Parece que, ante la figura venerable del Nuncio de Su Santidad, se impone al Cronista un respeto que detiene los dedos ante las teclas de la máquina y se hace un silencio reverencial más expresivo acaso que un párrafo elogioso.

Este señor es el enviado del Vicario de Cristo, Nuestro Señor, a nuestra madre España.

Frases amables tuvo tan alto señor para el pobre Cronista que escribe estas líneas; frases que caen en el corazón como agua de Mayo en los campos áridos.

En el escudo de la Universidad de Salamanca—mi alma mater—señorea la tiara del Pontífice.....

¡Y en mi alma también!

El Señor Obispo de León

Cuando escribo estas cuartillas, pasadas por completo nuestras fiestas, el ilustre Obispo de León, el P. Ballester y Nieto, ha sido nombrado Obispo de Vitoria.

Lo he dicho en *El Diario de León* y quiero dejarlo aquí estampado; la marcha de León del Sr. Obispo, es para León una verdadera y gran desgracia.

Poniendo el corazón en sus nobles empresas, se había ganado el corazón de los leoneses, que saben vibrar al compás de quien sabe sonar el clarín que convoca a revivir grandezas leonesas, que son y serán siempre, grandezas españolas.

León pierde un protector, un impulsor, un gran señor capaz de elevar una diócesis y una ciudad no sólo en su nivel espiritual sino en sus valores de bienestar.

Porque este señor entiende su apostolado a la manera integral; guía su grey rumbo al cielo, pero no descuida los mantenimientos necesarios en la tierra.

Su simpatía personal, su prestigio bien ganado, sus relaciones de amistad con entidades y personajes, todo lo pone al servicio de sus iniciativas, y todo estaba al servicio de León.

Las obras de la Colegiata, las del santuario de la Virgen del Camino, reparaciones de templos, el Seminario de Valderas, la Iglesia de San Marcos abierta al culto, el órgano para la Catedral, renovación del Palacio Episcopal, la casa

de Acción Católica, la Iglesia de Cistierna, las Casas Rectorales... ¡qué sé yo las obras que este señor habrá puesto en marcha en cinco años, y años de agobio por la falta de sacerdotes y por la «resurrección del Seminario», actualmente lleno de estudiantes y con un déficit que el Sr. Obispo viene afrontando valerosamente!

Y de proyectos a realizar, pero a realizar sobre la marcha, los Ministerios están llenos de proyectos y notas del P. Ballester.

Y nada hubiera quedado en proyecto, porque este señor, todo actividad y orden en el trabajo, pasa de la idea a la realización movilizando en Madrid su influencia poderosa, y volviendo a León trayéndose ingenieros o arquitectos o lo que sea menester, y las autorizaciones que hagan falta y el dinero que motoriza los problemas, sobre unas carpetas maravillosas de organización, y comienza la obra.

A mi esas carpetas me marean, pero reconozco que son admirables planos para toda construcción.

El secreto mágico del éxito de las empresas de este gran señor, no es un secreto. Es una consecuencia necesaria de unas cuantas premisas lógicas.

Es fraile, lo que vale tanto como decir que posee una formación de disciplina espiritual perfecta, y que además sabe pedir.

Ha vivido varias vidas, porque su Orden le ha colocado, con certero instinto, en los más diversos campos de actividad; ha dirigido hospitales, ha organizado masas corales, ha publicado muy esmeradamente y con medios materiales abundantes, valiosísimos libros, ha vivido en el extranjero, ha tratado con gentes de alta sociedad, ha adquirido un do-

minio completo en el arte difícil del trato de gentes, en el arte del conocimiento del mundo.

A esta preparación formativa añade este señor sus personales cualidades: un entendimiento claro, alma de artista; dinamismo incansable; espíritu de organizador que acapara para sí todos los mandos; espiritualidad profunda; deseo instintivo de grandes empresas; repulsión a lo ruín y a lo menguado; y un corazón siempre en alto.

Y una fuerza que le impulsa y le defiende y asegura el éxito de todas sus nobles empresas: las oraciones de las pobres monjitas de la Caridad, sus hermanas de Orden, que por el Sr. Obispo rezan siempre.

———

Este medallón va impregnado en una emoción.

Este Sr. Obispo marcha de León.

Y el cronista cree fundadamente que la ausencia del P. Ballester es para León una verdadera, una gran desgracia; como si hubiere caído un pedrisco sobre los campos de esta tierra.

El Señor Gobernador civil

La noble oratoria ha prodigado en estas fiestas grandes ideas envueltas en el manto augusto de bellas palabras.

Convencer, conmover, son los altos fines de la elocuencia.

Pues bien; sin aparato dialéctico, sin construcción oratoria, antes bien con la muy sencilla prosa casi oficinesca, de una noticia breve del Gobernador civil, que los periódicos publicaron sin destacar ni subrayar, dió el Sr. Gobernador de León una nota aguda, persuasiva y conmovedora, de definitiva elocuencia.

La noticia decía sencillamente que el Sr. Gobernador había dispuesto repartir entre las familias modestas de la Ciudad una cantidad respetable, en forma de racionamiento extraordinario, abundante y gratuito, para que todos participaran en la alegría con que la Ciudad festejaba la creación de la Basílica de San Isidoro.

He aquí un rasgo «oratorio», es decir convincente y emocionador, que no necesita glosa ni admite más aplauso que el silencioso de la gratitud de todos.

Dió cuanto tuvo y cuanto pudo para el realce de estas fiestas leonesas.

Actuó de Gobernador civil ordenando todo y facilitando todo, dentro de tal respeto a la Ley cuya guarda le está encomendada, que me llamó un día para decirme que tenía que variar la hora de un concierto para que no tuvieran que alterar en los hoteles y restaurantes la hora de la comida.

Como Jefe provincial del Movimiento supo organizar, aun dentro de un programa muy ajustado, una bella ofrenda religiosa y cívica a San Isidoro, y presentar bizarramente sus huestes que desfilaron bajo un hermoso arco románico, austeramente adornado y con una muy entonada inscripción latina en letra gótiga.

Con motivo de las fiestas he tenido el honor de tratar a a este buen Gobernador.

Joven, pone impulso en sus empresas.

Ingeniero, pone en ejes las cuestiones, las plantea claramente y las resuelve como un problema de ecuaciones a un caso de trigonometría.

Sabe escuchar, sabe «ver» al interlecutor, sabe mandar.

Al fin y al cabo los problemas del gobernar son cuestiones de ingeniería.

El General Pacheco

Gobernador militar de esta Plaza y provincia.

Militar español que es decir caballero español cien por cien, como se dice ahora, es su noble figura, sin jactancia, como la de aquel general Espinola, que en el cuadro de las Lanzas, recibe amable e hidalgo las llaves de la ciudad que le entrega sonrojado el vencido de Breda.

Este señor que al frente de Brigadas navarras, y ganó por méritos de guerra el grado de coronel, es seguro que al salir de duro combate en que arriesgara sencillamente la piel, pidió una baraja y se puso a jugar con sus oficiales un tresillo con la tranquilidad y la ilusión del alférez que hace su primera guardia.

Noble y sencillo y amable, sabe conquistar, en la paz, la simpatía respetuosa, más que para él, para el honroso uniforme que viste y para el ejército que aquí representa en un cargo importante desempeñado con tanta dignidad como talento.

En todas nuestras campañas españolistas, de tradición sana, está siempre el general Pacheco, pronto a colaborar; para todo es un leonés más.

Sólo pide, que a ser posible, no se le cite a junta a la hora de su partida de tresillo, o en día que en Salamanca haya corrida de toros.

En nuestras fiestas ha tomado parte principal como vocal de la Comisión organizadora y contribuyendo al mayor realce de todo.

Su actuación más destacada fué el día de la solemnísima procesión, el día 4.

Una actuación personal de esas que con orgullo se cumplen.

Fué portador del Pendón de Baeza; lo recibió de manos del Sr. Abad de San Isidoro, y el Sr. Abad fué constantemente a su izquierda, durante la procesión, al lado de la gloriosa enseña que el Abad custodia en la Real Colegiata.

Las fotos han recogido la simpática escena; el veterano general lleva marcialmente, solemnemente el noble Pendón que recuerda memorable epopeya de guerra y venerable memoria de milagro; la figura erguida del Abad que con la mano asida al viejo paño simboliza la adhesión de por vida a una joya histórica que Reyes entregaron a su cuidado; una escolta militar daba guardia a un estandarte de guerra que representa luchas por la Fe y por el honor de España.

¡Qué bien dice una reliquia española en manos de un militar español!

El Señor Abad-Prior de San Isidoro

En pasados siglos al Señor Abad de San Isidoro se le llamaba «Abad bendito».

Su jerarquía, sus privilegios otorgados por Reyes y Pontífices, su jurisdicción, su coche de mulas, sus criados, su acción en la Ciudad llenan una gran parte de la historia de León y del Reino de León.

Perdió sus excepcionales privilegios, los tiempos cambiaron, apenas conserva unas borlas verdes en el sombrero, vive una vida humilde y retirada... pero el Abad de San Isidoro es una personalidad de primera categoría en la Ciudad.

Ya no velan por la Casa los regios «comenderos» que todo lo allanaban, y gracias a un Obispo isidoriano que ha alcanzado para el tradicionalísimo monumento histórico muy altas y decididas protecciones, que nunca serán bastante agradecidas, como el Obispo D. José Alvarez Miranda, de santo recuerdo, alcanzó también para la restauración del viejo templo.

Pues bien; el actual Abad-Prior es D. Julio Pérez Llamazares, natural de San Justo de las Regueras, aldea del concejo de Villaturiel, a un par de leguas de León.

¡Quién había de pensar que de una aldea, que tendrá una docena de casas, había de salir un Abad de San Isidoro de León!

Y un Abad de tanta recia y destacada personalidad como este señor.

Hombre de estudio y de aislamiento, pasa su vida en-

tre libros y rezos, da un paseo, caiga lo que caiga, por la carretera de Asturias, se le pasan meses sin internarse por las calles de la ciudad, días y días sin hablar con nadie, tiene fama de áspero y duro, huye del mundo y sus vanidades, se aisla en su celda abadial... y sin embargo todo el mundo se ocupa del Señor Abad y su nombre pesa en la ciudad con fuerte relieve de respeto.

La Real Colegiata y por consiguiente la ciudad de León le deben estudios no bastante alabados ni justamente estimados, de la «Historia de la Colegiata», de los «Benjamines de San Isidoro», del Pendón de Baeza, del Tesoro de la Basílica, de los ricos incunables cuyo catálogo ha editado el Sr. Obispo, con acertada generosidad. Tiene, pues, títulos bien ganados para el respeto y la gratitud de León y su tierra. Oigo hablar constantemente de la acritud de carácter del Sr. Abad; todo ello tiene el más noble origen; el Sr. Abad tiene tal cariño admirativo, tal afán «usurero» por las grandezas, que él conoce mejor que todos, de la Real Colegiata, tan fuerte deseo de guardar aquello... que le ofende personalmente que las gentes lo vean... ¡celos de amador leal!

¡Ojalá en cada monumento histórico hubiera un don Julio Llamazares!

En ese coro de voces que cuentan las «cosas» del señor Abad, hay una voz que proclama, a todo riesgo, todo lo contrario.

Es mi voz.

Yo no he recibido del Sr. Abad más que atenciones, apoyo cabal para mis modestos trabajos por la Basílica y la Colegiata de San Isidoro.

Sus festejos, sus estudios, sus notas, su cortesía están siempre a mi disposición con larga mano.

Cuando hace dos años trabajé con alma por las fiestas centenarias de San Isidoro me dijo un día: «Me ha encadenado usted para siempre».

Y cuando voy a su celda abadial me despide con gentil cortesía y desde el rellano de la suntuosa escalera me hace «Las Cabezadas» como al Ayuntamiento.

El Presidente de la Diputación

Don Juan José Fernández Uzquiza.

Consejero Nacional de Colonización, notable Ingeniero agrónomo.

Quien sólo le conozca por estos títulos no le conoce integralmente.

Porque este hombre inquieto, de ojos movibles y saltarines, de hablar rápido y definitivo, de acción resuelta y cortante, de comprensión a marcha acelerada... este hombre que pasa su vida entre realidades a ras de tierra, el escarabajo de la patata, el tizón del trigo, la defensa del campo y los abastecimientos, los sindicatos y los transportes, los nitratos y los fosfatos... lleva dentro de todas estas cosas tan útiles como prosáicas, un alma lírica que vibra amorosamente en cuanto llega la ocasión en un oasis del trabajo profesional.

Y en ese oasis se recrea como un niño con sus juguetes más amados.

Cuando cayó la veleta de la Catedral su primer impulso fué subir, con unos pocos amantes de la Catedral, y de la noche a la mañana, poner la veleta en su sitio.

He aquí cómo este señor, que tanto ama y admira la técnica, la maravillosa técnica en la que vive sumergido, quería entonces, ante una emoción sinceramente sentida, una emoción de artista, romper con la técnica y dejar a un lado a los arquitectos y sus planos y proyectos, y lanzarse a lo alto, torre arriba, y poner la veleta a la manera empírica con

que los mozos de aldea «pinan» el «mayo» en la plaza del lugar.

Es que el alma del artista, del lírico, había salido, al golpe de la emoción artística, de la corteza de la diaria realidad.

Ahora también, al toque solemne de unas fiestas del viejo Reino de León, sintió el aletazo ascendente de la espiritualidad y alzándose sobre las realidades en que vive profesionalmente sumergido, recabó para la alta representación que como Presidente ostenta, todas las evocaciones del viejo Reino de León, y plantó gallardamente la hermosa bandera en la torre, iluminó la fachada del Palacio, adornó la Casa, pidió al Alcalde los retratos de los Reyes y nada le bastaba para revivir en nuestra tierra los días heroicos de su historia.

Todo lo hubiera querido hacer él sólo; porque este hombre es absorbente, porque es apasionado por algo que llena su alma y manda cantar ¡ella sola! una romanza triunfal.

El Alcalde de León

Doctor Justo Vega, como él firma siempre, aun los bandos de la Alcaldía.

Su actuación entusiasta, de intenso entusiasmo leonés, en estas fiestas, merece un gran respeto; ha llenado todos sus deberes de Alcalde y de leonés, en unas fiestas penetradas, dentro de su solemnidad, de una alegría jubilar que a toda la ciudad trascedía; ha trabajado con alma entregada a su misión regidora y a todo ha atendido para que la ciudad, cuya magistratura ostenta, quedara en todo momento en el buen lugar que le corresponde.

Y este hombre al volver a su hogar tiene que continuar en este la penosa labor de dominar sus nervios y su sensibilidad para animar y sostener los nervios de una familia desolada por íntimos dolores trágicos, que todo León conoce y mide y comparte.

Acabaron las fiestas y una nueva desgracia cayó sobre la casa del Alcalde.

Este medallón debía terminar aquí.

El escritor sabe rendir la pluma, como el militar la espada.

Pero yo tengo que decir alguna cosa mas al Alcalde de León.

Ha ido este muchacho a la Alcaldía con una gran cantidad de optimismo—la que refleja su cara—, y quiera el cielo que las realidades de la vida no apaguen nunca en él la luz de la bondad y el manantial de la buena fe.

Por de pronto un Médico de clientela y de porvenir indiscutiblemente brillante, en lo profesional, hace un sacrificio ocupando un cargo público; sacrificio que encontrará su recompensa en el amor que este buen leonés siente por su tierra, amor constante que le hará llevaderas las cosas que el cargo acarrea bien compensadas por el honor de ostentar en sus manos la vara de Alcalde Corregidor.

Conmigo tiene pendiente una cuenta y no quisiera que dejara la Alcaldía sin solventarla, o al menos poner la empresa en camino de realización, y esto por León, por el Alcalde y por mi también.

Me refiero a la muy patriótica y muy leonesa y muy digna empresa de traer a León los restos de Guzmán el Bueno.

Su cargo de Procurador en Cortes, su Alcaldía, su cariño a la tierra, todo debe ponerlo al servicio de esta idea y de este proyecto.

¡Qué pueda yo hacer la crónica de la llegada a León de los restos gloriosísimos de Guzmán el Bueno, y que pueda decir: esto se hizo siendo Alcalde el Dr. Justo Vega!

El Regidor Síndico del Ayuntamiento

Es difícil buscar, ni con candil, dos temperamentos más opuestos para enfrentarlos en la aparatosa contienda del Foro u Oferta; el áspero y ceñudo del Sr. Abad y el de la sonrisa afable y juvenil del Sr. Fernández Bedia.

Y así es como está bien: si los dos fueran como el actual Síndico, no reñirían; y si los dos fueran como el señor Abad, acaso reñirían demasiado.

¡Y que bien cumplió su cometido el Sr. Síndico!

Hombre inteligente y experto había sabido encontrar una posición fortificada en diálectica jurídica, que conoce y domina, y atrincherado en ella apoyó su tésis en un argumento formidable y lo lanzó suavemente, sin darle importancia ni con la voz, ni con el gesto...; este hombre dispara una saeta con el ligero ademán con que se espanta una mosca.

Y siguió sonriendo, como un niño que ha dicho una gracia.

Y como es esencialmente bueno le quedó la preocupación de si se habría enfadado de veras el Sr. Abad, y le regaló unas fotos de cosas de las fiestas; el Abad las recibió, agradecido y cortés... y ¡hasta el año que viene!

Hace tiempo oía yo hablar, bien siempre, de este D. Valentín Fernández Bedia, pero pasó mucho tiempo sin que le viera actuar en algo público.

Nuestro campo de acción era distinto y no nos encontrábamos.

Fué una noche en el Palacio episcopal, cuando me dí cuenta de que era bueno conocer a este señor, en una ciudad donde no abundan valores que a la inteligencia unan la voluntad.

Era un ciclo de conferencias «pro Seminario».

Actuó el Sr. Bedia con un trabajo bien orientado y sensato, con palabra sencilla y galana, sobre todo, con una cantidad de buen sentido considerable.

He aquí un hombre utilizable, dije yo, y desde entonces apunté su nombre en mi memoria para contar con él en una de estas demasiado frecuentes empresas en que me meten, o me dejo meter, de exaltación de cosas leonesas.

Mi impresión de aquel día quedó ampliamente superada en su actuación en el claustro de San Isidoro, manteniendo la difícil contienda a la altura en que la había colocado, en años anteriores la brillante alegación de Alfonso Ureña.

Bedia, con su cara infantil y risueña, es una cosa muy seria.

Fray Justo Pérez de Urbel

Tiene uno idea de haberle visto en algún cuadro de Zurbarán.

O en alguna talla de Alonso Cano, allá en Granada.

Largo cuello, larga cara, huesuda y varonil, expresiva y aguda como los últimos versos de un soneto de Lope.

Sus ojos, avivados por la lectura, tienen una mezcla rara de movilidad y fijeza, como los ojos de D. Francisco de Quevedo.

Este hombre evoca en quien habla con él los recuerdos de media historia de España, de la media historia que vale mucho más que la otra media.

Recordamos juntos mis viajes a Silos... el claustro de Silos.

Ahora cada pocos días veo un libro nuevo, de varios temas, del P. Urbel.

Algunos los leo, otros no porque me parecen libros de «encargo».

Talento enorme, trabajo de benedictino, actividad mental fuerte como la piedra de Hontoria, camino de Silos.

Pero aunque escriba más que D. Alonso de Madrigal, para mi será siempre, y él lo sabe, el autor de «El Claustro de Silos», y el maravilloso cantor del ciprés del claustro:

¡Oh ciprés misterioso! Gigantesco ciprés,
la cabeza en el cielo y en la tierra los pies.

Los periódicos se ocupan con frecuencia del P. Urbel;

su nombre ilustre figura en primeras líneas; bien lo merece y bien está.

Pero yo pienso y pensaba el otro día, hablando con este gran señor de la ciencia española, que su felicidad personal, su pluma de oro, su lira de poeta, están allá en tierra de Burgos, pasado Covarrubias, junto al viejo libro de Berceo, en aquel «paisaje hosco y fuerte, un paisaje que bruñe el alma y la invita a reconcentrarse... allí donde entre los lanchares crecen hierbas muy finas y de sus jugos sacan las abejas la miel más exquisita de España».

Allí bajo la corteza amarga se esconden dulzuras de mieles.

Así el alma del P. Urbel, que de por vida está encerrada en una figura escapada de un cuadro de Zurbarán.

—Escríbame usted a Medinaceli 4, Madrid—me dijo al despedirnos.

¡Y yo no comprendo al P. Urbel en Madrid!

El Padre Enrique Albiol, C. M.

Ha sido el orador sagrado en las Pontificales de estas fiestas.

He aquí un hombre humilde y sencillo, que quiere pasar desapercibido como San Vicente de Paúl, su Padre y señor.

Su humildad le ensalza porque su misma sencillez destaca con más claridad una personalidad sobresaliente, de la más elevada categoría mental que hay en España.

Así, como suena y ni un milímetro menos.

Le conocimos y le admiramos todos en las Santas Misiones, en la Iglesia de San Marcelo, donde dió cinco conferencias y no desde el púlpito, en un tono expositivo, sin preocupaciones oratorias, iniciadas con un «Señores y amigos míos» y terminadas con un «Hasta mañana».

Y entre aquel saludo y esta despedida una sembradura maciza que iba cayendo en surcos tirados a cordel.

Tiene su llano hablar la lógica de Balmes; como a través de un cristal se ve el plano y los ejes de su construcción sistemática, firme como una roca y clara como gota de agua.

Una cultura profunda sobre un entendimiento extraordinario han hecho de este hombre un soberano profesor de gran estilo, es decir un profesor que puede enseñar a maestros en toda disciplina intelectual, que de él pueden aprender no sólo en ciencia básica sino también el arte magno de trasmitir la ciencia.

A veces la fuerza del convencimiento le hace subir en el tono apacible del expositor y entonces se enciende su faz, se enardece su verbo persuasivo, y unos párrafos de elocuencia magistral, a la Bossuet, a lo Monsabré, a lo Granada salen de sus labios y de su manos y de sus ojos... pero pronto amordaza y pone sordina, arrepentido, y vuelve a su hablar tranquilo y claro como río que se remansa, hondo y sereno, en el cauce profundo labrado por su propia corriente.

Enamorado de la belleza evangélica, sabio en ciencias sagradas, sin quererlo ni buscarlo hace poesía encantadora en párrafos de un oriental perfil y de un corte mágicamente clásico.

Sus sermones en San Isidoro de León no serán olvidados nunca.

¡Qué no sea la última vez que León admire al P. Albiol!

¡Si en la Iglesia se pudiera aplaudir...!

El Presidente de Acción Católica

Don Francisco del Río Alonso.

Leonés de familia, de nacimiento y de probado amor a las tradiciones leonesas.

Para la sesión literaria del día 2, en honor de San Isidoro, eligió un tema de raigambre leonesa, porque enlaza el recuerdo de San Isidoro con el del rey y emperador Alfonso VII, y con los linajes nobiliarios de esta tierra.

El histórico Pendón de Baeza, y la Cofradía del mismo nombre dicen, con voz de romance antiguo, glorias de la Reconquista, del viejo Reino de León, de la gloria del gran Santo y Sabio hispano, de memorias de reyes y de abades, apellidos y familias ilustres que a León dieron lustre y fama.

Cumplió su cometido el Sr. Del Río Alonso, con esa su discreción y esa su modestia tan agradables siempre.

Y en su papel de Presidente de Acción Católica tuvo el buen acuerdo de recoger una idea que el P. Albiol, en sus inolvidables conferencias de San Marcelo, en las santas Misiones del mes de Abril, había lanzado; la de restaurar y revivir en nuestra Ciudad aquella noble Cofradía que agrupando a los buenos leoneses había de contribuir en alto grado a impulsar la devoción al egregio San Isidoro, el cariño a las cosas tradicionales de esta tierra, y a fin de cuentas, a trabajar por la Religión y la Patria, que son los objetivos supremos de la Acción Católica española.

La realización de este laudabilísimo propósito sería un bello corolario de las suntuosas fiestas celebradas en honor del gran Santo hispano cuyas sagradas reliquias, en León guardadas con reverente devoción, a tanto nos obligan porque tanto nos enaltecen.

El Sr. Abad de la Real Colegiata, cuando hace años escribía su libro titulado «El milagroso Pendón de San Isidoro y la Muy ilustre Imperial y Real Cofradía», terminaba un capítulo diciendo: «¿No habría aún en León retoños de la antigua nobleza capaces de resucitar la Cofradía?».

Con las variaciones que los tiempos imponen, la idea debe ser llevada adelante y la Acción Católica, que el señor Del Río dignamente preside puede muy bien planear una iniciativa que todos secundaríamos con buen ánimo.

Los hombres de las capas largas

He aquí un medallón de grupo, como esos retratos de familia que figuran en aquellas colecciones antiguas de la buena época romántica, donde se ven caballeros de levita abrochada y pantalón estrecho.

Eran nuestros padres, nuestros abuelos... y eran, por cierto, bastantes mejores que nosotros, dígase lo que se diga y piénsese como se piense.

La levita era prenda de respeto para fiestas o para cortesías.

Pues bien; lo que era la levita para los señores, es la capa larga para los aldeanos de la Sobarriba.

Paradilla de la Sobarriba, es un pueblecillo amable y humilde del Concejo de Valdefresno; una aldea de unas cincuenta casas, habitadas por buena gente leonesa.

Gente cristiana, que es decir gente honrada que pasa su vida en su trabajo sin pretender arreglar el mundo y sin aspirar más que a ganar el cielo por los caminos del vivir austero y virtuoso.

A cambio de su virtud reciben aquellos bienes del alma y del cuerpo que decía el gran poeta Gabriel y Galán:

«La vida era solemne.
puro y sano el pensamiento era,
sosegado el sentir, como las brisas,
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.»

Y así viven y así son estos hombres de las capas largas y las caras serias que integran la Cofradía de Paradilla, los que con su Abad y su insignia vienen todos los años a León a cumplir su ofrenda a la Santísima Virgen del Camino, camino de peregrinos, y vienen también a León, para realzar fiestas tradicionales, fiestas leonesas, cuando yo les aviso por mediación de su buen médico, el mozo sano de alma y cuerpo, Enrique Guisasola.

Y vinieron las fiestas de San Isidoro, y dieron una nota brillante, de sabor religioso y artístico, y estrecharon la mano del Ministro, muy honrados ellos y muy honrado él al juntar fraternalmente dos noblezas en un saludo cordial.

Estos bravos luchadores del trabajo son cobardones como ellos solos, para presentarse ante la gente.

Se me habían escondido en la galería alta de la Diputación, y tuve que subir a buscarlos, y bajar con ellos, y a entrar delante en el centro del patio, y a situarlos debidamente y a acercarlos a los señores que querían verlos de cerca, a los que querían aplaudirles y admirar su solemne presencia majestuosa.

El lector perdonará mi pequeña vanidad.

Yo me sentía, mandando a mis hombres de la Sobarriba tan lleno de orgullo como el gran Duque de Alba ante los viejos tercios.

Y con aire solemne, algo apasionado, dije al frente de aquellos hombres:

¡Esta es la Cofradía de Paradilla!

El Cronista de León

La fidelidad de una Crónica obliga a dar, entre los nombres de los actuantes en nuestras fiestas de San Isidoro. el nombre de este Cronista:

Mariano D. Berrueta.

CAPITULO IX

Notas adicionales.

NOTAS ADICIONALES

En primer lugar debe hacerse constar el agradecimiento que debemos al Excmo. Sr. General Solchaga, Capitán general de la Región cuya presencia y colaboración tanto han realzado nuestras fiestas isidorianas.

Del General Pacheco no hay que hablar porque ha sido uno de los cooperadores entusiastas en la organización de las fiestas.

La Aviación, dignamente representada por el Sr. General D. Julián Rubio y el Coronel, Jefes y Oficiales del Aeródromo y la Maestranza, presta siempre su concurso a todas nuestras fiestas religiosas y patrióticas.

La generosa cooperación del Sr. Carmona, Jefe de la Maestranza y de su subordinado Sr. Pérez de Diego, merecen especial recuerdo, pues a ellos se debe la brillante iluminación de la Basílica.

Como asimismo hay mucho que agradecer al Sr. Teniente Coronel Jefe de Estado Mayor Sr. Pedrosa; al Regimiento de Infantería número 31 que con su Coronel, Jefes y Oficiales tanto brillo dan siempre a las solemnidades de la Ciudad.

Al Sr. Teniente Coronel y oficialidad de Caballería.

Al Sr. Coronel, Jefes y Oficiales de la Guardia Civil.

A los Cuerpos de Ingenieros, Intendencia y Sanidad militar.

Al Capitán, Oficiales y guardias de Policía Armada, que tan bien han establecido los servicios de orden.

Al Sr. Comisario de Polícia y personal a sus órdenes, que tan acertadamente montaron el servicio de vigilancia en la Basílica y en las calles.

La Guardia Urbana bien dtrigida por su Jefe D. Angel Román, contribuyó eficazmente al buen orden de la organización.

Para todos la gratitud de León.

El Ilmo. Sr. Rector de la Universidad de Oviedo, Jefe del Distrito Universitario a que pertenece León, nos favoreció con su visita.

También otros años ha venido a León, a las fiestas isidorianas, y tiene para nuestra ciudad especiales afectos familiares que se unen en su espíritu a la admiración que siente por nuestros monumentos históricos y artísticos.

Su visita ahora ha sido fructuosa para León, porque el Sr. Rector ha hablado extensamente con el Sr. Ministro de los edificios de enseñanza en esta ciudad.

Y ello redundará en bien para la enseñanza y para la ciudad.

Durante las fiestas el Sr. Gobernador anunció un concurso para premiar la mejor instalación de librería en que se expusieran libros referentes a San Isidoro.

Era una buena propaganda isidoriana.

El Jurado calificador otorgó el premio a la librería del Sr. Garzo que exhibía libros de la edición antigua del Padre Manzano, con un fondo dibujado por el notable artista leonés Espino.

El servicio de Falange NO-DO, ha obtenido, en las fiestas isidorianas, datos fotográficos abundantes para un

documental que llevará por todas partes como el recuerdo de las fiestas, la propaganda eficaz de la ciudad monumental de León y de los valores del arte regional de esta tierra.

Tres arcos artísticos daban la bienvenida a los ilustres visitantes que tanto honor hicieron a León, en nuestras fiestas.

Uno en el límite de la provincia, en Albires, de la Diputación provincial.

Otro a la entrada de la gran plaza de Santo Domingo, del Ayuntamiento de León.

Otro cerca de San Isidoro, de Falange de León.

La ciudad con los pendones de la tierra, gallardetes, banderas y escudos, reposteros y colgaduras daban claras señales de estar la ciudad de gala.

El Hotel Oliden, que tanta propaganda turista de León está haciendo, era esos días un centro de la vida oficial de España.

El magnífico coro de señoritas de Astorga, que dirige con tanto acierto el maestro Barrón, fué debidamente atendido y obsequiado.

Los aldeanos de Luyego, Laguna, Paradilla, Santovenia, Alija, etc., fueron también trasportados a León y a sus pueblos con toda la posible comodidad, y en León también fueron cuidadosamente atendidos, comiendo en buenos restaurantes, con entrada para los cines, merienda en la Diputación, etcétera; es decir con la hidalguía que debe la ciudad a quienes vienen a lucir aquí su maravilloso arte tradicional.

Los funcionarios municipales prestaron su entusiasta colaboración, a las órdenes del digno Sr. Secretarió, y con el eficadísimo impulso de buen leonés, D. Santiago Rodríguez.

Gratitud también para la asistencia de Falange leonesa; para los que en el Gobierno civil tanto han ayudado al mayor esplendor de la fiesta, desde la paciencia con que soportó mis infinitos recados el noble D. Manuel Santos, hasta el fervor leonés del inteligente Félix Conde Cossío.

Una nota especial se ganaron en las fiestas los sacerdotes del Palacio Episcopal, pues para poner en marcha los planos y órdenes del Sr. Obispo, hace falta una cantidad muy respetable de actividad, de talento y de trabajo.

Radio León prestó un eficaz concurso con entusiasta voluntad.

Y la prensa leonesa, *El Diario de León* y *Proa*, dieron a la fiesta toda la importancia debida; los nombres de sus directores D. Filemón de la Cuesta y el Sr. García Hortal, deben figurar aquí en señal de reconocimiento.

Como también el del Sr. Urrutia que tanto hace por León en la prensa de Madrid.

El Cronista debe hacer constar, en justicia, la labor silenciosa de un notable colaborador de todas mis empresas por León.

Ya es hora de que yo hable de este hombre modelo de funcionarios del Estado.

Es D. Severino Pariente, muy digno Jefe de la Oficina de Turismo de León, Secretario del Consejo leonés de Estudios Económicos y Sociales.

Mucho debe la provincia al amor que este hombre siente por los valores turísticos leoneses.

Para el personal de la Imprenta provincial y su inteligente Jefe D. Sabino del Castillo, un saludo de compañerismo; entre ellos y yo hemos hecho este libro, cuya portada adornó, con su reconocido talento, el artista Merille.

Si en estas notas de agradecimiento a cuantos trabajaron por el mayor auge de las solemnes fiestas isidorianas, se olvida alguno, no será por voluntaria falta sinó por no hacer interminable la relación.

¡Que San Isidoro premie a todos lo que por su gloria y gloria de León, hicieron!

Y terminaron las fiestas en santa paz y concordia.

Aquí termina la Crónica que por mandado del muy ilustre Sr. Presidente de la Diputación de León, compuso el Doctor D. Mariano D. Berrueta, Cronista de la provincia.

APENDICE AL CAPITULO VIII

El Cronista de la provincia.

Estando a punto de terminarse la impresión de la presente Crónica, según el guión que previamente se aprobó, compruebo cómo la modestia de nuestro Cronista deja incompleto el plan aprobado, ya que su "medallón" no aparece más que nominativamente.

Si bien el estilo y galanura de las anteriores reseñas ayudan eficazmente a conocer la personalidad del Sr. Berrueta, hemos considerado conveniente que se añadiera el siguiente "medallón" modelado por pluma bien leonesa y bien acreditada literariamente, viniendo así a cerrar con broche de oro este trabajo tan lleno de amor y cariño para el hondo patriotismo leonés.

Y si la modestia de nuestro Don Mariano padece con ello, que me perdone como yo lo hago con los "piropos" que me endilga en contra de mis personales deseos.

VIII del 1943 — Alzquiza

P. de la D. P. de León

El Cronista de la provincia

A hurtadillas entra en las cajas este medallón. Uno de los más merecidos en las brillantes fiestas isidorianas.

Este hombre, reposado y silencioso, salmantino de *nacencia*, que en las áureas piedras de su tierra aprendió de niño el amor a lo monumental, y en los infolios de la gran Universidad Hispana el amor a lo histórico, es leonés, es *nuestro*.

Para ventura de todos, aquí le trajo la vida hace muchos... muchos años, y de tal manera enraizó, tan hincadamente puso aquí los pies, que hasta se le llama «El novio de la Catedral»; y con razón, pues a diario la corteja.

Él sabe de todos los rincones leoneses en nuestras calles, en nuestros pueblos y ciudades de hoy, y... de hace siglos.

Dar un paseo con él por tales sitios es ir descubriendo nuestra historia en las más nimias anécdotas.

A pulso se ganó el honroso título de Cronista de la Provincia, que en él no es un adorno más de su persona, sino un acicate más para el empinamiento leonés.

Paso a pasito, de aquí para allá en todo lo nuestro; llenos de papeles, de pruebas de imprenta, de fotografías, de notas, de proyectos los amplios bolsillos de su chaqueta, no hallaréis aquí cosa grande sin la preparación suya.

Con él se cuenta para todo.

Y a fe que lo hace bien.

Para él no hay dificultad sin solución, lo mismo en las cazurrerías de los pueblos que en los tiquis miquis y etiquetérías, que resuelve escuchando, dibujando una sonrisa y... callando.

En días de organización de fiestas leonesas muy despacito, pausadísimo, sube las escaleras del Palacio Episcopal, baja las del Gobierno, entra en la Diputación y en la Alcaldía, habla con el electricista, con el sacristán, y el jardinero, y los mozos de los pendones, y los fondistas, y los hombres de las capas largas, y los maragatos, y los montañeses, y los ribereños, y... así, a la chita callando, sin alharacas ni prisas, prepara las grandes manifestaciones de las grandes solemnidades de nuestra tierra.

El estudio de la guerra de 1808, el «Cancionero Leonés», el Centenario del Paso Honroso, las lápidas que recuerdan a Juan del Encina o a Don Suero, los Portfolios de San Isidoro y las láminas del Panteón, los «Valores Leoneses» que publicó el Ayuntamiento, la labor de Prensa, la Crónica que ahora escribe... eso y más va quedando de su obra.

Lo otro, sus «charlas», sus escritos inéditos, su defensa de nuestras glorias... todo eso ¿quién sabe do va?

Don Mariano D. Berrueta, es el leonés más conocido y de quien más se envanece la provincia entera.

Y con razón.

Callado, imperceptible, sentado en su clásica camilla con sus cuartillas delante, no se ven los hilos que maneja, hasta que un día leemos uno de esos programas *suyos*, y, a seguido, arrebatadoras asombran y lucen todo su esplendor fiestas como la del Día Regional y todas.

Dios nos lo guarde.

José María Goy

Este libro acabóse de imprimir, en la Imprenta provincial de León, el día 10 de Septiembre de 1943, día de San Nicolás de Tolentino.

FOTOGRAFÍAS

INDICE

Sesión del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
Los Ministros de la Gobernación y de Educación Nacional y el Alcalde de León.
El Ministro de la Gobernación revistando la Compañía que le rindió honores.
El Nuncio de Su Santidad con los Obispos de Oviedo y Burgos y el Auditor de la Rota y Vicario general de León.
El General Solchaga, Capitán General de la Región.
El Sr. Obispo de Oviedo y el Presidente de la Diputación de León.
El Presidente de la Diputación de León.
El Ministro de la Gobernación con el Ayuntamiento de León dirigiéndose a la Basílica.
El Ayuntamiento va a la Basílica, en «forma de Ciudad».
El Sr. Ministro, el Sr. Abad y el Ayuntamiento al entrar en la Basílica de San Isidoro.
El Nuncio de Su Santidad en el Claustro de San Isidoro.
Un momento de la réplica del Abad de San Isidoro, en el acto de Foro u Oferta.
El Síndico del Ayuntamiento en su actuación del Foro u Oferta.
El Abad de San Isidoro en el discurso de Foro u Oferta.
Las clásicas «cabezadas».
En la plaza de San Isidoro.—Personalidades presenciando las «cabezadas».
El Gobernador civil y lefe provincial leyendo su alocución en el atrio de la Basílica, al frente de F. E.
Jefe provincial de Falange y banderas que concurrieron al acto religioso-cívico.
Procesión eucarística.—El General Pacheco portando el glorioso Pendón de Baeza.

Presidencia de la fiesta regional en el Patio del Palacio de los Guzmanes.

Presenciando la fiesta regional.

El maestro Barrón al frente de los Coros de Astorga.

El Ministro de la Gobernación y un aldeano de Paradilla.

El Abad de la cofradía de Paradilla saludando al Ministro de la Gobernación.

Clásico baile de los «palillos», antiguo baile de las «espadas», de que habla el «Quijote».

Magnífica acrobacia de un bailador de Laguna de Negrillos.

Del baile bizarro de los maragatos.

Bailadores del Páramo.

Maragatos en la exhibición regional.

En la tribuna presidencial de la exhibición de arte típico.

Maragatos de Luyego.—La «zapateta».

Los famosos bailes de Alija.

«Despedida» de un grupo de bailadoras.

Bailes maragatos.

Bailes del Páramo.

Baile «corrido», de habilidad, destreza y gracia.

Precioso baile de Laguna de Negrillos.

Danzantes de Laguna.

Sesión del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

(vuelta)

Presidencia: Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación

Derecha:

Sr. Nuncio.
General Solchaga.
Gobernador civil.
Obispo Auxiliar de Burgos.
Director General de Registros, en representación del Ministro de Justicia.

Izquierda:

Ministro de Educación Nacional.
Sr. Obispo de León.
General Pacheco.
Sr. Obispo de Oviedo.
Alcalde de León.
D. José García Sińeri, Vicepresidente del C. de J. C.

Los Ministros de la Gobernación y Educación Nacional, el Alcalde de León y D. Adolfo Duque

El Ministro de la Gobernación revistando la compañía del Regimiento número 31 de Infantería, que rindió los honores de ordenanza

El Nuncio de Su Santidad, con los Obispos de Oviedo y Burgos y el Auditor de la Rota y Vicario general de León

El General Solchaga, Capitán General de la Región

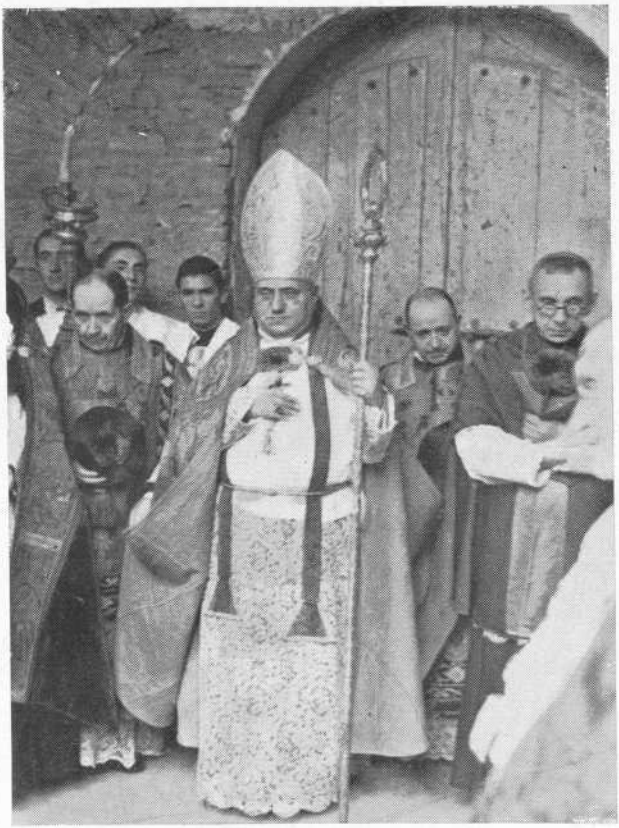
El Sr. Obispo de Oviedo y el Presidente de la Diputación de León

El Presidente de la Diputación de León

El Ministro de la Gobernación con el Ayuntamiento de León dirigiéndose a la Basílica

El Ayuntamiento va a la Basílica, en "forma de Ciudad"

El Sr. Ministro, el Sr. Abad y el Ayuntamiento al entrar en la Basílica de San Isidoro



El Nuncio de Su Santidad en el Claustro de San Isidoro

Un momento de la réplica del Adad de San Isidoro, en el acto de Foro u Oferta

El Síndico del Ayuntamiento en su actuación del Foro u Oferta

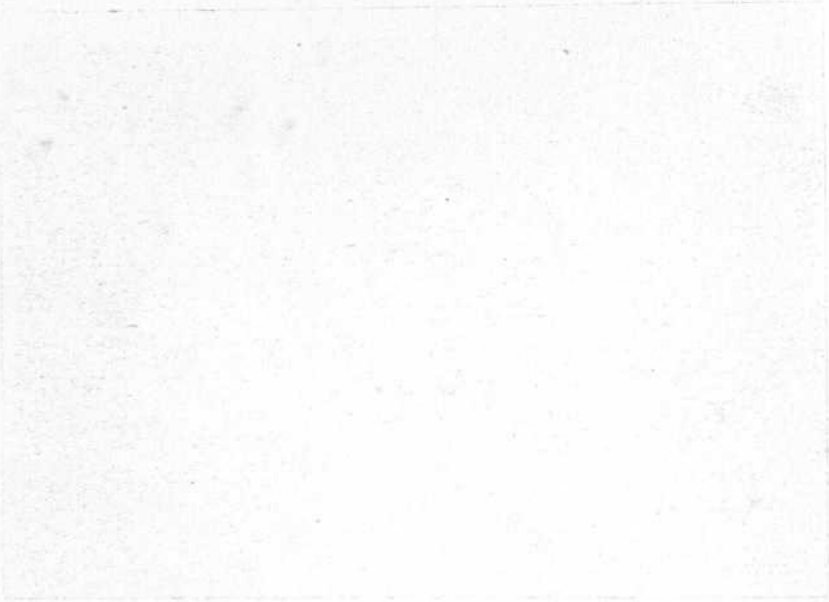
El Abad de San Isidoro en el discurso de Foro u Oferta

Las clásicas "cabezadas"

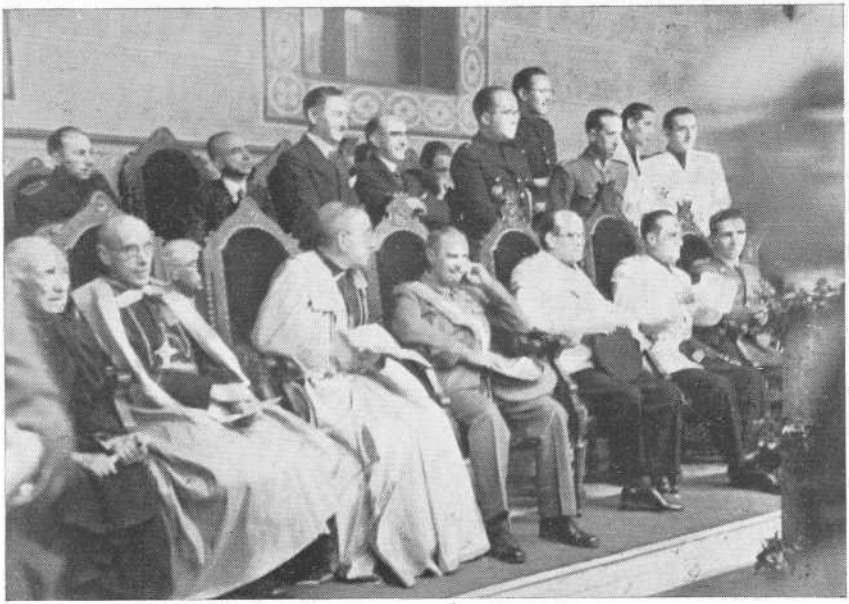
En la plaza de San Isidoro, personalidades presenciando las "cabezadas„

El Gobernador civil y Jefe provincial leyendo su alocución en el atrio de la Basílica, al frente de F. E.

Jefe provincial de Falange y banderas que concurrieron al acto religioso-cívico



Procesión eucarística.—El General Pacheco portando el glorioso Pendón de Baeza

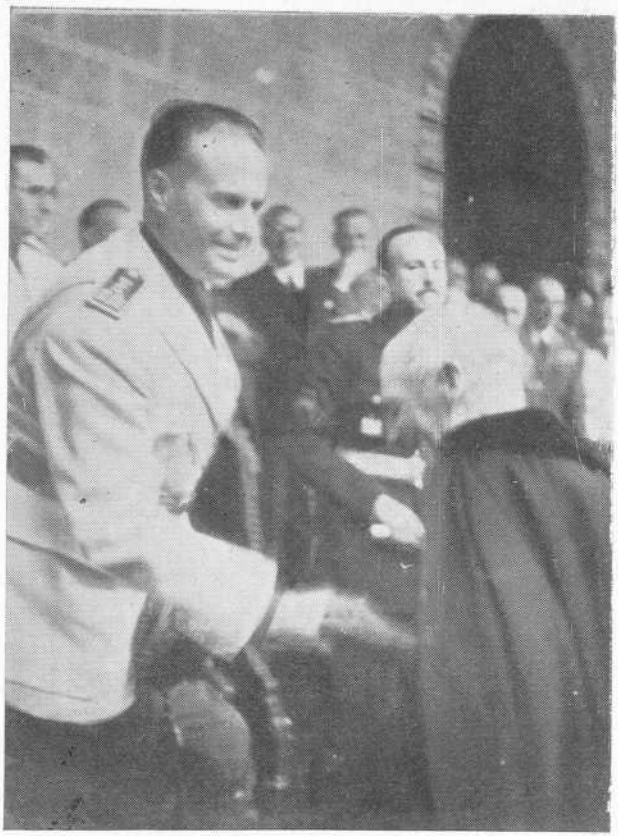


Presidencia de la fiesta regional en el Patio del Palacio de los Guzmanes

Presenciando la fiesta regional

El maestro Barrón al frente de los Coros de Astorga

El Ministro de Gobernación y un aldeano de Paradilla



El abad de la cofradía de Paradilla saludando al Ministro de la Gobernación

Clásico baile de los "palillos"; antiguo baile de las "espadas", de que habla el "Quijote"

Magnífica acrobacia de un bailador
de Laguna de Negrillos

Del baile bizarro de los maragatos

Bailadores del Páramo

Maragatos en la exhibición regional

En la tribuna presidencial de la exhibición de arte típico

Maragatos de Luyego. – La "zapateta"

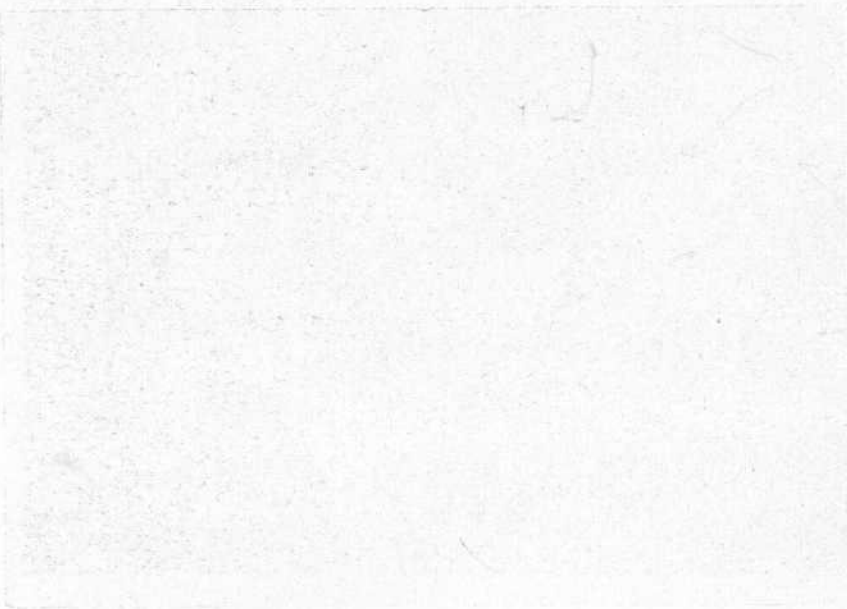
Los famosos bailes de Alija

"Despedida" de un grupo de bailadoras

Bailes maragatos

Bailes del Páramo

Baile "corrido", de habilidad, destreza y gracia



Precioso baile de Laguna de Negrillos

Danzantes de Laguna

ÍNDICE

TEXTO — Páginas

Rótulos de la Crónica 3
Dedicatoria 7

CAPÍTULO I 9
Pórtico 11
Pregón 13
A modo de legacía leonesa 15
A guisa de ofrenda 17

CAPÍTULO II
Las muy solemnes fiestas religiosas 19
Pontifical del Sr. Obispo de Oviedo 21
Promulgación del Breve Pontificio 25
Pontifical del Sr. Nuncio de S. S. 29
Idem del Sr. Obispo auxiliar de Burgos 30
Procesión Eucarística 31
Funeral por los Reyes de León 31

CAPÍTULO III
Fiestas literarias 35
Homenaje literario 37
Discurso del Abad de la Colegiata 41
Idem del Presidente de A. C. 47
Idem del Cronista de la Provincia 51
Idem del Alcalde de León 57
Idem del Presidente de la Diputación 61
Idem del Sr. Obispo de León 65
Idem del Sr. Gobernador civil 69
Sesión del Consejo Superior de Investigaciones Científicas 71
Discurso de Fr. J. Pérez de Urbel 78
Idem del Sr. Obispo de León 86
Idem del Sr. Ministro de Educación Nacional . . 92

Páginas

CAPITULO IV

Homenaje cívico-religioso de la Falange leonesa . . 99
Actos celebrados.. 101
Discurso del Jefe Provincial. 103

CAPÍTULO V

Las bellas tradiciones de la ciudad.. 105
La Legacía. 108
La comitiva municipal. 111
La ofrenda en San Marcelo. 111
El pleito del foro u oferta. 112
Las cabezadas. 118
El arca de San Isidoro. 121
El pendón de Baeza.. 125

CAPÍTULO VI

Fiestas de arte y tradición regional. 129
Coros de Astorga. 134
Bailes y canciones aldeanas. 135
Danzas típicas. 137
Cantares leoneses. 137
La cofradía de Paradilla. 138
El Orfeón de E. y D.. 139

CAPÍTULO VII

Festejos para el estado llano. 141
Su participación en las fiestas. 143
Comidas para los humildes.. 145

CAPÍTULO VIII

Medallones. 147
El Ministro de la Gobernación.. 149
El Ministro de Educación Nacional. 151
El Nuncio de Su Santidad. 153
El Obispo de León. 155

Páginas

El Gobernador civil. 159
El Gobernador Militar. 161
El Abad-Prior de la Colegiata. 163
El Presidente de la Diputación. 165
El Alcalde de León. 169
El Regidor-Síndico del Ayuntamiento. 171
Fray J. Pérez de Urbel. 173
El Padre Enrique Albiol C. M. 175
El Presidente de A. C. 177
Los hombres de las capas largas. 179

CAPÍTULO IX
Notas adicionales. 183

APÉNDICE AL CAPÍTULO VIII
El Cronista de la provincia 191

FOTOGRAFÍAS

Completan esta Crónica, 38 fotograbados clisados sobre fotografías obtenidas durante las fiestas por los artistas leoneses Fernández, Gracia, Lorenzo, Martín y Exakta.

Ejemplar dedicado al Sr Dn Olegario Díaz

Concejal del Exmo Ayuntamiento

León

1943 FIESTAS ISIDORIANAS EN LEÓN BERRUETA